



BIBLIOTECA

AMENA

IV

2
05

B.P. de Soria



61120495
D-2 23605

2
23605



LA OBRERA

OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

LA OBRERA

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7



58089

ES PROPIEDAD



SEÑORAS, SEÑORES:



NO existían las criaturas.

«No había sido aún hecha la
»tierra, ni habían sido formados
»los abismos...; no estaba asenta-
»da la grandiosa mole de los mon-
»tes..., ni había aún collados junto á los valles...;
»aún no habían brotado de la tierra las fuentes,
»ni los ríos dejaban aún correr sus aguas entre
»sus cauces» (1).

No había aún nada de cuanto más tarde existió.

Sólo Dios reinaba en los inmensos espacios de su eternidad; pero por su mente eterna, como por

(1) *Antequam terra fieret... Nondum erant abyssi... necdum fontes aquarum eruperant: Necdum montes gravi mole constiterant: Adhuc terram non fecerat et flumina...*
(Prov. c. VIII, v. 23 y sig.)

la mente del artista cruza la idea de su obra, cruzaban los misterios de los mundos del porvenir.

Vió irse arremolinando en el vacío y siguiendo leyes admirabilísimas legiones incalculables de estrellas, como si fueran finísimo polvo... Vió la luz, vió la tempestad, vió y oyó el chasquido del rayo, y el rodar del trueno y el temblar de la tierra... Pero no le detuvo un instante este espectáculo de la naturaleza muerta.

Vió cubrirse el suelo con magnífica y vistosa alfombra, de mil y mil flores tejida y de suavísimo aroma por sutiles brisas perfumada.

Vió inclinarse los cedros en las alturas de los montes después de acariciar medrosos y trémulos la atmósfera con sus frondosos brazos. Oyó los dulces trinos de innumerables pajarillos que de rama en rama recorrían las alamedas, y el fiero rugido de león hambriento en medio de las arenas del desierto. Vió al águila remontarse y cruzar el espacio sin fin... Y dijo: Sí. Todo esto será bueno... Y pasó adelante.

Vió, finalmente, al hombre!... al hombre, puesto en medio del mundo como si fuera su rey, y fijos los ojos del cuerpo en el cielo inconmensurable de las estrellas, y los del alma, más altos aún, en el cielo de sus pensamientos; es decir, vió al hombre libre, inteligente y amante, y dijo Dios: Sí. Esto será muy bueno!

Pero ¡ay! á este hombre, intemperante en sus deseos y débil en su voluntad, le vió caer bien pronto... precipitarse en los abismos del mal, él que debía ir siempre por el camino del bien, y... vió, que toda carne se había apartado de la senda señalada. Vió sucederse los siglos... desenvolverse la historia: y ya es Israel con todos sus venerandos patriarcas, Abraham, Isaac, Jacob...; ya es Moisés, su legislador, David su rey, Salomón el sabio... los Jueces, los Profetas..., Job el paciente, Tobías el ciego...; ya es Agar, Sara, Judit, Rebeca, Ester, Lía, Raquel... La vista de Dios en nada de esto se detiene. Todo lo mira; en nada se fija, y pasa adelante.

Ahora se presentan otras gentes y otros pueblos: el Egipto con sus sabios, Babilonia con su prodigiosa civilización, Grecia con su antigüedad...; ahora Roma, la gran Roma, la dominadora del mundo... Todo aparece en la mente de Dios... mas la vista de Dios en nada de esto se detiene, ni se fija! sigue adelante...

Todo este oleaje de pueblos, gentes y naciones se presenta delante de Dios y se vuelve luego rápidamente, como se vuelven rápidamente de la orilla las olas después de haberla saludado. No parece sino que Dios los ha despreciado. Todos esos reyes, todos esos conquistadores, esos fundadores de ciudades y de pueblos, esos

sabios, esos poetas, en una palabra, todos esos grandes y poderosos del mundo ¿qué le importan á Dios?

Mas... en un rincón de la Judea, entre los brazos de Joaquín y Ana... se ve á una tierna niña... y al punto se pára la vista de Dios y se complace en mirarla... Dios se inclina... Dios la ama!...

¡Tierra! ¡Cielos!... ¡de rodillas! esa es vuestra Reina!

¡Estrellas que andáis vagando por esos espacios inconmensurables! Venid, brillantes y temblorosas, á colocaros en torno de esta bendita niña, que vais á ser corona de su frente.

¡Sol esplendorosísimo! Con todos tus rayos es menester que formes el manto de oro de la que acaba de nacer en aquel rincón de Judea.

¡Luna plateada! Humíllate, que vas á ser el escabel de su trono (1).

¡Oh mar! ven á prestar con tus olas tributo de homenaje á ese trono en que se sienta tu Reina.

¡Flores y lirios del campo! Abrid vuestro cáliz, y sean otros tantos incensarios, de donde se eleven suaves aromas que la perfumen.

Cantad, cantad pajarillos vuestros himnos de

(1) *Mulier amicta sole, et luna sub pedibus eius, et in capite eius corona stellarum duodecim.* (Apoc. 12-1.)

alegría y contento, ora en los bosques y selvas, ora en las nubes y cruzando los espacios, porque ha nacido la Reina de la creación.

Y vosotros, pueblos y reyes, hincad vuestras rodillas, porque esta es vuestra Reina!

De rodillas los sabios!... De rodillas los grandes y los poderosos de la tierra!... De rodillas todos los hijos de los hombres! y adórenla todos desde el principio de los siglos hasta la eternidad!

Plegad, ángeles, vuestras alas, y postraos también vosotros ante la primogénita de Dios (1), hija predilecta en quien el Altísimo ha puesto todas sus complacencias, y de la cual nunca se apartará su infinito amor!

No existían las criaturas... No había aún nada de cuanto más tarde existió!... Sólo Dios se exhibía por los inmensos espacios de su eternidad... y ya, desde esta misma eternidad, contemplaba su mente divina á esta niña, y la iba preparando y adornando... y embelleciéndola más y más con todos los esmaltes de la gracia, á la manera del artista que ante la obra maestra que ha salido de sus manos se extasía, y no se cansa de añadir, con nuevos rasgos y toques, nuevos y embelesadores encantos.

(1) *Primogenita ante omnem creaturam.*

¿Y por qué?

Porque esta niña va á ser la madre de su eterno Hijo... ¿Y qué va á ser en el mundo esa madre? Pues... una obrera!

Sí, una obrera: primeramente una bordadorcilla del templo de Jerusalén, y luego... más tarde, la esposa de José el carpintero!... pero sin salir de la humilde condición de obrera.

Permitidme ahora, Señores, decir la dulzura, la suavidad y el encanto que yo experimento con esta idea divina.

Tenía que pronunciar delante de vosotros un discurso acerca de la obrera, de esa clase de la sociedad que vive en las fábricas, talleres y otras clases de trabajos impropios, en general, de la mujer, y me ha venido á la mente la pintura que muchas veces nos hacen los libros sagrados de la Virgen Santísima. En muchos lugares de la Sagrada Escritura me ha parecido ver pintada á la Virgen María, Madre benditísima y tiernísima de cada uno de nosotros, como una obrera, igual en todo á esas cuya suerte me propongo pintaros esta noche. Debajo de su manto y poderosa protección he puesto mi trabajo para que le bendiga, y espero de ella que me ha de inspirar las palabras con que se muevan vuestros corazones en favor de clase tan infortunada. No me arredra la difi-

cil tarea que emprendo, porque no os hablo yo en mi nombre sino en el nombre de Dios y de su Santísima Madre.

Ya hace veinticinco años, decía Julio Simón en un libro, intitulado como esta conferencia, lo que vais á oír: «Hay, decía, en nuestra organización actual, un vicio horrible, cabeza y como fuente de toda miseria, que por lo tanto hay que procurar extirpar á toda costa. Es la supresión de la vida de familia».

Y en otra parte:

«El medio más seguro para triunfar del pauperismo será sin duda alguna facilitar á los obreros esa vida de familia. Porque si es verdaderamente cruel la suerte del pobre obrero que, al fin de un día entero de trabajos y fatigas sin cuento, no descubre otra perspectiva que una miserable posada, ó una taberna ó una choza, cambia por completo la escena si, al retirarse de los trabajos del día, abriga la seguridad de encontrar en su casa ó habitación corazones verdaderamente amantes, cuidadosos y atentos: esa felicidad, en una palabra, verdadera y sólida que únicamente puede dar la familia y cuya falta con nada se puede suplir».

Continúa, finalmente, el mismo autor:

«Si deseamos, pues, de veras cumplir nuestra obligación y darla á conocer prácticamente hasta que llegue al conocimiento de todos, no podemos contar con medio más eficaz que la vuelta á la vida de familia».

Palabras gravísimas son estas, y á pesar de haberse escrito ha ya más de un cuarto de siglo, las vemos tristemente cumplidas en nuestros días de estremecimiento social. Lo que va debilitando y consumiendo al obrero con la miseria, es verdaderamente ese abandono casi necesario en que viven sus hijos, es la licenciosa vida del padre y de la madre, la embriaguez y demás vicios que de ordinario la acompañan, más que la disminución del jornal y falta de descanso... Pues ¿quién no ve que se cortaría de raíz el mal, si se llegase á establecer de nuevo entre los obreros la vida de familia cristiana?

No tardaré en probarlo.

Mas ¿cómo conseguiremos restaurar la familia del obrero, de modo que sea el espíritu cristiano quien la dé vida y la salve?

La solución, Señores, es más fácil tratándose del pobre que tratándose del rico; porque para regenerar al primero sólo se necesita y basta regenerar á la mujer, es decir, á la obrera.

Porque la familia del obrero... ¿quién la for-

ma sino la mujer? De la mujer del obrero sale, como de un centro, todo lo que da al obrero luz, vida, ánimo y felicidad. El hogar de la familia lo forma la mujer... Á ella viene á buscar refugio el padre de familia en los duros trances de la vida... Á sus brazos acuden los hijos como los pajarillos medrosos acuden por la noche á las alas de su madre, después de haber estado volando por el día... En ella se conserva viva la tradición... Solo ella es quien da á los niños con la leche de sus pechos el alimento del corazón, la fe, la piedad, el respeto y la obediencia... Sí; ella es la que verdaderamente va poco á poco formando la familia... Y no puede ser de otro modo. Porque decidme, Señores, ¿podrá por ventura el obrero dar á la familia el carácter de tal, cuando muy temprano, quizás aún de noche, tiene que abandonar su casa, y con las herramientas al hombro irse lejos á pasar el día entero trabajando? No: no puede el hombre; ha de ser la mujer quien ha de formar la familia, y, por tanto, si se ha de restaurar cristianamente la familia, es menester salvar y librar á la mujer de los peligros constantes de la obrera... Con esto queda ya dicha la importancia que habéis de dar á la educación y formación de las jóvenes que tienen su porvenir en la clase humilde de la obrera. Esta joven

será quizás esposa de un obrero, y madre de un obrero. Sigámosla, pues, paso á paso en este camino que está llamada á recorrer.

Notad por de pronto, que la Santísima Virgen le ha recorrido antes que ella.

Ante todo, no estará fuera de lugar figurarnos, como delante de nosotros, lo que era la casita de Nazaret. Si exceptuamos alguna que otra ciudad, modificada por la civilización moderna, en nada han cambiado en Oriente los usos y costumbres. En Nazaret son aún las casas como eran en los tiempos de José y de María. Apoyadas sobre rocas, á la entrada de una gruta ó de un hueco agrandado por el hombre, presentan al caminante tres paredes levantadas sobre un tosco terraplén y formadas por enormes pedruscos, entre los cuales se abren la puerta y las ventanas. Una pared más delgada que las demás divide en dos departamentos la casa desde la fachada hasta la roca; el uno sirve para la familia, y el otro de establo para los animales.

La cocina no tiene chimenea, y el hogar, de forma circular, imita á nuestros antiguos hornos; por el exterior parece el brocal bajo de un pozo, cuya tapadera hace los oficios de mesa

y de mantel; luego unos cuantos cacharros, el taller y las herramientas de José... y aquí tenéis ya la casa de la Virgen María!...

José era natural de Belén, pero hacía mucho tiempo que vivía en Nazaret con un hermano llamado Alfeo, á quien siguió también cuando con ocasión de restaurar el templo de Jerusalén llamó Herodes á todos los trabajadores de la Judea, y se reunieron unos 10.000 en busca de trabajo. En este año precisamente nació la Virgen Santísima. Catorce más tarde fué menester confiarla á la tutela del pariente más próximo, según estaba prescrito por la ley. Con este motivo fué entregada á José y como Booz con Ruth, fué desposada con José la Virgen María.

Pues bien; ved ahora á esos dos esposos viviendo en la casita de Nazaret, apoyada sobre una roca. Por la puerta y las ventanas abiertas entra ese hermoso sol de la Judea que tantas sonrisas trae á la tierra. Por de fuera rodea las paredes una hermosa parra, de largas y verdes ramas, que ofrece á sus dueños sus frescos y dorados racimos... José está trabajando y medio encorvado por el peso de la herramienta... María... ordenando y arreglando la casa; y acordándose de lo que cuando niña hacía en el templo, ora se pone á hilar lino, ora á tejer

lana, porque del trabajo de sus manos han de salir el manto de su esposo José, sus propios vestidos y velos y hasta la túnica de su divino Hijo... Canta... porque en Oriente cantan las mujeres para endulzar las amarguras del trabajo... y en los momentos de alegría improvisan himnos de alegría, así como en los ratos de dolor elegías empapadas de suave y casi siempre sublime poesía. Pues recordad ahora, figuraos si podéis, cómo cantará María en presencia de su prima Isabel, aquel tiernísimo canto: *Magnificat anima mea Dominum*. «¡Oh! ¡Que
»cante y ensalce mi alma á mi Señor y á mi
»Dios! Que salte de gozo mi espíritu, porque
»el Señor se ha dignado poner sus ojos en la
»pequeñez de su sierva y hacer que en adelan-
»te me llamen bienaventurada todos los pue-
»blos y naciones».

¿Y habrá, por ventura, alguno entre vosotros que no haya visto á nuestras obreras de Flañdes fabricar sus encajes entre las dulces melodías y armonías populares, manejar con pasmosa habilidad y lanzar velozmente los husos y correderas de sus telares al compás de sus cánticos?... ¿Quién no ha oído al armero de Lieja llevar el compás de sus cánticos con el martillo, que ablanda el acero de sus armas... ó á los segadores con la hoz que corta las mieses... ó al

mochil que acarrea los haces?... Y esto aun en las comarcas más frías de nuestra nación!...

¡Mas qué extraño es!... Un corazón que se considera dichoso... abunda siempre en cánticos!

Y en aquella miserable casucha de allá lejos... ¡cuánta pobreza!... sí, ¡cuánta necesidad!... ¡y cuánto trabajo y cuánto sudor!... ¡Pero qué dicha también y qué contento!...

Yo no sé si habréis visitado alguna vez por casualidad la casa de algún trabajador, ó de algún obrero de nuestra tierra. Por supuesto, Señores, que no hablo yo de esas inmensas casas que se ven en algunas ciudades, las cuales en un terreno de poquísima extensión y cerradas como cárceles, parece que se quieren elevar hasta las nubes con pisos y más pisos, llenos de habitaciones á la derecha y á la izquierda y al centro, en la buhardilla y en el sótano y donde quiera que se halle un metro de suelo, pisos y habitaciones atestadas de gente, de familias enteras que por una misma escalera suben y bajan como hormigas, ya al primero, segundo, tercero, cuarto, quinto piso, confundiéndose los hombres y las mujeres, los niños y las niñas de veinte, treinta y más familias... Casas son estas en que no se vive sino respirando un ambiente que quita la vida al cuerpo después de haber acabado con la del alma!

No hablo, no, de estas casas, sino de esas que veis desparramadas por aquí y por allá en medio de montes y valles, edificadas muchas veces por el mismo dueño á ratos perdidos, cercadas de su correspondiente huertecito, cultivado por su propia mano para sacar de él flores que le adornen su habitación, y legumbres que le sirvan de alimento. Estas casitas, blancas como de nieve y limpias con esmero, tienen aún más comodidades que la de Nazaret; en ellas entra aire más puro, sol más abundante; sus muebles son más finos y ofrecen mejor disposición y mayor comodidad; hasta se vislumbra el lujo en los cuadros colgados aquí y allá, en el reloj de pared con su esfera de flores, en el espejo... y hasta en la loza que fácilmente podéis observar puesta también de adorno en la misma habitación... ¿Por qué no había de ser feliz la familia de este diminuto palacio?

¿Qué le falta á este obrero para ser feliz? En primer lugar, lo indispensable para reparar las fuerzas consumidas en el trabajo. Pero ¿qué significa esto?... ¡Se contenta con tan poco el obrero!... ¿Habéis visto el presupuesto de gastos formado por esta clase de gente para presentarle á la comisión de contribuciones? ¡Lástima

da! ¡Tan pobre y reducido es!... Y á pesar de eso el obrero se tiene por feliz con él. Pero no es así cuando se fija en las necesidades del corazón. Porque, Señores, este pobre obrero tiene corazón grande, generoso y franco como el vuestro, y necesita algo más que el jornal.

Necesita una compañera cariñosa y tierna que le tienda sus brazos á la vuelta del trabajo, y con palabras de amor derrame en aquel corazón fatigado las dulzuras regeneradoras del cariño. Sí; su corazón pide amor, y es menester que la esposa se le conceda.

Necesita una mujer cariñosa y prudente que le aconseje en sus resoluciones, le ilumine en sus dudas, y sea su ángel custodio y de paz en los trances difíciles, en las tentaciones de la codicia y en las excitaciones á la insubordinación.

Necesita una esposa amante y fuerte, que le pueda levantar si desfallece, consolarle si sufre, alegrarle si llora; ha de sufrir con él, llorar con él y... darle el valor que á él le falte.

En este campo espero yo á la obrera.

Y decidme, ¿estará dispuesta la mujer para desempeñar estos cargos?

Notad que Dios la ha adornado de todas las gracias y dotes necesarias para ello.

El corazón de la obrera, Señoras, tiene como el vuestro esa especie de amor que no pudién-

dose contener encerrado, se desborda hacia afuera; tiene la obrera un corazón siempre tan dispuesto á manifestarse al exterior con demostraciones tiernísimas de cariño, como vosotras le podáis tener, hábil para encontrar resortes en situaciones críticas y manejar de tal manera su estrategia, que espere fundadamente salir victoriosa en sus empresas.

Su lengua sabe pronunciar esos discursos breves, sí, pero dulces é insinuantes, ese género de súplicas que podemos llamar omnipotente...; sus ojos tienen también lágrimas, esa fuerza irresistible de los débiles... con la cual sus consejos, si bien están como empapados de súplicas, reciben tal fuerza de obligar que no hay hombre que quiera ni se atreva á infringirlos ó á desecharlos.

Por último, tiene en grado más elevado que el hombre la virtud del sufrimiento y de la resignación.

Pues bien; pertrechada con tales virtudes la mujer, ¿estará dispuesta para cumplir su destino? ¿Desempeñará bien su oficio con la familia del obrero?... ¡Ah, Señores!... ¿Qué contestaré yo á esto?

Tengo por cierto que no habrá una sola mujer, por mala y desnaturalizada que la suponáis, que al contraer matrimonio no haya pen-

sado en hacer dichoso á su esposo y en ser feliz también ella con el nuevo estado, poniendo paz en el pequeño reino... en su familia... de la cual con el tiempo ha de ser la reina.

¿Pero sucede así en realidad? Yo no digo que siempre, claro está, pero muchas veces, frecuentemente ¿qué sucede? ¡Pues, que á los pocos meses de matrimonio, y entre los obreros quizás, por desgracia, á las pocas semanas, no hay ya apenas señales de las ternuras y delicadezas de los primeros días. Llega por la noche el obrero á casa, cansado, rendido y lleno de jirones; la esposa quizás venga también del mismo taller ó de la misma fábrica, y tan cansada ó más que su esposo; uno y otro abatidos por la miseria y estrechez, descontentos con su suerte, tristes por el presente y asustados por lo porvenir, contemplan aquella estrecha morada, fría y oscura, y en la que todo está en desorden; la pobre comida, la única comida está por hacer... ¡Ah! su corazón se desgarrá..., se miran y siguen mudos... Si hablan, será para quejarse... y si callan, se consumen. ¡Cuántas veces podríais verlos al uno frente al otro comer un pedazo de pan negro, ó un plato pobre de patatas en medio de un silencio que hiela!...

¿Es esta la felicidad con que contaban? Y aunque fuese, no se contenta con ella el obrero.

Vedle, si no; apenas con el bocado en la boca, coge el sombrero, enciende la pipa y... á la taberna.

¡Ya tenéis aquí con esto perdida una familia! ¿Y acusaremos por ello á la mujer? No; porque ya tenía su marido, hace tiempo, aprendidas estas lecciones, y quizás bien conocidos todos los escondrijos de la población... ¿Pero ha hecho algo la infeliz esposa para separarle de esos caminos de perdición? ¿Ha hecho algo para aficionarle á ese hogar tan pronta y tan fríamente abandonado? ¿Ha hecho algo para que la casa le sea querida, risueño el hogar, y más apreciado que ese miserable bodegón, apestado por el tabaco, la ginebra y la cerveza, en el cual entra sin saber cómo saldrá?

¡Ved á esa pobre mujer, sola ahora, y bañada en lágrimas! ¡Ah! ¡Infeliz... llora, llora! pero... no; guarda tus lágrimas, y consévalas... que aún serán mayores tus penas!

Así se han ido pasando un día y otro día hasta el fin de la semana, y el dinero que habitualmente y con toda puntualidad entraba en casa los sábados, no ha venido esta semana. Pues ¿qué ha sucedido?... ¡Ya se ve... gasta y consume tanto la taberna!... De modo que ya tenemos mayor miseria y cada vez más devoradora.

Una noche, quizás había sido el día de la paga... se marchó como de costumbre su marido, y tardaba ya en volver... ¡Con qué ansias no le esperaba ella, y qué sustos y qué congojas no pasaba por la tardanza!... ¡Son tan largas por la noche las horas! ¡pero por fin se oyen pasos... y se abre la puerta... Él es... sí, él es! ¡pero... embriagado!

Irritada entonces retrocede... Y él, tambaleándose, desgredado, medio desnudo, turbada la vista y caídos los labios, se deja caer en un banco como un perro y se queda como un tronco!

¡Cuántas veces la infeliz reprime su cólera ante escena tan horrible! ¡Cuántas también se escapan de sus labios justas pero dolorosas recriminaciones! Pero él... contesta... las injurias se multiplican, los juramentos y las blasfemias aturden, y dominado por la ira más necia, brutal y feroz, se arroja sobre la desventurada esposa y se entabla una lucha sangrienta; ya no es un hombre, es una fiera que se precipita con toda su voracidad y crueldad sobre la tímida presa.

¡Qué vida, qué porvenir te espera, infortunada mujer!

¿Quién de vosotros no ha visto escenas de familias pobres protagonistas, y escenas del drama de la miseria y los vicios?

Aquí mismo en Amberes, en una calle concurridísima, tuve el sentimiento de ver un día á uno de esos séres degradados. Andaba con paso incierto... los muchachos de la calle se apartaban y se burlaban de él al verle venir...; los transeuntes daban contra él..., seguía su esposa medio cubierto el rostro con el delantal para enjugar sus lágrimas, y yo la oí muchas veces rogarle encarecidamente que se volviese con ella, y excitarle mil veces con la misma súplica á que se retirase á su casa... Pero la fiera se detenía á veces, sí..., pero para arremeter con más furia contra ella; á veces para amenazarla con golpes y echarla lejos de sí con juramentos entrecortados. La fatiga le hacía callar á veces, pero no tardaba en volver á la carga... Al fin de la calle vió una taberna... y, ciego se dirigió hacia ella; la esposa entonces hizo un esfuerzo, y con mayor energía que nunca exclamó: «Por amor de Dios, no entres ahí». Sordo á esta súplica también, entró; mas la esposa, sin esperanza alguna, se reclinó sobre la ventana de la taberna, y cubriéndose del todo el rostro y ahogando sus sollozos, se quedó allí esperándole hasta que saliese.

No ví más. Pero ¡cuántas son las desgraciadas víctimas como ésta, que van siguiendo de taberna en taberna á su marido y se quedan esperando entre sollozos y lágrimas á su pobre esposo, mientras que él, allá dentro, rodeado de gente perdida, consume el poco pan de la mujer y de los hijos!

Cuenta Julio Simón, que en una ciudad próxima á nuestras fronteras, San Quintín, «hicieron los vinateros con las mujeres una obra de caridad *sui generis*, muy rara; porque viendo que esas pobres mujeres estaban horas y horas esperando sin que las lluvias ni los hielos fuesen bastante á separarlas de allí, les obligaron á hacer un tinglado ó cobertizo delante de la puerta de la casa para resguardarlas de la inclemencia del tiempo, y hasta pusieron alrededor sus bancos correspondientes, en tal manera, que esta especie de soportal formaba también parte de la cantina, y servía de sala en que se reunían las mujeres para llorar».

¿Y echaremos la culpa de esto á la mujer? ¿La diremos por esto que no tiene corazón amante y tierno, y que no es cariñosa, y que le falta la fortaleza y energía propias de la mujer?... ¡Yo no me atreveré á tanto... porque bastante desgracia tiene con lo que está sufriendo!... Quizás no ha comprendido bien el genio

de su marido... Quizás ha creído alcanzar con medios violentos de ira y de reprensión lo que sin duda hubiera alcanzado con medios suaves de dulzura y de mansedumbre... No quiero meterme en esto ni saber nada de ello... porque me inspira lástima y compasión. Pero á pesar de esta compasión... me pregunto á mí mismo acerca de la suerte de esta mujer, y si antes decía: «¿Está dispuesta la mujer para cumplir »con su destino de esposa?; digo ahora, ¿está »dispuesta para ser mártir?»

Si no se halla en esta disposición... ¡ah! entonces todo me lo explico y todo lo entiendo. Porque comprendo que al fin y al cabo, más pronto ó más tarde, vaya también ella por los mismos pasos que su marido á sepultar en el vino de la cantina su honra de mujer y de esposa; si no está dispuesta para ser mártir de su obligación, comprendo que, imitando á su esposo, embriagada también, con la cabeza, pies y manos en completo desorden, tambaleándose, con el cabello suelto y desgredado, harapienta, sucia y repugnante caiga en el inmundo lodazal de todos los vicios.

¿Habéis visto, por ventura, á una mujer embriagada?... ¿Habéis visto alguna vez espectáculo más repugnante que una mujer alcoholizada?

Cierto día subió una á un coche público en

que yo iba... Su rostro amarillento y desencajado, sus ojos medio abiertos, sin el brillo en sus pupilas... toda desmazelada y como una estúpida, os aseguro que la primera impresión que me causó fué de asco... Se había colocado en un rincón del coche, y ligeramente inclinada sobre el pecho su cabeza, se había quedado como soñando ó delirando... Yo estaba contemplando este cuadro sombrío y no sé qué ideas me ocurrían acerca de este vicio, engendro de nuestro orgulloso y altanero siglo... Entró también una niñera con una criaturita, rubia como el oro, en los brazos. Levantó con esto la cabeza aquella mujer soñolienta, y fijándose en la niña... parece como que se asomó una sonrisa á aquellos incoloros labios. ¡Esta acción, os lo confieso, me hizo daño, porque tuve la sospecha de si habría sido también madre aquella embriagada que tenía enfrente de mí! Y como la viese yo extender la mano para hacer alguna caricia á la niña... me dió miedo, y ante semejante profanación me vinieron deseos de decir: «¡Miserable! ¡cuidado con tocar á esa niña!» Pero asustado aquel angelito se volvió hacia su niñera, y la mujer volviendo á dejar caer la cabeza sobre el pecho y los brazos sobre las rodillas, continuó en su interrumpido y estúpido sopor.

Claro está, que no es esta mujer el retrato de todas las familias obreras; pero en ella os he querido enseñar un mal que más ó menos lentamente, pero siempre y sin cesar, va consumiendo á las familias hasta producir en ellas la muerte. Este mal es la taberna, la embriaguez.

Las estadísticas nos ofrecen datos que debieran ponernos los pelos de punta. En Bélgica se gastan anualmente en bebidas alcohólicas la enorme suma de 450 millones de francos! ¡Cuatrocientos cincuenta millones!

Sólo en una comarca de obreros se ha dado muy recientemente el caso de que en una población de 101.727 habitantes había 4.317 tabernas, ó lo que es igual, una taberna para cada cinco hombres!

Pues oíd las cifras que siguen:

El número de suicidios ha aumentado el 80 por 100; el de casos de locura el 104 por 100, y el 141 por 100 el número de crímenes!!

Pero tened en cuenta, Señores, que esta mujer de que os hablo no solamente ha de ser esposa, sino que tiene también que cumplir las gravísimas obligaciones de madre!... ¡Quizás no esté ya lejos el día en que Dios, bendiciendo aquella unión, les conceda un hijo!

José y María por ser naturales ambos de Belén tuvieron, como sabéis, que presentarse allí para cumplir la ley del empadronamiento ordenado por el César. Conforme á esta ley habían de inscribir en el registro sus propios nombres, los del padre, madre y tribu á que pertenecían; además tenían que probar la propiedad de los edificios, fincas y tierras de labor, y dar cuenta de todo el ganado, mayor ó menor que poseyesen; y esto les era absolutamente indispensable si querían conservar en Belén lo que hoy llamaríamos «derechos de ciudadanía». Pero para estos santos esposos, como para todos los hijos de Israel, era esto algo más que ejercitar un derecho civil. Era ese sentimiento puro, ya apagado en nuestros días, ese amor al suelo natal, ese amor á la patria, esa especie de culto tributado á la historia propia de cada uno, á los risueños lugares frecuentados en la infancia, á las cuatro paredes mil veces benditas por la madre que nos dió el ser, y que á cada paso y de mil modos vemos retratada en los objetos de nuestra casa, por humilde y pobre que sea; es, finalmente, el culto y la veneración que vamos á dar á nuestros séres más queridos, que allí duermen el sueño eterno y que mecieron años ha nuestra cuna... Este sentimiento es el que, aun en medio de las grandezas de Faraón,

declaraba con lágrimas Jacob á la hora de su muerte cuando decía á su hijo José: «Llévame, luego que muera, á mi tierra, y dame sepultura en medio de mis padres en la cueva de Efron-Heteo, cerca de Mambre, en tierra de Canaan... Compróla para esto con todo el terreno que la rodea mi abuelo Abraham... y allí descansan los restos de Sara su esposa; allí están sepultados Isaac, Rebeca y Lía» (1).

Fieles, pues, y obedientes los santos esposos José y María, salieron en dirección de Belén dejando cerrada la casita de Nazaret. Por el camino José iba á pie, y María sobre uno de esos jumentillos tan frecuentes y usados en la Arabia, que hasta el más pobre trabajador puede llevar alquilado.

Al llegar á Belén no encontraron ya, como dice el santo Evangelio, sitio donde colocarse en la *posada, in diversorio*. Esta palabra *posada*, tomada en la significación que hoy tiene, no explica, ni con mucho, aquel sitio que buscaban los santos esposos. Porque Belén no tenía ninguna posada, tal como hoy entendemos esa palabra, sino que había allí como en casi todos los pueblos de Oriente, sobre todo en los de corto vecindario, un local público, sucio

(1) Gen. XLIX, v. 29 y 31.

y en el mayor abandono, destinado para refugio de los viajeros, generalmente pastores trashumantes, contra las inclemencias del tiempo. En este sitio solían dormir sobre el suelo envueltos en sus mantas, mientras que en el establo contiguo descansaban los rebaños de ovejas y otros ganados, libres de las fieras que los perseguían. Sea como fuere este local, ni aun en él hallaron ya sitio, por lo cual tuvieron que retirarse á un establo.

La noche estaba fría... En medio de aquel silencio nocturno sólo se oía allá lejos los silbos ó gritos de algún pastor, ó los tristes balidos de alguna oveja descarriada... Las estrellas parecían temblar con la crudeza de la noche... En Belén no se oía el más ligero rumor...; las brisas descansaban y las hojas de los árboles habían cesado en su murmullo... y la noche avanzaba cada vez con más calma y mayor silencio...

De repente se abrieron los cielos... y María recibió en sus brazos á su Hijo!!...

Al instante volaron con rapidez legiones de ángeles y adoraron al recién nacido cantando: «¡Gloria á Dios! ¡Gloria á Dios!...» y el eco traspasando las montañas se retiraba veloz como las ondas del mar para repetir al universo-mundo: «¡Gloria á Dios! ¡Gloria á Dios!»

Los huesos de Adán y Eva parece que se

estremecieron en la roca que los cubría... y el mundo que ellos habían perdido volvió á recobrar la vida. La serie inmensa de siglos de sombras y figuras se iba desvaneciendo, y la nueva era de la realidad aparecía radiante y gloriosa por el horizonte entre aquella luz milagrosa de la media noche.

En medio de estos divinos fulgores, María se puso á envolver en pobres pañales á su Hijo... y luego le colocó en el pesebre de aquel establo... El jumento que allí estaba atado y un buey calentaban con su aliento, según nos ha transmitido la tradición, al divino recién nacido.

¡Señores! Cuando oís contar estos misterios, creo que os detenéis demasiado en el canto de los ángeles y en los resplandores que rodean la cuna del Hijo de Dios... ¡Dejad por un momento esos prodigios del cielo, esas manifestaciones milagrosas, y fijad vuestra atención en la triste realidad!

¿Qué veis? ¿Qué se ofrece á vuestras miradas?... Pues veréis una obrera que da á luz á su primogénito, de noche, abandonada de todos, en un establo destinado solamente para bestias, y ocupada en desdoblar y arreglar unos pañales para envolver en ellos á su Hijo; á una obrera que por toda cuna, donde poder colocar al tesoro que acaba de recibir, sólo encuentra un

pesebre, y para blandura donde reclinar á su Hijo, no halla sino las duras pajas que un jumento y un buey no han querido comer!!

Vosotras, las que habéis sido madres, decid: ¿No es verdad que sentís desgarrarse vuestros corazones con sólo oír esta relación?... Pues la Virgen María, sin embargo, se considera dichosa, ¿qué digo dichosa? divinamente dichosa... ¿Qué? ¿Hay, por ventura, alguna madre que no haya creído tener el cielo en su corazón al ver delante de sus ojos por primera vez al primer fruto de sus entrañas? Pero... ¿no sentís también cuántas lágrimas ahogan esa felicidad?

Ese Hijo... en esas pajas... y en ese pesebre... ¿Por qué razón ha escogido Dios este modo de nacer..., en tanto abandono y miseria?... ¿Por qué nos presenta tan pobre á su madre, y tan desprovista hasta de lo más indispensable?...

Porque era necesario dar un ejemplo, un modelo y un consuelo á los pobres y á los abandonados, á los pequeños y á todas las madres que no tienen en este mundo para sus hijos sino un corazón amante que los quiera, unos brazos fuertes que los estrechen y unas manos tiernas que los envuelvan y acaricien... nada más. La lección, pues, el ejemplo y el modelo están ya dados.

Por pobre que sea la vivienda, por frío que

parezca el hogar, por bastos que sean los pañales y por dura que sea la cuna, para el corazón de una madre su hijo, ese angelito que acaba de nacer, es su dicha, su esperanza, su consuelo y su alegría... En cuanto á lo demás... ¡Ah! El pesebre de Belén era más duro aún, las pajas más duras también, el establo más desnudo y más cruda la noche.

Si viene grande alegría á la familia del obrero con el primer fruto de su santa unión, también vienen grandes trabajos y grandes obligaciones.

Sí. Grandes trabajos... Esa pobre criatura ha venido al mundo en la mayor miseria, y no tardará mucho tiempo en experimentar su terrible aguijón. Nada le importaría á la obrera esta miseria si solamente á ella la alcanzase; porque, como os he dicho más arriba, la mujer es fuerte sobre toda ponderación cuando se trata de sufrimientos y privaciones propias. Pero si ve sufrir al hijo de sus entrañas, si ve que su hijo tiene hambre, si le ve tiritar de frío... al primer grito que oiga pidiéndola un pedazo de pan de que carece, ó un abrigo que ha de buscar prestado, no pidáis ya que tenga valor y sufra, porque no es la madre en quien se ha cebado la

miseria sino en lo que más ama su delicado corazón de madre, en el hijo que Dios la ha concedido para alivio de sus penas.

Refiere Mgr. Dupanloup que, visitando cierto día á una familia que habitaba una miserable buhardilla de París, se encontró en ella muertos de hambre á una madre con su niño. ¿Y sabéis en qué disposición estaban?... Pues la madre medio recostada en el suelo y apoyada en la pared á un rincón, y el niño echado sobre su madre y sostenido del brazo izquierdo mientras que ella ponía en los tiernecitos labios del cadáver del niño el último bocado de pan.

La muerte los había como petrificado en tal actitud, como el grupo escultórico más duradero y sublime.

Pero... ¡dejemos, dejemos estos cuadros tan desgarradores!...

Con el niño han venido también nuevas y grandes obligaciones...

De este niño ha de formar la obrera un hombre para la sociedad... La obra ya está comenzada...; le ha dado su misma carne y su misma sangre y... ¡oh misterio tremendo! con esa carne y con esa sangre le ha comunicado los vicios y las virtudes de su propia carne y de su propia sangre. Porque al venir el alma á este tiernecito cuerpo no le ha librado de las consecuencias,

quizás funestas, de la herencia que le ha cabido, sino que todo lo corrompida que estuviera ésta, se ha difundido por todos los músculos, miembros, huesos y por toda esa masa misteriosa, cuyos pliegues y repliegues se dibujan y como que se graban en la frente del niño, teniendo el alma que acomodarse á ese cuerpo, seguir sus inclinaciones, amoldarse y tomar..., si así se puede decir, su fisonomía y carácter, su actividad y sus enfermedades.

Que observe, pues, bien la madre, y no le será difícil encontrar en los ojos de su hijo el color de los suyos propios, y en los labios de su hijo su propia sonrisa; y si pudiese penetrar más aún, si pudiese llegar hasta las profundidades de la vida moral, allí encontraría quizás algún reflejo de las llamas que han abrasado su propio corazón.

Preguntad á la estadística y á la fisiología, y ellas os darán muy por menudo explicación de cómo se trasmite con harta frecuencia este triste patrimonio; y descendiendo de padres á hijos, os enseñarán que juntamente con la vida, éstos suelen recibir de aquéllos en proporción espantosa las pasiones de la ira ó la intemperancia, las inclinaciones al juego y al robo, al engaño y á la mentira, á la embriaguez, á la lujuria, al suicidio y al asesinato.

¿No habéis experimentado alguna vez cierta compasión triste al ver á un niño enfermizo y descajado en brazos de una madre tísica? ¿No es verdad que sí? ¿Y no es verdad también que después de algún tiempo le habéis visto morir prematuramente á ese niño de la misma enfermedad de la madre? Pues también hay almas que, aunque vayan dentro de cuerpos bien robustos, morirán prematuramente por la gangrena mortal comunicada por su madre.

No obstante, el hombre si quiere, y quiere de veras, poder tiene suficiente para vencerlas siempre, por fuertes que sean, todas estas inclinaciones de la carne y de la sangre. Por triste que sea el patrimonio heredado de sus padres, el hombre podrá á pesar de todo ser virtuoso y vivir siempre conforme exige la sociedad y la religión. Pero para esto es menester que su voluntad se fortalezca y se temple como el acero, es menester que su entendimiento vea claro y sepa descubrir sus deberes entre las nieblas de sus pasiones.

Procurar al niño este claro entendimiento y esta voluntad enérgica, es lo que se llama educar bien al niño.

¿Y quién lo conseguirá sino la madre?

Lleno de compasión os preguntaba yo poco hace: «¿Estará dispuesta la mujer obrera para

ser mártir?» Y ahora os pregunto con asombro: «¿Está dispuesta para cumplir con el cargo de maestra?» Y con mayor recelo que antes ni me atrevo tampoco ahora á responderos... Porque muchas, muchas veces he visto yo mismo andar por calles y plazas y campos, niños completamente abandonados, y puedo aseguraros que otras tantas veces he visto como ahogarse de pena mi corazón...

Ya suele haber casos en que no podremos menos de disculpar á la obrera de este abandono; pues, como ella dice, tiene que ir también á trabajar durante el día, y entonces se ve obligada á confiar el cuidado de sus hijos ó á una vecina suya amiga, ó al mayor de todos ellos, ó bien á alguna casa de asilo ó á la escuela... hasta que á mediodía ó por la noche vaya á buscarlos.

Y en verdad, que da gusto y encanto ver venir esa madre con sus dos hijos, uno de la mano y el más pequeño, en brazos, hablándoles, escuchándolos y llenándolos de caricias. No parece sino que quiere su amor recobrar en poco tiempo el que ha perdido separado de ellos durante el día.

Si la madre es tal y como pide su oficio de madre, si la casa está con el orden que es debido, si en su pobre morada reina la vida de fa-

milia... ¡qué ventura, qué alegría, qué fiesta es la vuelta de esos niños!

Al verlos olvida el padre su cansancio; sus ojos brillan de cariño; abre sus brazos rendidos y sus manos encallecidas, para estrecharlos entre ellos; acuden á él presurosos y él imprime en sus tiernas mejillas dulces y repetidos ósculos, y acaba por colocarlos á derecha é izquierda sobre sus rodillas... Mientras tanto se apresura la madre á preparar y aderezar el sustento, los niños balbuciendo ó entrecortando con caricias su relación, cuentan, como pueden, lo que les ha ocurrido durante el día, lo que les ha dicho la maestra, lo que han hecho sus compañeros... quedándose, por supuesto, como embobados, tanto el padre como la madre...

Más allá, preso en su jaula, pero excitado por la charla continua de estos tiernecitos triples, despierta el pajarillo y comienza á amenizar con su canto aquella tertulia, y hasta el humilde perrillo se encarama delante de su amo para pedirle con ojos que brillan y cola que no para, una partecita de sus caricias.

Pero si al salir de la casa de asilo ó de la escuela encuentra el niño un hogar desierto en vez de una familia, y el padre se halla en la taberna mientras que la madre, áspera y malhumorada no tiene para su hijo más que un si-

lencio frío ó iras mal reprimidas; si el hijo mismo ve con sus propios ojos al padre en la taberna una vez y otra vez y muchas veces... y que entra con frecuencia embriagado en casa; si oye gritos, disputas y hasta ve malos tratamientos entre sus padres... ¿qué llegará á ser tarde ó temprano este hijo?

¿Qué llegará á ser?... Pues fácil es averiguarlo. Vedle. Á los diez ó doce años ha aprendido perfectamente el ejemplo que le han dado...; jura del mismo modo que ha oído jurar á su padre; su mirada es despreciativa é insultante, y su sonrisa es sarcástica. Ya sabe burlarse del sacerdote, como mortificar con licenciosas palabras á las personas de otro sexo; fuma como un hombre, y, si le permiten entrar en la taberna, á ella acudirá sin falta. ¡Ah!... Y si no fuese tan aprisa por este camino, su mismo padre se lo enseñaría... Y si su padre no se lo enseñase, su misma madre..., sí su madre misma se lo enseñaría!

Y al decir esto, no pretendo que me creáis solamente porque yo os lo diga. Oíd el testimonio de Julio Simón, y notad que desde hace veinticinco años que él lo dijo... hemos progresado mucho.

«Entre las gentes dedicadas al comercio al por menor, principalmente entre los vendedo-

res de legumbres, semillas y de leña menuda, hay quien se toma una libertad bien rara. Entre su mercancía lícita esconden, por ilícita, barriles de aguardiente que á poco precio van despachando á las mujeres que acuden allí á procurarse cuanto necesitan. Se lo llevan á su casa y allí lo consumen, primero para olvidarse de su miseria ó para engañar el hambre, mas muy pronto se aficionan con mayor pasión que los hombres, porque en todo son extremadas, y beben aún más que ellos. En Londres es tan antigua esta afición de las mujeres al ginebra, que cuando dejan algunas de usarlo, ni encuentran gusto sus hijos en la leche ni les quieren tomar el pecho. En una declaración depuso un inspector de policía que había visto á ciertas madres llevar por sí mismas á sus hijos á la cantina y maltratarlos con golpes cuando se resistían á beber. También hay madres á quienes se ha visto frotar con aguardiente los labios de sus hijos de pecho, y aun echarles en la boca algunas gotas para irlos sin duda preparando de este modo á la embriaguez» (1).

Mas no faltará entre vosotros quizá, quien diga: Eso es allá en Francia ó en Inglaterra... Sí, en Francia y en Inglaterra, pero también

(1) Jules Simón, *L'Ouvrière*, pág 143

sucede esto en Bélgica. Preguntad, si no lo queréis creer, preguntad á vuestros amigos que frecuenten las Conferencias de San Vicente de Paúl y visiten á sus pobres; preguntad también á las Señoras de los pobres y á las Celadoras de la Obra de San Francisco Regis, y os dirán lo que han visto por sus propios ojos, y os quedaréis espantados.

Pero ¿qué digo? ¡Preguntad nada más que á los periódicos! Uno de ellos daba cuenta no hace mucho de lo que él mismo había presenciado en uno de los barrios bajos de Bruselas el día después de unas fiestas extraordinarias.

Por entre una puerta á medio abrir había estado observando lo que se estaba haciendo en un salón atestado de gente, muy conocido de todos con el nombre bárbaro de *Café cantante*... Entró, y aquella atmósfera saturada de humo de tabaco y del que despedían los quinqués, le atosigaba la garganta; los rajantes sonidos de los instrumentos de una música alquilada le destrozaba el tímpano de los oídos, y la vista no distinguía más que variadas siluetas por entre aquellas nubes de humo casi impenetrables á las humosas luces que pendían del techo.

En el fondo había un escenario en cuyas ta-

blas estaban preparados un cantante y una *cantaora*, para cantar en los tiempos de descanso canciones propias del lugar y de los concurrentes. Á la izquierda, en un rincón, estaba el mostrador sembrado de botellas de licores..., y en el centro se hallaban bailando con el mayor descaro mujeres, muchachas y niñas de trece á catorce años... y en todo el espacio restante mesas ocupadas por hombres y mujeres que bebían en grande y se reían á mandíbula batiente.

Pues bien. ¡En este salón había madres con niños de cuatro á cinco años á su lado y hasta con niños de pecho en sus brazos!...

¿Quién librará á estos angelitos en medio de este abandono? ¡Ah! ¿sabéis quién? La muerte. ¡Sí; lo que les libra es que mueren pronto! Y no puede menos de suceder así. Porque, siendo concebidos en embriaguez, reciben una vida emponzoñada ya en su primer origen. Tengo delante de mí las estadísticas de obreros y de obreras de los centros industriales en que reina la embriaguez y el libertinaje, y de ellas resulta esta proporción espantosa:

De 3.000 recién nacidos mueren al año 1.100; de 100 niños que entran en la Cuna de beneficencia, mueren al año 56, y de 100 que van al Hospicio mueren 83.

¡Qué amor y qué bondad tan grande tiene Dios al llevarse para sí estos desgraciados! ¡Por lo menos los hace á ellos felices para siempre!

¿Y hemos acabado con esto de decir, Señores, lo que ha de ser la obrera? ¿Ser esposa, y ser madre es lo único que ha de ser la obrera? No. Aún le queda, por desgracia con mucha frecuencia, otra nueva fase á la vida de la obrera, quizás la última... ¡La obrera acaba su vida muchas veces con el triste nombre de viuda!

¡Viuda!... Permittedme que os cuente un suceso personal que esta palabra trae siempre á mi memoria. Ya han pasado desde entonces unos veinte años. Yo acababa de ordenarme de sacerdote y estaba viviendo con mi familia durante las vacaciones en una región hullera. Fui un día, como de costumbre, á Misa á la parroquia, que por cierto distaba mucho de mi casa, y al acercarme, oí tocar á muerto. Entré en la iglesia y la encontré desierta, pero con indicios de que el clero había salido en procesión fúnebre para conducir el cadáver á la parroquia. Recién llegado al pueblo, ni sabía el nombre de la familia del difunto; así que me puse á orar delante del tabernáculo en las gradas del presbiterio, esperando á que llegase el entierro.

Escucháronse á poco y sucesivamente los sonidos sordos de una banda de música fúnebre, los salmos después, luego ese murmullo vago de una muchedumbre que se va acercando, y por fin, como sobresaliendo entre todos estos sonidos confusos, gritos y ayes y llantos desgarradores... Entra el clero en la iglesia, y tras él inmenso gentío que la ocupa toda entera apresuradamente y con temor de quedarse sin sitio. ¡Ah!... ¡y cuántas lágrimas se vertían! ¡cuántos suspiros, cuántos gemidos salían de todas partes!... cuando he aquí que empiezan á entrar una en pos de otra doce cajas funerarias... Pónenlas todas en el suelo, de tres en tres, y extienden sobre ellas el paño mortuario que, por no alcanzar á todas, deja ver por las extremidades los restos mortales, completamente desnudos...

Hora es de decir que eran otros tantos cadáveres de las víctimas de una explosión causada por el fuego grisú en una mina de hulla!... Los habían extraído de ella ya rígidos y amaratados, y las esposas y las madres habían venido á reconocer á sus esposos y á sus hijos.

Comienzan los oficios divinos en sufragio de tanta víctima, y en aquel sagrado recinto quedaba ahogado el canto por los sollozos y suspiros de todas aquellas mujeres.

Una de éstas se levanta repentinamente de su sitio... y después de vacilar por un momento, se dirige á la tumba, levanta el extremo del paño para no equivocarse y reconocer bien el cadáver que buscaba, y cayendo de rodillas se pone á orar apoyada la frente en el suelo y cerca de la frente de su difunto. Y no creáis que derramase lágrimas. No; sus ojos estaban secos, pero eso sí, como si quisieran salirse de sus órbitas, y fueran de una persona dominada por la furia ó la locura... Continuaba arrodillada; oíase á veces en el silencio de los oficios llamar á su muerto como para despertarle y decir: «¡José! ¡José! ¡José mío!» Hacía como que escuchaba... y esperaba la contestación, y como no oyese nada, volvía á sus oraciones...

Acabados los oficios fúnebres levantaron todas las cajas en presencia de aquellas esposas y de aquellas madres, y las llevaron al campo santo... ¡Ah! ¡Qué espectáculo! devota y conmovida iba saliendo del templo aquella multitud de gente de todas clases que había acudido; pasa una caja, y detrás de ella la madre, la esposa ó los hijos del que en ella va encerrado y se marcha para siempre... pasa después la segunda caja seguida de un cortejo de desgraciados, luego la tercera, luego la cuarta, y así hasta doce!... Allí se veían pobres con sus niños

en los brazos; otras los llevaban de la mano, ó asidos de sus vestidos, dándose también el caso de ir en pos de la madre la abuela con sus nietecitos, sin que los unos ni los otros, ni las unas ni las otras pudiesen apartar un solo instante sus ojos de aquellas tumbas que encerraban la felicidad, el cariño y la esperanza de innumerables familias.

En este día, como habéis oído, fueron doce... y hoy mismo en Dour... no son solamente doce cadáveres las víctimas de una mina, pues hasta el momento en que esto escribo van ya extraídos 32... y se sabe que aún quedan más, sepultados á 800 metros debajo de la tierra por un hundimiento de hulla. ¡Pobres viudas que á la boca del hundimiento se hallan esperando, entre ayes y lágrimas, que salgan á la luz los restos de su cariño y de su felicidad!... (1).

¡Viuda!... La mujer, rica ó pobre, de cualquier clase y condición que sea, lleva delante de sí al matrimonio, entre otras probabilidades de su suerte, la de tener que llamarse viuda! ¿Pero quién no ve cuán doloroso es este nombre en la obrera y, como consecuencia, cuántos trabajos vendrán sobre ella que para vosotras

(1) Estando corrigiendo las pruebas del texto, se anuncia que el fuego grisú acaba de quitar la vida á 113 trabajadores y trabajadoras de una mina de hulla en Paturages.

serán del todo desconocidos? Porque cierto es que lleváis como ella en el corazón la misma herida... y que vuestro corazón se halla dividido en dos. Pero mientras que vosotras aseguráis con vuestros bienes de fortuna las necesidades de la vida y las incertidumbres del porvenir, y no tenéis más que vuestro corazón que curar... la pobre obrera no tiene nada, y es menester que viva; no tiene nada, y es menester que vivan sus hijos! ¿Quién va á alimentar á estos infelices? ¿Qué vale el trabajo de una mujer para sostener una familia entera... cuando ni el jornal de su marido era bastante para lo más indispensable de la vida?

Apenas falta de su puesto la presencia del marido, viene á ocuparle un espectro terrible é inevitable..., el cuidado de buscar el pan de cada día y el hambre que sin duda vendrá á atormentar á aquellos seres queridos, abandonados como ella se ve abandonada!...

¿Quién educará como es debido á esos pequeñuelos?... ¡Ella y siempre ella! Pero ella sola... sin la sombra y sin el favor del esposo que le hubiera sin duda animado en su empresa. Y después, cuando sus hijos ya crecidos deseen formar también ellos nuevas familias... ¿qué vendrá á ser la pobre obrera?

¡Ah! La viuda rica y abundante en bienes de

fortuna no conoce, no, lo que son estos trabajos y angustias...

Apelo á vosotras mismas... Que se os hable de una señora de vuestro rango y fortuna... y que se os diga de ella después: ¡Está viuda!; de seguro que no despertará esta palabra en vuestra alma ideas de trabajos y sufrimientos; pues muchas veces, pasado el duelo, se reduce el estado de viudez á cierto modo de pasar la vida, menos costoso que antes, á cierta condición de más ó menos rango, de más ó menos libertad que, sin ser ciertamente agradable, no presenta trabajos ni dificultades insuperables.

Pero trasladad con vuestro pensamiento estas palabras á la obrera y á la pobre, ¡ah! entonces... la palabra «viuda» es desconsoladora, y solamente tiene un sinónimo, ¡abandonada!

Todavía hay algo que entre vosotras y la obrera inclina más hacia vosotras la balanza.

Es verdad que viene la muerte sobre vuestras familias y corta el hilo de la vida... pero también lo es que está acechando y dispuesta siempre á segar la vida del obrero con mayor crueldad. Ved si no el registro de los muertos entre vosotros, y, fuera de las causas generales y comunes que periódicamente van segando las vi-

das de los hombres, ¿á qué se reducen entre vosotros las ocasiones del luto? Por lo general, á que se espanta el caballo en que cabalgabais, ó se desbocan los del coche ó se va del seguro la escopeta en la caza, y... se acabó.

Pero entre la clase obrera... ¡ah! Yo no sé por dónde empezar ni por dónde acabar la lista de las ocasiones y peligros que acarrean á los pobres trabajadores la muerte. Podríamos casi decir que hasta la herramienta de que se sirve el obrero se revuelve contra él ¡infeliz! y le quita la vida.

En las minas que le ofrecen su duro trabajo á inmensas y enervantes profundidades, los hundimientos parece también como que están atisbando el momento oportuno de aplastarle y sepultarle para siempre. Nada digamos del fuego *grisú*, ese como espíritu diabólico, que traidoramente se va desprendiendo y deslizándose suavemente de una en otra hoja del mineral, y acumulándose insensiblemente en nubes invisibles, ya en el fondo de las canteras, ya en los huecos de las galerías, ya también en las obras abandonadas, y va como haciendo por todas partes acopio de muerte hasta que encuentra una chispa que le hace estallar, y entonces rompe, deshace y ahoga como el rayo, y amontona y sepulta entre las ruinas las víctimas que ha causado.

En las fábricas, ¿hay hornos, barras, laminadores, mazos, tijeras, en una palabra, hay herramienta que no esté enrojecida con la sangre del obrero?

Fijémonos en cualquiera industria, si os place, la más inofensiva y pacífica, una de tejidos, por ejemplo. Entrad en una fábrica y observad. Estoy seguro de que cuando veáis las cardadoras é hiladoras mecánicas, ó los innumerables ganchos y cilindros, invisibles casi por la velocidad con que giran; cuando veáis tantas y tan admirables herramientas, y máquinas y mecanismos inventados y dirigidos por el ingenio del hombre, no hay duda que quedaréis como sobrecogidos de un sentimiento... de admiración. Sí, pero yo añadiré también de un sentimiento de terror y espanto!

Porque á cada paso que deis, iréis pensando en que si cayerais en manos de esa fuerza que pone en movimiento y arrastra tantá maquinaria, al punto quedaríais deshechos... Oiríais silbar y como mugir cilindros de bronce, rechinar los dientes de los engranajes, y sentiréis que á vuestros pasos tiembla el pavimento... y sin embargo veréis á millares de obreros viviendo un día y otro día expuestos á ser destrozados por la rueda, ó el cilindro ó el volante.

Cuando yo vivía en Namur, continuamente

estaba viendo á través de los tejados de los edificios una altísima chimenea negra que se elevaba allá lejos hacia el horizonte entre espesas nubes de humo... ¡Oh y cuántas veces la contemplaba con pena! Porque no era allí la tierra la que al desplomarse sepultaba vivos á los obreros, ni el hierro candente quien allí los abrasaba, ni el engranaje de las enormes ruedas el que los despedazaba: lo que allí envenenaba al obrero era la industria misma, su mismo trabajo, sus propias manos que, al preparar los productos del plomo, hacían desprender al aire y de aquí pasar á los pulmones moléculas y vapores venenosos que, si al industrial le granjean riqueza y bienestar, al obrero acarrearán muy pronto la miseria y la muerte.

¿Quién no se moverá á compasión al ver esos hombres, á lo mejor de su edad, anémicos, pálidos como difuntos, encorvadas las piernas y trémulos los brazos, que sólo para que no se mueran de hambre la esposa y los hijos, acuden á estas fábricas en busca de una muerte prematura?

Mas ¿á qué seguir enumerando los peligros á que por ganar de comer ha de exponerse constantemente el obrero? Bien podemos decir que vive luchando siempre con la muerte.

Veámoslo, si todavía dudáis, Señores... Ved

ese obrero encaramado sobre un andamio para componer el plomo ó el zinc de vuestra casa ó palacio, y evitar las goteras de sus tejados. Vosotros le estáis quizá contemplando muy descansados y sin ningún peligro, desde el hermoso emparrado de vuestro jardín. Pues decidme ahora con sencillez, entre su esposa y la vuestra, ¿cuál de ellas se ve más expuesta á quedarse viuda?

Por esto á la idea de esposa y de madre, que podemos ver en la vida de la mujer, he añadido esta otra palabra triste y desconsoladora para la obrera, á saber, «viuda».

Pues bien, permitidme, Señores, que os pregunte por última vez: ¿Está dispuesta la obrera para vivir en este triste estado?

¡Ah! Verdaderamente. ¡Es triste este destino de la mujer!... ¡Qué vida, qué porvenir, qué obligaciones la esperan!

¡Esposa, madre y viuda!...

Y sin embargo, menester es que esté dispuesta para todo esto esa pobre joven que vuelve risueña con su joven esposo del altar en que ha recibido de Dios la bendición nupcial...: y á ello se acaba de comprometer solemnemente á la faz del mundo... ¡Ah! ya comprendo yo ahora que se asusten algunas jóvenes y que retrasen cuanto pueden esta hora tremenda.

«¿Y tú, María, no te casas?» dije yo un día en broma á una de esas jóvenes jornaleras. Y ella me contestó: «¡Ah, señor Padre!, para ser esclava, siempre hay tiempo de sobra». Pero fuera de estos casos bien contados, ¿no es verdad que la mayor parte de las jóvenes aceptan todas esas terribles consecuencias y se lanzan á ese estado con verdadera ignorancia, ó sin pensarlo con el detenimiento que se merece?...

¿Y no es cosa que da pena y compasión verlas cargar sobre sí con obligaciones tan graves, cuando sólo cuentan veinte, dieciocho y aun menos años de edad, y sin más remedio para el porvenir que la esperanza en Dios y el entusiasmo del corazón?...

Hablando cierta dama con gracia de esos matrimonios *del gran mundo*, entre los cuales muchas veces vemos fundada una familia sobre un hombre de veinte años y una joven de diecisiete, los llamaba matrimonios á la Froebel. Cuesta, ciertamente, trabajo figurarse como ama de casa á una joven de diecisiete años y como cabeza de familia á un joven de veinte.

Y tened en cuenta que tanto la una como el otro han tenido la ventaja de ser educados primero en su casa, luego en la escuela, colegio y aun quizá en el convento, de modo que la educación es completa: no les falta más que esa

madurez y aplomo que sólo con la experiencia y el trascurso de los años se adquiere. Y si por ventura les faltase algo más, ¡qué facilidad y cuántos medios tienen seguros con el dinero!

Pero la infeliz obrera, esa tierna esposa, ¿cómo se ha preparado para ese estado, en el cual ha de cumplir obligaciones tan graves?... ¿Quién la ha enseñado lo que en él ha de saber?... ¿Cómo ha pasado los años que cuenta?... Cuestión es esta que no puede menos de apenar el ánimo de quien atentamente la examine, porque esta pobre infeliz en ninguna parte encontrará quien la socorra, ni quien la enseñe, sino que de sí misma ha de sacar cuanto le sea menester para sí y para sus hijos.

Nada nos han dejado escrito los evangelistas de cómo pasó sus primeros años la Virgen Santísima y Señora nuestra. Pero vemos remediada en parte esta omisión en las tradiciones del pueblo judío.

Pues desde la construcción del templo de Salomón ya nos enseña el sagrado texto que vivían en sus inmediaciones mujeres y doncellas dedicadas al servicio del tabernáculo. De esto mismo nos da noticia el sagrado libro de Exodo cuando nos dice, que llegaron las mujeres

hasta dar sus brillantes espejos de bronce para la construcción de la concha en que se lavaban los ornamentos sacerdotales; el libro de los Macabeos nos habla también de vírgenes que vivían en el mismo templo, y nos las pinta desconsoladas por los sacrilegios de Holofernes y con los brazos levantados al cielo en demanda de auxilio. Á todas estas mujeres se les enseñaba los cánticos sagrados y el modo de tener la oración; además se les explicaba la Ley y se les encomendaban los trabajos propios de su sexo, y sobre todo preparar la tela para el doble velo del *Sancta Sanctorum* que todos los años se había de renovar.

En los antiguos tiempos de la Grecia, jóvenes dedicadas á Minerva eran las que habían de tejer el velo con que debía de adornarse la estatua de la diosa durante las fiestas.

Ya más cerca de nosotros, sabemos que se educaban en las dependencias de nuestras catedrales niños de coro para acompañar con sus argentinas voces el canto severo de las ceremonias litúrgicas. De las religiosas de Santa Inés de Roma, nadie ignora hoy que hilan la lana de sus corderos para tejer después el palio de nuestros Prelados.

Pues al dejar la Virgen Santísima los brazos de sus padres, á este templo y entre estas don-

cellas vino á tomar asiento, y en él aprendió, protegida por providencia singularísima de Dios y bajo la sombra del *Sancta Sanctorum*, cómo se había de orar y cómo se había de cantar y hasta cómo se había de trabajar en servicio del mismo templo.

Cuadro bellissimo es el que ponen delante de nuestra vista estos recuerdos del tabernáculo y del templo de Jerusalén. En su fondo se destaca el templo aquel de los primeros tiempos que tuvo la suerte y gloria inefable de ser llenado por la Majestad de Dios. Asentado sobre sólidas columnas de fino mármol, vése su frente con ricos bajo-relieves brillantes como el sol.

Delante está el altar, y de pie ofrece en él el sacerdote la víctima humeante aún; detrás, prosternado todo el pueblo; á la derecha los Levitas acompañando con sus plateadas trompetas y delicadas arpas los tiernos salmos que el Profeta-rey cantaba en presencia del Señor; á la izquierda, ocultos con sus blanquísimos velos, hermosos lirios medio abiertos, quiero decir, todo el coro de tiernas doncellas que unen sus angelicales voces á las graves y majestuosas de los sacerdotes; y por último, ved cómo sube esta dulce armonía entre nubes de escogido incienso y aromas.

«¡Oh! ¡Qué hermosos son tus tabernáculos,

»Señor Dios de las virtudes! Mi alma suspira
»por estar en vuestros atrios... ¡Traspórtanse
»mi corazón y mi cuerpo contemplándoos, Dios
»vivo!... El pajarillo halla un hueco donde gua-
»recerse y la tortolilla un nido donde poner sus
»polluelos... y yo he encontrado vuestros alta-
»res, mi Rey y mi Dios. Bienaventurado el que
»pone en Vos su confianza... Más vale un solo
»día de estar en los atrios de tu templo que mi-
»llares en la morada de los pecadores! No pri-
»varéis de ser felices á los que proceden con
»inocencia».

¿No es cierto que con estos tiernísimos afectos se siente conmovido nuestro corazón y como fuerte pero á la vez dulcemente aprisionado?... Yo no sé qué especie de aroma suave, delicado y casto exhalan de sí estos recuerdos bíblicos de los primeros tiempos. Esas doncellas de Israel que pasan sus primeros años entre el vestíbulo y el altar, entre la majestad y la santidad del templo, se me presentan á mi imaginación tan radiantes y puras, tan delicadas y tan inmaculadas como el lirio de los campos, á quien ha poco las comparaba, y que poco á poco va creciendo en el valle, al abrigo de toda tempestad, lejos de abrasadores vientos que le secan y le tronchan, fertilizado por la frescura de las aguas que destila el rocío del cielo, y

fecundado por el suave calor del sol que Dios le envía.

Pues comparad ahora, Señores míos, poned enfrente de ésta la educación y la vida de las hijas del obrero, destinadas para ser un día *las obreras...* y veréis cómo se preparan estas infelices para la suerte que les espera y para las gravísimas obligaciones que han de contraer al cabo de unos cuantos años.

Es indudable que los verdaderos maestros del niño han de ser los padres, y que de ellos y solamente de ellos han de recibir la verdadera formación del corazón y los primeros conocimientos de sus obligaciones, así en lo que toca á la religión, como en lo que toca á la sociedad... Cualquiera otra intervención que ocurra en esta importantísima obligación de los padres, será quizá necesaria por las tristes circunstancias de los tiempos; pero también será origen de males sin cuento para el presente, y de serios temores para el porvenir.

Y sin embargo de ser esto verdad, tratándose del hijo del obrero, no puedo menos de deciros en presencia de una realidad tristísima: «¡Quitad, quitad cuanto antes á esos niños de los brazos y de los cuidados de sus propios padres!»

Sí; porque cuando veo esa pobre criaturita que sostenida por su madre va aprendiendo á

andar, y pienso en el alma que la anima y que empieza á manifestar sus primeras impresiones; cuando paro mi atención en que esa niña comienza á distinguir unos de otros los objetos, y que comienza á ver, y á oír... y me fijo también en que esa alma es de ángel, pura, hermosa. inocente... ¡Oh! tiemblo por su suerte... y á fin de que ni vea, ni oiga, os dire: Quitadla, sí, quitadla de los brazos de su madre... y llevadla cuanto antes muy lejos y ponedla, á falta de algún asilo, al abrigo del templo de Dios, donde pueda crecer sin ajarse y abrirse, sin marchitarse esta tierna flor. ¡Sí! ¡Arrancadla de la tierra en que ha nacido y trasplantadla á otra mejor! ¡Quitádsela á sus padres! ¡Quitádsela á su familia!

¿Y de dónde procede este grito desnaturalizado que yo siento brotar dentro de mi pecho?

¿Tan crueles son sus padres, acaso, que la salvación de esa criatura dependa de abandonar la casa y la compañía de quienes le dieron el sér?...

¡Dios me libre de juzgarlos tan duramente, y aparte de mí pensamientos tan inhumanos! ¡No los acuso á ellos, no! ¡Á quien acuso y á quien culpo es á la tristísima necesidad en que su suerte ha puesto la vida de ambos!

¡Id, si no, á la vivienda del obrero en una de

esas ciudades que tanto ponderáis por sus admirables adelantes, y tan orgullosas se ostentan por sus florecientes industrias!

En esa morada viven mezclados á todas las horas, de día y de noche, el padre y la madre, y los cinco, seis, siete, ocho y aun más hijos!... Por el día no veréis más que una triste cama arrollada, que por la noche se desdobla y se multiplica en proporción de los que forman la familia; el colchón, casi siempre de paja, tendido en el suelo, se reparte entre padres é hijos... Pasad á la habitación inmediata y veréis reproducido el cuadro de la anterior! Porque, ¡es tan reducido el número de los obreros que puedan pagar alquiler para dos habitaciones!... Bajad ó subid de un piso á otro, recorred todas sus habitaciones y, poco más ó menos, en todas ellas se os presentará la misma desconsoladora escena. En invierno, á pesar de la crudeza de los fríos lluvias ó nieves, saldrán los mayorcitos á respirar con libertad, pero los más tiernos se quedarán como siempre, presos en sus cunas; en verano, les hará salir á todos la necesidad de aire libre y serán estorbo por aceras ó calles á los transeuntes.

Sentadas al umbral de la puerta, hacen las mujeres las labores de la casa, desde el repaso de sus harapos hasta la preparación de sus po-

bres y escasas legumbres, y si no fuera por el temor de algún atrevido, allí mismo harían también la cocina. Alrededor de su madre corren, saltan y juegan los hijos sin que les sea obstáculo ni el polvo, ni el lodo de las calles, ni... pero ¿á qué continuar, Señores? ¡si vosotros mismos estáis cansados de verlo como yo! ¿No habéis visto un enjambre de niños y de niñas de toda edad, bien arrastrarse por las aceras, ó bien asidos á las paredes, ó bien dormidos, ora llorando, ora riendo, y siempre expuestos á una sensible desgracia que les pueda causar ó el coche que pasa desempedrando la calle, ó el carro pesado que á paso lento transporta su mercancía? ¿No habéis visto todo esto, vuelvo á decir?

Ahora bien. Si los veis mezclados por el día, mezclados por la noche, mezclados en sus habitaciones y mezclados en todos sus juegos y diversiones, ¿qué esperáis que sea esa pobre niña que va creciendo y desarrollándose constantemente en medio de tales compañías?

Es, pues, absolutamente indispensable arrancarla cuanto antes de sus padres si queréis educarla bien.

Así lo conocen sus pobrecitas madres, y en cuanto de ellas depende bien se apresuran á llevar á sus hijas á la escuela de párvulos ó á otro establecimiento de instrucción, prefiriendo

siempre los que llevan y atraen hacia sí las bendiciones de la Iglesia.

¡Escuela cristiana, sí, Señores! Porque ella es el atrio del templo, ese sitio colocado entre el vestíbulo y el altar, y en el cual la misma Virgen María, Reina de las obreras, fué también educada!

¡La escuela cristiana! ¡Es obra de vuestra caridad; vosotros la habéis fundado, vosotros la estáis sosteniendo con vuestras limosnas, y estáis con ella contribuyendo en grande escala á la salvación de la pobre obrera!

¡La escuela cristiana! Magnífica idea... ¡hermoso pensamiento!, pero sólo es la primera piedra de ese grandioso edificio que intenta levantar vuestra inagotable caridad en beneficio de la obrera!

Mas ¿por qué he tenido que restringir de esta manera mi pensamiento? ¿Cuál es la razón de que aún no sea completa la salvación de la obrera, y de que con ser tan grande, aún no sea suficiente vuestra cooperación?

Voy á decíroslo. Porque los niños del obrero tienen que abandonar demasiado pronto la escuela, y fatalmente van á entrar en un ambiente que los asfixiará. Á los once ó doce años, es decir, cuando apenas han hecho la primera comunión los niños, se encuentra la hija del obre-

ro con que ha de mezclarse otra vez con gente de otro sexo al entrar en el taller. Nueva mezcla, y mayor y más peligrosa que la primera!...

Mucho se ha escrito acerca del trabajo de la mujer, y no faltan leyes que lo prohiban. Si el obrero gana, por ejemplo, tres francos de jornal y necesita cuatro para vivir con su mujer y sus hijos, ¿por qué prohibir á la madre ó á la hija que ganen ese franco que les falta? No sé en virtud de qué derecho se pueda impedir á la hija ó á la madre juntar su trabajo con el de su padre ó con el de su esposo, para que esa familia no perezca de hambre. La necesidad no tiene leyes, y está sobre todas ellas.

Que se persiga cuanto se quiera, cuando se espera buen resultado, los incalificables abusos que á menudo se hacen del trabajo de la mujer, tanto en las fábricas como en los talleres y en las minas. Todo esto está perfectamente bien.

Que se la prohíba también á ella cierta clase de trabajos que á veces emprende, superiores á sus fuerzas y perjudiciales á su salud, y contrarios á la vida honrada y honesta de la mujer; digno de aplauso es, y ¿quién no se le concederá?

Pero la verdad es también, que hay ciertos trabajos hechos al parecer exclusivamente para la mujer, y que reclaman la delicadeza de su

gusto y la destreza sin igual de sus manos. Y ¿por qué hemos de prohibir á la joven obrera dedicarse á ellos? Lejos de esto, yo me apresuro á decir que si un taller de estos está en manos de un buen maestro ó de un buen director cristiano, temeroso de Dios y celoso de su propia honra y del buen nombre de la fábrica, en nada cederá á la escuela más cristiana y más santa.

Un día estaba yo viendo en una ciudad de Alemania, una inmensa fábrica de agujas y alfileres. En el piso bajo había varias salas destinadas para la fabricación de agujas de máquinas de coser. El número de hombres y de robustos jóvenes que allí trabajaban no lo podría decir, y preocupado como estaba viendo la manera y habilidad con que lo hacían, ni siquiera se me ocurrió, ingénuamente lo confieso, nada acerca de la situación moral en que se encontrarían todos aquellos obreros. Por otra parte, tampoco saqué gran cosa de la explicación de mi *cicerone*, amabilísimo, es verdad, y deferente para conmigo, porque él hablaba con dificultad el francés y yo con mayor aún el alemán.

Continuando la visita subimos al primer piso ocupado completamente por un gran salón... Allí había unas 200 jóvenes, sentadas y delante de grandes mesas... Todas ellas estaban en

aquel momento cantando al unísono hermosas y dulces canciones populares de Alemania, siempre de mucho gusto, y á menudo tiernas y delicadas. Eran cánticos á la Virgen Santísima con los cuales celebraban el mes de Mayo. Delante de una estatua de la Virgen, colocada en el fondo del salón, y rodeada de sencillas pero variadas flores, ardían varias velas y vistosas lamparitas. No hay que decir que todo el adorno era obra de las jóvenes obreras, y fruto de su devoción cuanto en el altar se ponía. Repito que estaban cantando ó *rezando*, como dijo mi guía, y al concluir, tras de una breve pausa, comenzaron todas á rezar el santo Rosario en alta voz sin interrumpir la labor. Esta consistía en poner á los alfileres esas cabecitas negras, blancas y de otros colores de esmalte, imitando el azabache, perlas, etc., que todos vosotros conocéis. Las más diestras se ocupaban en poner sobre acero ó cobre diversas figuritas de flores, corazones, palomas y qué sé yo cuántos más objetos esmaltados que salían, como por maravilla, de aquellos habilísimos dedos. Cada una tenía delante de sí á su disposición para este objeto una lamparilla, con cuya llama fundían el esmalte.

Ahora, permitidme que os cuente las impresiones que en aquella fábrica experimenté. Por

de pronto allí reina salud excelente, alegría, contento, buen humor; pero sobre todo allí se respira virtud, y en todos aquellos rostros no se observa sino modestia, compostura, recato y respeto, virtudes todas que cada vez van siendo más raras entre nosotros, pero que aún se conservan como glorioso distintivo y marca indeleble, podría decir, del gran pueblo germánico.

¡Ah! Verdaderamente que en un taller como este y en fábricas de esta manera establecidas y regimentadas, encontrará la pobre obrera, al salir de la escuela cristiana, un retiro seguro, y en cuanto á mí, nada temeré por la suerte de esa joven. Este será para ella el atrio del templo, el lugar *entre el vestibulo y el altar* que la preserve de los peligros del taller socialista.

Pero ¡ay! ¿qué sueños son estos?...

¿Qué es el taller adonde las más de las veces acuden las jóvenes al salir de la escuela? ¿Qué la fábrica? ¿Qué la tienda? ¿Qué el oficio?... ¿No lo sabéis ya?... ¿No lo adivináis?... ¡Ah! ¡Qué compañías encuentran siempre, aun cuando estén separadas de los hombres! ¡Y cuántas veces se las pone sin tener este cuidado importantísimo! ¡Y qué hombres suelen encontrar entonces! Muchas veces están bajo su obediencia en cosas menudas del taller... Un director, un contra-maestre ó un oficial lleva la lista de todas ó

parte de ellas, les reparte la tarea por días ó por horas, les paga el jornal correspondiente; tiene en su mano admitirlas, despacharlas, multarlas, y en este caso perdonarles ó aumentarles la multa; en una palabra, el hombre es como árbitro y señor de la joven que allí va... Si por ventura el contraamaestre es de pocos años, ó si no tiene temor de Dios... decidme, adivinad, Señores, la suerte y peligros de esa obrera... ¡Ah! ¡Qué dramas tan terribles se han representado entre esas mudas paredes, bajo cuyos techos va á buscar la obrera su propio sustento y el de la familia!

En un pueblecito de Francia había una fábrica, negra como el humo que la movía, alta como las nubes, y abierta por innumerables ventanas... Era, según todos decían, la felicidad del pueblo, y realmente en ella encontraba siempre trabajo quien no lo tuviese en su casa.... No lejos de la fábrica vivía su director en un antiguo palacio abandonado por sus dueños en el siglo pasado. Á causa del parque que le cercaba con tapias y frondosos árboles, nada se veía de él sino una torre muy antigua que elevaba por encima de todos ellos sus esbeltos chapiteles.

De esta torre se habían contado sus correspondientes leyendas de aparecidos, fantasmas y otras, propias de la Edad Media, pero ya po-

cos se acordaban de ellas; en cambio á la historia contemporánea no le faltan relaciones horrendas y terroríficas que contarnos... En viendo que una de estas jóvenes ocupadas en la fábrica no volvía por la tarde á su casa, sabida era la contestación que se daba á su madre al preguntar por ella: «Está en el palacio...» y con esto no se hacían ya más investigaciones. Porque la absoluta necesidad de vivir por un lado, el temor de ser despedidas por el dueño y la ignorancia por otro, habían de tal manera ahogado los gritos de la naturaleza, que se tenía por singular el caso de que llorara la madre por la ausencia de su hija.

Un día fué efectivamente llevada al palacio una de estas pobrecitas jornaleras... Ya estaba prometida á un joven y próximo su enlace. Al salir del parque esta infeliz, se dirige su prometido á ella de frente y en el silencio de la noche:

—¿Nada tienes que contarme?—la preguntó. Cae ella de rodillas, y ocultando su vergüenza y sus lágrimas, es furiosamente maltratada de quien menos lo temía. Lejos de mí—dijo él entonces, y lleno de odio y de venganza, huyó.

Había en la humilde casita de su padre un fusil viejo; descuélgale, le carga hasta la boca y se lo hecha al hombro el joven, y va á acechar durante la noche entre la espesura de los árbo-

les, el paso del director de la fábrica. Al verle apunta con frialdad á la cabeza, descarga, y... el director gira, como herido por un rayo, y cae al suelo... Levántase el joven, se acerca á su víctima, y reconociéndola bien muerta, huyó de aquel sitio.

Cerca hallábase un molino, cuya inmensa rueda daba vueltas entre espumas como de nieve y piedras de antiguo musgo. Se pone á examinarla, mide su distancia, regula su empuje y se arroja sobre ella el desventurado joven. Al punto se oyó un chasquido horrible de huesos en la rueda... quedan las paredes salpicadas de roja espuma... y el río teñido en sangre arrastra destrozados los despojos de un cuerpo humano.

Al aparecer al día siguiente el cadáver del director y los restos del joven, la prometida era presa de la más furiosa locura!...

¿Y creeréis que yo me admiraré de esto?... Se necesita no conocer el corazón del hombre, para no saber que en los momentos de desesperación estallan los movimientos más furiosos de la ira y los ímpetus más violentos de la venganza.

Lo que me admira es, que en un pueblo insignificante, en una aldea miserable, en un vecindario de obreros decaiga tanto el sentido moral, que ultrajes de esta índole y crímenes como el dicho se sufran en silencio, y á causa

de su repetición se hagan habituales y se reciban con resignación.

Pero dejemos, dejemos estos casos tremendos y no tratemos de averiguarlos ó procuremos olvidarlos... ¿Qué hemos de hacer entonces para salvar á esa obrera?... Ingeniosa ha sido vuestra caridad, ciertamente, pues para ocurrir á esta necesidad de la joven obrera, ha inventado las escuelas profesionales de obreras y talleres modelos de educación, en los cuales no solamente se enseña el trabajo con que pueda ganar el pan, sino también la instrucción conveniente á su estado, edad y condición, con que pueda poner su virtud á cubierto de los continuos ataques que la amenazan. ¿Y habrá ya bastante con esto? Habéis fundado asilos, cunas, escuelas primarias, escuelas profesionales, talleres modelos, y ¿creéis que está ya asegurada la vida de la obrera? No, con ser mucho, aún no es cuanto se necesita.

Traed á vuestra memoria las gravísimas y múltiples obligaciones con que se ha de ligar esa joven que venís preparando desde su niñez... Para cumplirlas todas no es demasiado pedir que sea heroína. ¿De modo que hay que formar de ella una heroína? ¡Sí! Pues entonces fijaos,

os ruego, en que aún se os escapa; á pesar de vuestro celo, á pesar de la admirable organización de vuestros establecimientos cristianos y sociales en beneficio del pueblo, vuelvo á deciros que aún está fuera de vuestra vigilancia la hija del obrero. ¿Dónde va por la noche? ¿Dónde los días de descanso? ¿Dónde los días de fiesta? Hallándose sola, en sí misma ha de encontrar fuerzas para conservarse como es conveniente y necesario.

¡En sí misma!... ¿Qué fuerzas, qué recursos tendrá en sí misma una joven de dieciséis años?

Voy á decíroslo.

Encuentra toda clase de tentaciones y de pasiones. En primer lugar, siente dentro de sí esa como necesidad inevitable de agradar, ese deseo de amar y de ser amada; luego un deseo al parecer irresistible de diversiones, alegrías, junto con el inseparable cortejo de ilusiones y locas esperanzas de que está lleno el corazón á los dieciséis años. Por otra parte, halla inexperiencia de cosas y personas, fe ciega á cuantas promesas se la hagan, complacencia en curiosidades aun peligrosas..., en una palabra, halla dentro de sí cuanto la puede hacer caer y la puede arruinar.

Enfrente de todo esto ya sé yo que tiene la voz de su conciencia y de su propia estimación

que la habla, como á nosotros, con lenguaje severo é imponente, y os concederé con gusto que también tiene lo que con mucha razón se ha llamado por alguno la segunda religión de la mujer, es decir, horror á la deshonra. Sí. Todo esto tiene. ¿Pero sabéis lo que no tiene?

Ese amparo de ciertas delicadezas y formas de la alta sociedad que os defiende á vosotras continuamente, y pone á vuestra virtud aun al abrigo de vuestras propias flaquezas. ¡Fortaleza casi inexpugnable podríamos llamar esa muralla! ¡Pero la pobre obrera se halla sin este escudo! Lo que para vosotras es poco menos que imposible, es para ella sumamente fácil... Lo que entre vosotras se ve con horror, entre las jóvenes del pueblo es casi normal... Lo que á vosotras os hace temblar de pensarlo nada más, á ella le es familiar... y lo que os haría á vosotras morir de vergüenza, ni siquiera vale para sacar los colores al rostro á una de sus continuas compañeras!

Y en medio de las pasiones que la arrastran, y la conciencia que la contiene, ¿qué es lo que ve la que sale del taller? Ha estado trabajando en él toda la semana, sale con hambre no ya solamente de descanso, sino de distracciones, placeres y diversiones... y ved, esos teatros por horas de vuestras ciudades, abiertos de par en

par, con iluminaciones que deslumbran y músicas que arrastran... la llaman, la encantan y la vencen... ¡Cuesta tan poco la entrada!

Más allá, en otra casa, ved cómo se divierten y cómo danzan y cómo... Pues también entrará esa joven... ¡Cuesta todavía menos!

Á través del brillo de los cristales de los escaparates sin saber qué hacer, como clavada en la acera, ve pasar alegres y risueñas á sus amigas en tropel, oye los cánticos que la sacan fuera de sí... parece que todo un mundo se abre para ella y la dice con nuevos encantos: «Ven», «ven».

¡Ve aún más! Allá en la oscuridad... ¡Oh infamia de las pasiones y de las concupiscencias humanas! ¡La mano de un rico la ofrece... oro... alhajas... cuanto quiera!

Pues bien, ¿dejaréis, Señoras, sola á esta pobre obrera en medio de los placeres... en medio de los encantos... en medio de las seducciones? ¡Ah! No. Que vuestra caridad ha inventado esa nueva institución de los Patronatos. Á ellos lleváis á la joven después del taller, para que en ellos encuentre el descanso que necesita, la alegría que la encanta, y para que en ellos tenga los días festivos un nuevo amparo su virtud. Nuevo lugar puesto bajo la vista de Dios, «entre el vestíbulo y el altar» del templo!

Ahora sí que habremos acabado la empresa de poner á salvo la vida de la pobre obrera, ¿no es verdad? Pues todavía me atrevo á deciros que no las salvaréis á todas... Si alguna llega á caer, ¿la dejaréis sumida en el fango de la ignominia y de la deshonra? ¡No!... Porque os veo tenderla la mano, levantarla y restablecerla en su primitiva reputación; y ella, animosa, ora por vuestras cariñosas reconvenciones, ora por vuestros propios ejemplos, se postra en presencia del Dios á quien ofendió, en demanda de perdón para sí y de bendición para su prematura familia.

Aludo, como veis, á la obra admirable de San Francisco de Regis, con la cual sí que queda asegurada la salvación de la obrera. Recapitulemos, pues, si os parece bien.

La cuna, la escuela primaria, la escuela profesional, el taller, el patronato y la obra de los matrimonios... ¿Pero qué digo? No. Me falta todavía una cosa. He olvidado precisamente la obra que me ha movido á reuniros aquí hoy. Me falta todavía la obra, la piadosa institución de las viudas pobres!... Estas infelices y desventuradas por la muerte de su esposo, á quienes vais á visitar, socorrer y consolar cuando se hallan bajo el peso de la mayor pena y aflicción de su vida. Nada he dicho, y se me olvi-

daba hablaros de esa obra naciente, de tanta actualidad, tan caritativa y tan cristiana y sumamente moralizadora; de esa obra que proporciona trabajo á la mujer que lo necesita, de esa obra que podremos llamar la bolsa del trabajo; de esa obra que aún está por fundar, pero cuyos fundamentos se ven ya, la obra quiero decir, del Asilo nocturno para mujeres.

¡Cuadro hermoso, Señores! ¡Conjunto magnífico! Monumento espléndido de vuestra caridad es el que acabo de describiros. ¿No es verdad que es admirable? ¿No es verdad que es grande?

Pues no se necesita menos para salvar la vida de la infeliz obrera.

Y cuando esa niña tierna, destinada por la divina Providencia para ser obrera, haya pasado por esos establecimientos de caridad y su alma haya quedado impregnada de la religiosa educación que en ellos ha recibido y que tan esforzado hace al corazón de la mujer; si mientras ha estado en ellos ha conocido qué deberes ha de cumplir, qué enseñanzas ha de dar, entonces estará dispuesta para ser verdadera esposa, verdadera madre y resignada viuda; sentirá en sí ánimos hasta para ser mártir. Con esta educación cristiana, por dura que sea la suerte que la toque, no faltará en la familia la divina llama que la purifique, con la cual el es-

poso se encienda y se enmiende, los hijos tem-
plen sus deseos y la familia entera se salve.

Esta es, Señores, la empresa que habéis lle-
vado á cabo por medio de esas instituciones
cristianas, á cuyo sostenimiento estáis contri-
buyendo cada día con creciente generosidad.

¿Necesitaré, pues, rogaros y animaros á que
sigáis prestando esas limosnas tan abundantes
y tan fecundas? No, ciertamente. ¿No es ver-
dad?... ¡Oh, decidme que no! Decidme más bien,
que precisamente en eso está puesto todo vues-
tro empeño y todo vuestro corazón. Decidme
mejor que á eso os lleva vuestra propia inclina-
ción y deseo, y que vuestro corazón no late
sino á impulsos de compasión hacia esas infeli-
ces criaturas tan necesitadas de vosotras, hacia
esas pobres confiadas á vuestro cuidado por el
mismo Dios, porque Dios os las ha encomen-
dado, Señoras!

«Dios, dice Bossuet, ha encomendado á los
ricos el cuidado de los pobres, y á éstos les ha
señalado por sustento lo supérfluo de aquéllos...»
¿Lo habéis oído, Señoras y Señores? Á vuestro
cargo ha puesto Dios la vida de los pobres.
Luego añade el mismo autor las palabras sacra-

mentales del Apóstol San Pablo: «Para que así haya igualdad», *ut fiat aequalitas*.

Sí; cierto estoy: á ello os lleva vuestro corazón... Pero ¿qué digo? si hasta vuestros mismos hijos lo comprenden y á vuestro ejemplo se dejan llevar de las mismas inclinaciones.

Permitidme que os cuente un rasgo de un niño, que no hace mucho me contaron á mí, y que siempre que me acuerdo de él causa en mi alma singular consuelo. Venía de la escuela una niña de diez años, toda deshecha en llanto: «¡Ay, madre mía! —dijo— ¡si supieras lo que acabo de ver! —¿Qué, hija mía? —He visto cerca de la puerta de las Hermanas un muchacho muy pobre, muy descolorido y enfermo... Tenía tanto frío que ni frotarse las manos podía. Yo al verle así... no me riñas, madre mía, le he dado los guantes.—,Por qué he de reñirte, querida mía! —repuso la madre, y luego la abrazó tiernamente.— Pues bien, escucha, mamá —volvió á decir la niña— he pensado que no me compres este año los aguinaldos, y que en cambio me des cinco francos para este pobre necesitado.— Mejor será otra cosa, Margarita mía; tráele á casa, y desde mañana ese pobre estará á tu cuidado y nosotros le tendremos de toda su familia». Margarita al oír esto saltó de gozo al cuello de su madre... y al día siguiente,

sin temor al frío ni á la lluvia torrencial que caía, fué guiada por la criada á buscar á su pobre.

Cuando yo estudiaba mi carrera, nos leían la historia del antiguo Senado de Roma. Entre todos los patricios que iban desfilando por nuestra memoria había uno muy singular, que si atraía por lo severo de su carácter, excitaba la risa por la tenacidad con que defendía siempre sus ideas, Catón de Útica, quiero decir. Su amor á la patria era tan grande, que para él no había más esperanza de salvarla, que la destrucción de Cartago; y tenía siempre tan fija esta idea que no pronunciaba discurso que no acabase infaliblemente por las palabras de siempre: «*Delenda est Carthago*, hay que destruir á Cartago». Entre los senadores, yo supongo que muchos, á la larga, después de haber oído varias veces el mismo final, viendo que se acercaba el fin del discurso, se reirían y se dirían unos á otros al oído: «*Delenda est Carthago*, hay que destruir á Cartago». Nadie por lo menos podía dudar del noble sentimiento que arrancaba á Catón tales palabras.

Pues, Señores, reid si os parece, pero yo no puedo excusarme; yo también tengo una idea fija que constantemente me persigue: tengo mi *Delenda est Carthago*, y quizás os lo estáis di-

ciendo al oído: «¡Ricos, ricos! ¡Hay que visitar al pobre! ¡Hay que visitar á la obrera!»

Porque hay una cosa que el pobre y el obrero necesita más que vuestras limosnas y vuestras riquezas; esa es vuestro respeto, vuestra estima y vuestro cariño.

Hay una cosa que hiere al obrero más aún que vuestros despilfarros y vuestro lujo, y es que viéndole caído y humilde, vosotros os mostréis con él indiferentes ú orgullosos.

En la desigualdad que ve el obrero entre su suerte y la vuestra, hay una cosa que le excita mayor odio y rencor y le lleva á la revolución, y es vuestro desdén.

Por el contrario, si supierais cómo se le gana el corazón con un saludo respetuoso, con una conversación cariñosa y con solo estrecharle la mano!...

La limosna que le dais socorre su necesidad, es cierto, pero en nada altera la distancia que os separa á costa suya; porque la limosna os deja á vosotros como estabais, muy altos y al obrero muy bajo. Al paso que cuando le saludáis, le habláis ó le estrecháis la mano, parece que vosotros le ponéis á la altura vuestra, vuestros corazones se juntan con el suyo y sois más hermanos suyos, y unos y otros más hermanos de Jesucristo.

Y vosotras, Señoras, no sentís qué alegría es para la obrera y qué ánimos y qué esfuerzos recibe al veros entrar en su pobrecito albergue, y preguntar por la familia y por los hijos; al oír de vuestros labios palabras de compasión, de esperanza, de consejo y de cariño! Seguramente que ella con estas demostraciones levantará su espíritu á regiones más elevadas... Será, quizás, desgraciada y pobre, pero no se conceputará abandonada!

Ahora voy á deciros una de mis mayores penas, uno de mis mayores asombros. Cada día estamos viendo las pruebas inequívocas de vuestra generosidad sin límites. Si se acude á vosotros en demanda de auxilio para éste ó el otro pobre, para éste ó el otro establecimiento de caridad, no escatimáis el oro y correspondéis con creces á los deseos del que llama á vuestra puerta.

Si se os anuncia alguna rifa, sea con el nombre de tómbolas, fancy-fair ó Kermesse, que ahora están en boga, al punto acudís á ellas con una diligencia y buena fe admirables... Tanto los que venden como los que compran los objetos de las tales rifas, esfuerzan sus ingenios y dan muestras de extraordinaria bondad y constancia para conseguir realizar su intento... Es menester llevar adelante la empresa,

y conseguís que siempre salga con buen resultado.

Y si se os propone, por supuesto para alguna buena obra de beneficencia, algún concierto (que no será tal si falta el baile final), algún convite para favorecer á éste ó al otro, á ésta ó á la otra... ¡oh! yo no sé entonces lo que pasa. Ya no es la puntualidad ni el desprendimiento lo que hay que admirar y ponderar..., sino una actividad verdaderamente loca, una pasión; no es ya la virtud de la caridad, sino la pasión de la caridad la que no se deja un momento de reposo.

Pero que se os proponga y se os ruegue nada más que acompañéis á visitar á un obrero enfermo y necesitado, á un pobre de solemnidad... ¡Dios mío! ¡qué hielo, qué hormiguelo, qué repugnancia notáis en todo vuestro ser! ¿Y por qué?... ¿Por qué tanta frialdad? ¿Por qué tanta repugnancia?...

Tan sencillas y tan francas sois que no lo ocultáis y decís que la fancy-fair y la Kermesse, el concierto y el baile para objetos de beneficencia os gustan mucho más, y son más... agradables.

Pues este es precisamente vuestro engaño y un grandísimo error que nunca deploraremos como se merece. Haced vosotras mismas la prueba, y gustad, aunque no sea más que una

vez en la vida, las dulzuras, los encantos y la satisfacción que se encuentra en la virtud, y os aseguro que no hallaréis modo de explicar lo que pasa por vuestra alma! Al volver del pobre albergue de la obrera, vuestro corazón no cabrá en su asiento, saltará de gozo y os sentiréis perfectamente dichosas. ¡Con qué paz descansaréis, y qué dulces pensamientos acudirán á la hora del reposo!... No acudirán, no, en torno vuestro á turbar vuestro sueño ese tropel de desengaños, tribulaciones, pesadumbres y celos que os siguen al volver de una fiesta mundana, y desgarran vuestro corazón como las espinas de un zarzal desgarran el traje que en él habéis dejado prendido.

Corriendo veloz la noche, había hecho ya toda su carrera... En el horizonte los ténues resplandores y los sonrosados celajes de nubes sin cuento anunciaban ya la llegada del sol... De repente, como si se hubiera producido un inmenso relámpago entre el cielo y los montes, dejó ver su encendido rostro el astro del día, y sus rayos fueron de valle en valle y de prado en prado, corriendo hasta el portal de Belén: aquí se detuvieron, dieron toda su luz y todo su resplandor... y formaron el primer día de la

nueva era! María recibió en sus manos al fruto de sus entrañas con toda sumisión y con todo su amor; y José, profundamente arrodillado y cruzados sus brazos, adoró respetuosamente á su Dios!... *Adoro te devote, latens Deitas.*

El ruido de pasos cada vez más cercanos y voces entrecortadas de hombres, llegaron á oídos de María súbitamente; era una embajada que estaba esperando á la puerta la entrada. Graves y atentos, con todo el lujo y esplendor de sus propias cortes del Oriente, entraron tres reyes al portal, y en pos de ellos toda su comitiva presa de la mayor curiosidad y extrañeza... María, la obrera de Nazaret, dió á conocer á su Hijo á estos reyes que con tanto anhelo le buscaban, y unos después de otros le adoraron también con la más profunda demostración de respeto y amor. Luego fueron extendiendo en presencia del Niño y de la Madre, sobre preciosos tapices los riquísimos presentes que traían, á saber: oro, incienso y mirra.

¡Señores! Esta fué la primera visita que en la nueva era, en la era cristiana, hizo el rico al pobre, el patrón á su obrero.

Jesucristo se dignó aceptarla y quiso que su Madre Santísima la aceptase y se consolase con ella!

Por mi parte, Señores, sólo diré una palabra

para concluir. Cuando vayáis á visitar á la obrera vosotras, cuando vayáis á visitar á la madre, viuda pobre y á su hijo, pensad que vais á visitar al mismo Dios, como fueron estos santísimos reyes... Como ellos vais á llevar presentes, y vosotros los tenéis divinos... Como ellos dejaréis en la morada del pobre el incienso de vuestro respeto, el oro de vuestra caridad y la mirra de vuestra compasión.

A. M. D. G.

LOS CHICOS DE LA CALLE

*«Qui susceperit unum parvulum
talem in nomine meo me suscipit».*

«El que recogiere á uno de estos
pequeñuelos en mi nombre, á mi me
recoge».

(Ev. de S. Mat. c. XVIII, v. 5.)

OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

LOS CHICOS DE LA CALLE

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO

IMPRESA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7.

—
ES PROPIEDAD
—



MONSEÑOR (1), SEÑORAS, SEÑORES:



UNA leyenda que se remonta á los primeros siglos de la era cristiana, nos refiere que un día el Niño Jesús, no lejos de la casa de su Madre, vió á unos niños de su edad jugando en la llanada. Estaban sentados en el suelo, á la sombra de un matorral de terebintos, y allí, medio desnudos, como lo están ordinariamente los niños en Judea durante el verano, en medio de gritos y risotadas, se entretenían en amasar barro y formar bolitas, á las que procuraban

(1) Monseñor Sacré, Dean de la Catedral de Amberes.

luego dar forma de pájaros, y las llamaban sus pajaritos. Su afán era á ver quién hacía más pajarillos y á quién le salían mejor. Me imagino estar viendo las cabecitas rubias de aquellos niños, y sus ojos abiertos de par en par, siguiendo atentos y ansiosos los progresos de sus figuritas; me parece oírles batir con sus manos el barro, y lanzar gritos de victoria cuando uno de aquellos pajaritos llega á tenerse de pie sobre sus patas deformes; me figuro que les oigo reír con esa risa franca y alegre del niño, espontánea, sin fingimiento, sin cuidado, sin velos de interior tristeza, cuando uno de aquellos pobres pajaritos, mal construido, flaquea, se descompone y se derrumba, haciéndose mil pedazos.

Jesús se puso á jugar con ellos... y él también hizo pajaritos de barro... Cuando hubo hecho una porción de ellos, los puso todos en fila, y mientras que sus compañeros contemplaban su obra, él dió una palmadita con las manos... de repente los pajaritos de barro aparecieron con verdaderas plumas, con verdaderas alas, y alegres, vivos y cantando revolotearon unos instantes sobre los asombrados niños, y en seguida se volaron al soto vecino á bendecir y alabar á su Creador, su Señor y su Dios.

Otro día, según la misma leyenda, el Niño Jesús vió pasar á un anciano que llevaba en sus

brazos el cadáver de un niño que iba á sepultar en la tumba de su familia. La madre iba detrás desolada y sollozando. Jesús se conmovió: detuvo á la infortunada madre, y se informó del caso. Ella le dijo que la víspera había ido su hijo en busca de nidos de perdiz... Al ir á coger un nido, una víbora oculta en la tierra le había picado, y el infeliz había muerto de la picadura, después de algunas horas de horribles sufrimientos... «No lloréis más», dijo Jesús á la madre, y al punto, obediente á su llamamiento, apareció la víbora, la mandó que se enroscase al brazo del muertecito y que volviera á tomar de allí el veneno que allí había inoculado. La víbora chupó la herida, después Jesús la maldijo, y el venenoso animal reventó; en seguida tomando Jesús la mano del niño le despertó como de un sueño; el niño abrió los ojos, sonrió, tendió los brazos hacia su madre, y corrió á colgarse de su cuello.

Pero ¿qué necesidad tengo de recurrir á estas leyendas apócrifas para recordaros el grande amor que nuestro Dios y nuestro Salvador tiene á los niños? ¿No tenemos presentes en nuestra memoria los solemnes recuerdos del Evangelio? No sabemos que fatigado de haber estado predicando á las turbas, mientras que cansado de andar sentábase al borde del camino

para serenar su alma y refrescarla, llamaba á sí á los niños que le habían seguido, pasaba su divina mano por sus cabecitas, los acariciaba con ternura, los bendecía, y se gozaba en su mirada cándida y en su inocente sonrisa? Y que cuando sucedía que sus discípulos apartaban de él aquel bullicioso pueblo infantil: «No, les decía; dejadles que se acerquen á mí... Pues de los tales es el reino de los cielos?»

Y un día, como fermentara en el corazón de los apóstoles la levadura de una vanidosa ambición, y le preguntaran quién de entre ellos sería el primero en su reino, llamó Jesús á un niño, le tomó de la mano, y colocándole en medio de sus apóstoles: «En verdad os digo, exclamó, si no os hicieréis como niños, si no llegareis á ser sencillos, cándidos, puros y sinceros como este niño, no entraréis en el reino de los cielos. El más encumbrado en el reino de los cielos será aquel que se haga más pequeño y más humilde á semejanza de este niño. El que recogiere á uno de estos niños en mi nombre, á mí me recoge. Al que escandalizare á uno de estos pequeñuelos que creen en mí, ¡ah! ¡más le valdría que le ataran al cuello una rueda de molino y fuera sepultado en lo profundo del mar! Guardaos de despreciar á uno solo de estos pequeñines, pues yo os digo que

sus ángeles ven sin cesar la cara de mi Padre!...» (1).

Tal era, Señores, el amor de Cristo nuestro Señor para con los niños.

Cuando se lee el Evangelio, no impresiona ni embarga tanto el alma, á mi juicio, su poder, su sabiduría, su grandeza, como su ternura y su bondad... y entre todas sus ternuras, ninguna resalta más que su ternura para con los pequeños y para con los niños.

¡No me admiro!

La vista del niño ejerce sobre todas las almas elevadas y puras una deliciosa atracción; hay yo no sé qué encanto en la mirada y en la sonrisa de esa criaturita, tan débil al presente, pero á la cual Dios llama por el don de la vida á tan altos destinos.

¿No habéis experimentado jamás la grata satisfacción de un primer día pasado en el campo, bajo la boveda azul del cielo, entre las colinas cuyos árboles despliegan sus hojas y sus flores, ante la gran llanura verde por donde se deslizan y vuelan, despertados de su sueño de invierno, al pie de las abiertas margaritas, todos

(1) Ev. de S. Mat., cap. XVIII.

los insectos resucitados? El pájaro canta aderezando su nido, el sol hace penetrar sus trémulos y fecundantes rayos por entre el ramaje de los árboles y el follaje de las yerbas, el ambiente se embalsama con vagos perfumes, y en medio de tal encanto el corazón del hombre se agranda y se dilata. ¿Por qué?... ¡La primavera es como un gran renacimiento, y nosotros, pobres hombres que nos sentimos morir cada día, amamos tanto los renacimientos! Mas ¿qué es el niño sino un renacimiento del hombre, la primavera de la vida en su flor, la humanidad que revive, consolando y regocijando á la humanidad que muere?

El niño, ¡es la inocencia!... ¡Su alma es enteramente blanca!... y á nuestras almas manchadas esa alma pura nos trae á la memoria la hora deliciosa en que nosotros también ignorábamos el mal, en que nuestros corazones, límpidos como el agua de los grandes lagos, desconocían el rugido de la borrasca.

El niño es la sencillez confiada y tranquila, y le amamos como un antiguo recuerdo, nosotros á quienes las experiencias de la vida han conducido á todas las desconfianzas, y que no damos un paso sin ponernos en guardia contra las sorpresas, las astucias y las traiciones.

El niño es la esperanza, y la esperanza es la

última tabla á la que se agarran nuestras almas en el naufragio de las felicidades de este mundo.

Todo eso, todos esos pensamientos, todos esos contrastes flotan en nuestro espíritu á la vista del niño, y nos producen una impresión vaga, misteriosa y dulce que nos encanta.

¡Qué cuadro más hermoso que el de una madre inclinada sobre la blanca cuna en que reposa su hijo, vigilando su sueño!... Vedla cómo apartando suavemente y sin ruido las cortinas y los encajes le contempla embelesada... Los ojos del niño están cerrados, su frente sin un pliegue, sin una arruga, está medio cubierta por los bucles de su blondo cabello, su boquita entreabierta deja pasar con acompasado murmullo su dulce aliento, su pecho levanta al respirar las cubiertas bordadas sobre las cuales descansan sus rosados bracitos y sus regorditas manos... Le contempla la madre y goza. ¡Es tan hermoso su hijo! De repente el niño se despierta, sus ojos se entreabren, mas la luz que los hiere le ofusca; los cierra, los vuelve á abrir, busca, ¡ah! ¡cómo se alegra! ¡ha descubierto á su madre, y mientras que sus bracitos la llaman, le sonríe con una inefable y dulce sonrisa, en que se descubre y entrega toda su alma!...

Me voy extraviando, Señores; ese niño no es el niño á quien Jesucristo se dirigía. Nos es preciso tomar el Evangelio tal como Dios le ha hecho para nosotros. Jesucristo, el Hijo legal del carpintero José, no frecuentaba el mundo de los ricos!... ¡Atrás, pues, esos finísimos lienzos y esos encajes; atrás esa seda, esos terciopelos y todos esos bordados preciosos en que jactanciosa se envuelve nuestra lánguida molicie!... El niño con quien jugaba Jesús es el niño que vemos nosotros todavía, tendido al aire libre, en la plaza pública ó á la orilla de los caminos ó en las praderas, amasando aún con sus manitas la tierra humedecida y construyendo calles y casas con cantos rodados y pedazos de tejas. El niño á quien resucita es el niño que trepa á los árboles para coger nidos. El niño á quien toma de la mano y coloca en medio de sus apóstoles humillados, es el niño que vagaba por las calles. El niño á quien ponía sobre sus rodillas y le bendecía y le acariciaba, es el niño que en brazos de su madre ó de una hermanita mayor sigue el curso de las muchedumbres... No es el niño de una patricia romana envuelto en seda y oro y conducido por una esclava oriental; no es el hijo del rico, es el hijo del pobre, es el hijo del pueblo! Es preciso que vuestro orgullo se resigne á ello: ¡es el hijo de las calles, el niño

callejero, el vagamundo, el chico de la calle!...

Y aquí, Señoras, sin tardar más, permitidme que os felicite de lo íntimo de mi alma. Vosotras habéis comprendido ese amor, esa pasión de Jesucristo hacia el pobre y hacia el hijo del pobre. Á ese niño es á quien vosotras os habéis dedicado á favorecer, por él es por quien trabajáis, para él es para quien mendigáis. Vosotras sabéis á quién se encaminaba Cristo, y como hijas de Cristo, á ese os encamináis vosotras mismas!

¿Por qué no nos dirigimos á ese mismo todos nosotros?

Es cosa notable y á veces divertida el descubrir á qué se debe con frecuencia la variedad de nuestros sentimientos y de nuestras impresiones. He ahí en el cruce de una gran calle, trazada á través de barrios indefinidos, un niño conducido de la mano por una nodriza, de cuya cabeza penden largas cintas blancas ó encarnadas flotando sobre sus espaldas como banderas de navío. El niño está rica y elegantemente vestido, sus botinas brillan al sol, su carita pálida encanta por su limpieza y blancura, sus cabellos están rizados con diligencia exquisita, en su mano lleva un arito guarnecido enteramente de terciopelo y de argentinas campanillas... Más abajo, en el fondo de un terraplén otro niño, y

éste sin niñera, colorado como una manzana, corriendo y saltando se sofoca en hacer correr delante de sí un aro viejo de hierro arrancado á una pipa de petróleo; anda descalzo, sus vestidos hechos jirones apenas con unos tirantes pueden sostenerse de unos botones gruesos medio arrancados, sus cabellos desgreñados caen sobre una frente bien despejada y bien pura, pero ennegrecida por el polvo y por el sol.

Ante esos dos pequeñines ¿cuál será el movimiento de mi corazón?

¡Me inclinará hacia el hijo del rico!... ¿Es esto razonable?

¿Son esos preciosos vestidos y esos juguetes de lujo lo que yo debo amar en el niño?... «¡No, me diréis, sino la limpieza y aseo». Conformes; pero la limpieza es cuestión de una esponja y de un peine... Lavemos al niño callejero, al chico de la calle, y renovemos mi pregunta... ¿Á cuál de los dos se irá mi corazón?... ¿Al rico? ¡Todavía quizá! ¿Luego es en realidad el vestido quien me mueve?... ¿Y es esto digno del hombre? Lo que yo debo amar en el niño es el niño; es aquel cuerpecito, es aquella almita!... Aquel cuerpecito está quizá mejor conformado que el del rico, tal vez su fisonomía es más correcta, y probabilísimamente aquella vida al aire libre y al sol le habrá comunicado más fuerza

á sus músculos y más vida á su sangre... ¿Y su alma? ¡ah, su alma! Yo no sé más que una cosa, y es que la sangre de Jesucristo ha pasado sobre ella como sobre el alma del niño rico, y que á la edad en que ambos se encuentran, ninguna mancha ha venido aún á borrar esa divina sangre!...

Dejadme, pues, amar... y amemos todos al hijo de los pobres, al hijo de las calles; no nos detengamos ni ante sus harapos ni ante el polvo que le cubre y afea, vayamos al alma...; no hay otra, únicamente las almas valen algo en este mundo, únicamente á las almas nos es preciso servir, únicamente las almas merecen ser amadas, porque únicamente las almas son inmortales.

Se ha dicho un día: «¡Son tan bellos los niños!... ¡Qué lástima que tengan que hacerse grandes!»

¡Ay! á los quince años, á los veinte años, vuelvo á encontrar al joven de las calles, á la joven de las calles, á los chicos de la calle. ¿Es éste aquel mismo niño? ¿es ésta aquella misma niña?... ¡En qué han venido á parar, Dios mío!

Él, derrengado, sucio, andrajoso, con las manos en los bolsillos, con la vista apagada por

los licores fuertes, la voz avinagrada, la sonrisa truhanesca, haragán, insolente, fumando colillas en asquerosa pipa, ardiendo en el fuego de todas las concupiscencias, rebelde á toda autoridad y á todo dominio, deseoso de todo desorden y de todo pillaje, espera la hora de tomar parte en el festín del rico, y mientras tanto arrastra su miseria por todas las degradaciones y por todos los fangos!...

Ella, por su fondo indeleble de coquetería femenina, está al menos aseada; pero vedla en vuestras calles con los cabellos al viento, la mirada impudente, desvergonzada, sarcástica, provocadora, lasciva, con risotadas que hielan la sangre y actitudes que hacen subir el rubor al rostro, anda del brazo de una compañera hecha á su imagen, corre con las turbas, se instala en las plazas como tendera que pregona su mercancía. ¿Es esto una mujer?... ¡Ah! yo los he encontrado á ella y á él, y á su vista se me ha partido de dolor el alma; los he encontrado en pleno día, por grupos, dándose mutuamente el brazo con pasos y meneos nauseabundos, bailando en las calles y entonando cantares de despedida á los soldados que iban á la guerra. Yo no sabía que en nuestras grandes ciudades, á la faz del sol se dieran semejantes espectáculos; yo sabía que por la noche, cuando la

oscuridad encubre los semblantes, se perdía toda vergüenza, y que entonces á veces el vicio salía de sus deshonradas guaridas; pero ¡en pleno día? ¡á la faz del sol?... ¡y ellas no se avergonzaban!...

Una pobre anciana que pasaba junto á mí, al verlos me dijo llena de indignación: «Ah, señor cura, ¿á dónde vamos á parar?»

Sí, ¿á dónde vamos á parar?

Cuando ese hijo de las calles sea el pueblo, y cuando ese pueblo sea el número y la fuerza... ¿qué será de la sociedad? Yo puedo responderos... La Providencia nos ha mostrado en nuestros días un ligero diseño de lo que vendría á ser... ¡Acordaos de la Comunque, dueña de París!... No se hallan tan lejanos esos tiempos que se nos haya borrado su recuerdo. Acordaos de aquellos horrores, de aquellas matanzas; acordaos de aquellas mujeres que espada al cinto y revólver en mano fusilaban á los sacerdotes y á los magistrados; acordaos de aquel riego de petróleo con que entre risotadas bañaban los más suntuosos edificios para avivar el incendio; escuchad aquellos gritos y aquellas blasfemias, aquellas canciones y aquellas carcajadas, aquellas voces avinadas y salvajes en que se entremezclaban los ¡vivas! y los ¡muera!... Acordaos de todo eso... todo eso pertenece al pasado,

¡ciertamente! pero temblemos, porque todo eso y mucho más es quizá también el porvenir!...

¿Qué ha sucedido, pues, Señoras?... ¿Qué mano fatal ha tocado á ese niño? ¿qué espíritu maligno ha pasado por ahí?

La respuesta es muy sencilla. Ese niño ha dado lo que naturalmente debía dar de sí... Ahí está todo.

Nos parecía ese niño bello, sencillo, puro, sincero, bueno, y le habíamos amado; pero no habíamos visto el fondo de su alma; allá, en ese fondo, tenía, en un pliegue oculto, esa vieja levadura de egoísmo que la humanidad decaída lleva consigo como un cáncer en sus entrañas. Esa levadura ha fermentado, se ha esparcido por toda su alma y ha quemado y abrasado una á una todas las raíces de la justicia y del honor, la ha invadido y la ha tornado por completo al mal.

No ha sido menester ni espíritu infernal ni mano aleve ninguna para hacer esa obra, ha bastado dejar desarrollarse por sí solo al niño!...

Señores, repleguémonos sobre nosotros mismos, miremos bien nuestra propia alma, sin debilidad y sin falso pudor..., traigamos á la memoria no ya la historia de nuestra vida, sino la historia de nuestros primeros movimientos, de esas inclinaciones, de esos impulsos primo-

primos. Recordemos nuestros deseos secretos, nuestras concupiscencias ahogadas, los pensamientos que cruzan nuestra mente por la noche, los cálculos que ocupan nuestro espíritu por el día. Investiguemoslo todo bien..., no hay una sola de las pasiones que bullen en el corazón de esos desgraciados que no brame también en nuestro corazón. ¡Pero nosotros las hemos domado, nosotros!... ¿por qué? ¡Porque se nos ha educado en la fe y en el honor! Y ellos no han sido educados, ellos, los chicos de la calle, los niños callejeros, los hijos de las calles, han brotado y se han desarrollado como entre las ruinas brota y se desarrolla una yerba salvaje. He ahí el mal en su raíz... ¡Pobres niños! ¡Los infelices no han sido educados!... Esto es lo que vosotros mismos decís perfectamente con una expresión cuyo alcance tal vez no comprendéis. No tienen educación; no han recibido educación.

La educación no tiene más que dos hogares en este mundo: la familia y la escuela. Veamos hasta qué punto han estado abiertos para el niño abandonado, para el chico de la calle.

Primeramente la familia.

¡Familia! ¡Qué mundo de benditos recuerdos evoca en nosotros este santo nombre!

Todas nuestras primeras dichas, nuestra alegre infancia, nuestros inocentes juegos, nuestras hermosas fiestas, nuestros paseos por el campo y las flores con que hacíamos ramilletes, los maravillosos cuentos de hadas, los turronec de Navidad, las rosquillas de Pascua, la bendición de la mañana y de la noche pedida con las manos juntas, la bendición de la mesa y la acción de gracias después de la comida y de la cena, el Rosario y otras oraciones en familia, en que el padre, la madre, los hijos y demás personas de la casa postrados de rodillas, no formaban más que un solo corazón ante Dios; las dulces enseñanzas de cada día, las reprensiones y los perdones, las miradas severas y los besos cariñosos, las lágrimas y las caricias, y en medio de todo, y por todas partes y siempre la buena, la tierna, la queridísima, la sonriente faz de nuestra madre! ¡Ah, Señores, qué consolador es pensar en esto, y cuando se llega á viejo qué dulce gozo inspira su recuerdo!

Pues bien; recoged como en un haz todas esas cosas tan deleitables, y después preguntaos á vosotros mismos: ¿Qué han gustado de todo esto los chicos de la calle?

Me acuerdo que un día me condujeron á la casa de un obrero. Era domingo y muy de mañana; toda la familia estaba reunida en un cuar-

tucho, de techo bajo, con pavimento de ladrillo, y tan pequeño, que me costó trabajo encontrar sitio en tan reducida y ocupada habitación. A un lado del hogar, el padre en mangas de camisa fumaba en su ennegrecida pipa; al otro una pobre abuela enteramente encorvada, mojaba su pan en una taza de café negro que tenía sobre sus rodillas; en medio, delante de una mesa de blanco pino y entre los restos de un almuerzo empezado por unos y que otros debían acabar, la hermana mayor, de prisa, remendaba unos vestidillos; en un rincón, como los tres niños de San Nicolás, una niña y dos chiquillos chapoteaban con pies y manos en el agua templada de una cubeta, mientras que la madre, á fuerza de brazos, con las mangas arremangadas, los lavaba y los peinaba. Se los vistió á escape, se les puso en las manos un librito de oraciones, dió el padre cinco céntimos á cada uno... luego les encargó que fuesen buenos y se portasen bien, que cuidaran de su ropa, y los envió á paseo hasta mediodía. Yo no he visto lo demás, pero creo no engañarme diciendo que después de la frugal comida serían enviados á pasear otra vez, que volverían á entrar para la cena, que después se les acostaría á todos juntos, y que al día siguiente volverían á repetir los mismos paseos.

¿No es este, Señores, el modo ordinario como pasa el día el hijo del obrero, el hijo del pobre?... ¿No puede, por lo tanto, llamárseles en vez de hijos de familia, hijos de la calle? Apenas puede pasarse sin los cuidados indispensables de la madre, cuando ella le faja bien, lo más abrigadamente que puede la pobre mujer! le cubre además con un gran mantón de lana y le pone en los brazos de una hermana un poco mayor ó de un hermano... diciéndoles: «Ya podéis iros por ahí». Y los pequeñuelos se van fuera, dejando con su marcha un poco más desahogado el cuarto, y van á sentarse sobre el duro suelo, ó en la grada de las puertas ó en los extremos de las aceras; si por allí hay algún jardín público, algún cuartel, alguna rampa, alguna plaza abierta ó algunos asientos públicos, allá se van, y allí encuentran otros niños pobres como ellos; los enfajados se ven luego tendidos por tierra, dejados en la arena ó entre el polvo, entre los escombros ó entre la yerba, y los mayorcitos se ponen á jugar y divertirse!... Toda esa plebe menuda y haraposa se entremezcla, y andan revueltos chiquillos y chiquillas; las hay allí de quince años, las hay de dos meses!... Los chiquitines enfajados lloran, otros se arrastran apenas sobre sus débiles piernecitas de dos años, vacilan, caen, se levantan, vuelven á caer,

andan á gatas y llaman en vano á sus rollas; otros juegan á esos juegos tradicionales de la niñez, á la pata-coja sobre las losas ó el asfalto, á la cuerda, al aro, al salto, á las pitas, al escondite, á la pelota, á la peonza, al marro, á no sé cuantos más; los mayorcitos y mayorcitas corren, brincan, gritan, chillan, se motejan, se pegan y vuelven luego á enredar juntos, tan amigos como antes. Entre tanto llega el mediodía... pero después de comido, todos vuelven á encontrarse allí mismo, y esta es su vida.

¡Para el hijo del obrero y del pobre... he ahí la familia! ¡Su hogar es la plaza pública ó la calle!...

¡Ah! ¡Dios me guarde de reprender por esto al padre ó á la madre!... El padre, ¿no debe así que amanece marcharse él también, dejar allí á su mujer y á sus hijos, y buscar trabajo fuera, bien lejos frecuentemente, en el taller ó en la fábrica? La madre, ¿no debe también ella poner orden en aquel reducido espacio donde habitan, lavar, coser, repasar la ropa, preparar la comida?... ¿Qué podría hacer la infeliz si estuvieran allí sus hijos sin cesar estorbándole el paso, lloriqueando, peleándose?... ¿qué podría hacer? Y además, ¿quién sebe? Acaso tiene también

ella, como su marido, que ir á buscar trabajo fuera, lejos de allí, después de cerrar su puerta, y para ganar un pedazo de pan, marcharse á casa de los ricos á ocuparse en faenas pesadas.

¡Oh! ¡no! Yo no tengo valor para acriminar á ese desgraciado, á esa desgraciada! ¡Su vida es tan triste y tan desprovista de todo!... Y sin embargo, su corazón, Señores, es como el vuestro... como vosotras, esa pobre madre querría ver junto á sí por el día y por la noche y sin cesar á sus hijitos; como vosotras, ella gozaría con sus sonrisas, con las primeras palabras que ellos balbucieran, con sus primeros pasos, con sus caricitas, con su amor y con sus besos. Como vosotras, ella los educaría. Pero ¡es preciso vivir!

Hay días en que, al anochecer, cuando el padre vuelve del trabajo, sobre la mesa, alrededor de la cual están sentados sus hijos, la mujer, llena de angustia, pone solamente un pedazo de pan y algunas patatas... de ordinario suele poner más, pero hoy... El marido la mira, ve que llora, todo lo ha comprendido... Están al fin de la semana... ¡Oh! ¡para él es poca cosa, él es fuerte y sabe sufrir!... ¡Para ella no es nada, ella es madre y ayunará!... Pero los niños, los pobres pequeñines no saben sufrir, no saben ayunar... y mirad, el padre hace á cada uno la

ración acostumbrada... si queda alguna cosa la ofrece á la madre: «¡Gracias, le dice ella, acabo de comer hace poco!» ¡Ah! ¡sublime mentira! ¡No quiere que sus hijos sepan que tiene hambre!

En uno de esos días es cuando ella se ha dicho: «¡Iré yo también á trabajar; también yo ganaré su vida!»

Ya lo veis, Señores, yo no invento teorías, no me pierdo en consideraciones inútiles acerca de la organización del trabajo en las sociedades contemporáneas; yo presento el hecho tal cual es, brutal, desolador, cruel, pero verdadero. Lo que yo digo, no hay uno solo de vosotros que no lo haya podido comprobar cien veces en sus visitas á los pobres.

Fatal y necesariamente ese hecho conduce al resultado que hace poco os señalaba. Para el hijo del pobre y del obrero la familia es la calle! Ese niño, ese hijo, es el niño callejero, es el hijo de las calles.

¿Y qué son las calles en nuestras grandes ciudades?

¿Necesito describíroslas? ¡Cuántas veces no sentimos nosotros mismos no sé qué disgusto triste y desolador á la vista de todo lo degradado y vergonzoso que se instala en las calles de una gran ciudad! Y sin embargo, nosotros

no atravesamos ordinariamente más que esas arterias más distinguidas en que el último sentimiento de respeto que resta al hombre le obliga todavía á cubrirse con un retazo de pudor.

Pero id á esas calles estrechas y populosas, á las calles del obrero y del pobre. Una señal os las dará luego á conocer, una señal que nos ofrece singularmente la prueba de todo lo que os he dicho hasta el presente: esas calles hormiguan de chiquillos jugando en las aceras, balanceándose en los carros, haciendo presas al agua que corre por las cunetas, acariciando ó azuzando á los perros, llorando, riendo, gritando, turbulentos, sucios y desarrapados. Pues bien; contemplad esas calles con sus tabernas abiertas, despidiendo afuera olores nauseabundos de tabaco, de cerveza, de vino y de aguardiente, de donde salen los borrachos tambaleándose y excitando con sus dichos y contorsiones las silbas y pedreas de toda aquella turba menuda. Mirad allí ventanas recargadas de ropa tendida á secar, y en las cuales las mujeres á voz en cuello y con gestos significativos se cuentan el escándalo de las vecinas... Más allá se están pegando hombres y mujeres, con juramentos que hacen temblar y con injurias cuya desnuda crudeza produce escalofríos en el cuer-

po. ¡Y qué de cosas debo callar, Señores! ¡cuántas cosas no puedo mencionar aquí!

Todo eso tiene lugar delante de aquella chiquillería, delante de aquellas almas que empiezan á usar de su razón y abrirse al discernimiento, bajo sus miradas ávidas y perspicaces, junto á sus oídos atentos á cuanto se dice!... Un sabio anciano ha dicho que al alma del niño se le debía un supremo respeto... ¿Dónde está aquí ese respeto supremo?... ¡Gran Dios!...

¿Y cómo podríais extrañaros que á los quince años, á los veinte años el niño callejero, el chico de la calle llegue á ser lo que hace poco os he pintado?... ¿Quién ha formado esas almas, quién las ha enseñado el deber, la virtud y el honor? Cuando se han despuntado las pasiones en su corazón, ¿quién ha puesto un velo delante de sus ojos para impedirles la vista de los objetos que provocaban la llama? ¿Quién con un ademán ó con una mirada ha detenido en los labios de los imprudentes aquellas palabras que hubieran podido ofender sus oídos todavía castos y puros? ¿Quién delante de ellos ha temblado al solo temor de mancillar su candor?... ¿Quién ha retenido lejos de su espíritu esa triste ciencia del mal que no esclarece al hombre sino mancillándole?

Es menester una madre para todo esto, y un

padre y una familia... ¡y ese niño ha sido arrojado á la calle!

Hay un remedio para ese mal, y una salvación para esos pobrecitos abandonados: la escuela.

Por pequeño que sea el niño cuando el padre y la madre se van al trabajo, pueden confiarle al asilo de niños ó á la escuela de párvulos; más tarde á la escuela de instrucción primaria. Más tarde aún, cuando el niño, en edad de trabajar él mismo, vuelve del trabajo, podrá asistir á las escuelas nocturnas, donde hay cursos de adultos que le abrirán sus puertas. Porque hemos organizado acerca de la educación del pueblo un plan completo, y la série del mecanismo de donde debe salir esa educación, no tiene ni una laguna ni un vacío: acoge al niño casi desde la cuna, y no le deja hasta que llega á ser hombre.

He ahí la salvación, la única salvación para esa pobre criatura á quien hemos llamado el hijo de las calles, el niño callejero; sin la escuela, está perdida la infeliz!

La escuela pues. Nos es preciso verla de cerca. En nuestros días, á pesar de la sucesión de acontecimientos contrarios, la cuestión de la escuela conserva sobre todas las otras en nues-

tro país, y podría decir que en toda Europa, un interés predominante y vital. Me permitiréis detenerme en esto un poco más.

Conservo recuerdos de mi primera instrucción en la escuela de párvulos. Estaba la escuela en una ciudad de Flandes, en el fondo de una calle poco frecuentada; se llegaba á ella por una gran puerta sombría, pero apenas pasada, se descubrían preciosas vistas lejanas á un hermoso jardín todo esmaltado de variadas plantas y bellísimas flores. Me parece ver todavía á las Religiosas con sus hábitos grises y sus grandes tocas blancas; sonrientes y afectuosas nos recibían de manos de nuestras niñeras, y nos conducían á nuestras clases. Me figuro ver todavía los grandes abecedarios colgados de la pared, y los cuadros de colores vivos en que se desarrollaba ante nuestra vista la creación, el diluvio, la historia de José, el juicio de Salomón, todo el Antiguo Testamento. Un sacerdote anciano, venerado como un santo, dirigía esta escuela y le había dado su nombre. Entre los más lejanos recuerdos de mi vida, después de los de mi familia, no conservo otro más dulce que el de aquel sacerdote y de aquellas buenas Religiosas, de una sobre todo que me quería más. Muchas veces desde entonces al oír lanzar ultrajes á esas escuelas, me he preguntado qué germen

de fanatismo había yo podido recibir allí, de qué ignorancias habían nutrido mi débil inteligencia, porqué caminos extraviados habían dirigido mi voluntad, y no encuentro nada. ¡Ah! ¡no recordaba! Cuando no nos habíamos portado bien, se nos conducía al jardín, y en él, más allá de un puente colgante que había sobre un pequeño lago de fondo oscuro, con lo que se nos metía gran miedo, al extremo, hacia la izquierda se nos mostraba un caserío viejo donde teníamos prohibición de entrar, —¿por qué? ¡yo lo ignoro!—pero para inducirnos mejor á obedecer, se nos decía que allí habitaba el coco... ¡He ahí el mal!... Es evidente que si un hombre en su infancia ha creído en el coco, ese hombre es necesariamente un espíritu pervertido y un corazón apocado. ¡Todo marcha mucho mejor en este mundo desde que no se teme al coco! Pobres Religiosas, ¿qué crimen han cometido en esto?

Pero, Señores, dejo á un lado estos recuerdos personales, y quiero tomar la cuestión de más arriba.

¿Qué es la escuela? ¿y cuál es su papel en la educación moral del niño? En toda escuela hay dos cosas: la enseñanza y el maestro; del maes-

tro hablaremos después, no toquemos ahora más que á la enseñanza.

Restringidísima en otro tiempo la enseñanza primaria, ha tomado en nuestros días una extensión frecuentemente desmesurada; es este uno de los lados de la cuestión en el cual no intento detenerme. Se enseña en ella al niño á leer, á escribir, á contar un poco; se le enseña la lengua materna, la historia de su país y su geografía. Para desarrollar sus músculos se le ejercita en todos los movimientos, en todos los pasos y en todas las flexiones de la gimnasia. Hasta se le enseña, y yo no lo desapruero en regla general, esos elementos de las ciencias naturales que se ignoran con frecuencia en círculos más cultos. Está muy bien.

Pero ¿qué hacen esas cosas para su educación, para su formación moral? ¡Nada! ¡absolutamente nada!... nada, vuelvo á repetiros.

Todo eso adorna incontestablemente y enriquece la inteligencia; pero adornar y enriquecer la inteligencia de un niño, no es educarle, es á lo más instruirle... lo cual, en suma, es bien poca cosa.

Educar á un niño es formarle conforme al deber, á la justicia y al honor; es enseñarle á vencer su pasión y su voluntad propia, á dominar y ahogar su egoísmo, á sacrificarse y con-

sagrarse al bien. Es arrancar una á una del seno de su corazón todas las raíces inmundas que nuestra decaída naturaleza y las tradiciones acumuladas por la sangre hacen brotar en él vivaces y avasalladoras; es sembrar en su alma ese grano de virtud tan fino y tan raro, que es el único que hace á los hombres grandes y dignos.

Ved ahí lo que es educar á un niño.

Ahora bien; yo quisiera saber ¿qué tienen que hacer aquí la gramática, la historia, la geografía, las matemáticas y aun las mismas ciencias naturales?

Á vosotros apelo, Señores, á vosotros que en vuestros estudios habéis avanzado mucho, mucho más allá de esos programas.

Cuando sentís en vosotros mismos la febril sollicitación del mal, ¿es á la ciencia á la que llamáis en vuestra ayuda?... ¿Es algún teorema de geometría, algún principio de análisis, algún sistema de filosofía natural el que os hace vencer? ¿No es locura solamente el imaginarlo? Mi pobre chico de la calle ¿avanzaría mucho en el bien con toda esa balumba de conocimientos?

Es preciso, pues, otra cosa para educar al niño; porque en verdad, no me cansaré de repetirlo: ¡Todo eso no es nada!

Otra cosa se ha puesto en el programa de la escuela, se ha enseñado á los niños otra cosa: la moral.

¿Y qué es esto?

La moral es precisamente la ciencia del deber, el código de la justicia y del honor, el conjunto de las leyes que rigen la conducta del hombre. Está muy bien. ¿Pero quién concebirá, Señores, una ley impuesta á la voluntad libre del hombre sin concebir simultáneamente un Dios legislador, señor y soberano del hombre?... ¿Quién concebirá una ley impuesta siempre á la voluntad libre del hombre que puede obedecerla ó infringirla, sin concebir á la vez un Dios que la sancione, y que en su justicia, tarde ó temprano, otorgue á los fieles la merecida recompensa y á los culpables el condigno castigo?

Sin embargo, se ha pretendido enseñar á los niños callejeros, á los hijos del pueblo, una moral sin hablarles ni de un Dios soberano, ni de un Dios remunerador. Verdaderamente moral en el aire, de la cual el niño mismo, por pequeño y sencillo que sea, no tardará en reirse á carcajadas. Es preciso no conocer á los niños para ignorar las profundidades de lógica ocultas en su espíritu. ¿Queréis permitirme dos rasgos tomados del natural?

Dos granujillas se pegan en los muelles, de-

lante de la Aduana; el mayor de los dos, después de algunos esfuerzos, consigue echar á tierra y coger debajo al más pequeño, le aprieta con sus rodillas contra el suelo y le tira de las orejas... Era cosa de reir; yo lo había notado sin hacer caso, mas otro transeunte, de traje azul, lo llevó á mal é interpelando al vencedor: «Á ver si le dejas en paz», le dijo con gesto amenazador. El pilluelo, asustado al pronto, levantó la cabeza y soltó las orejas del otro, pero poco después, viendo alejarse al hombre y cobrando ánimos á medida que se alejaba, con una imprudencia particular: «¿Qué le importa á V.?» le gritó... «¿qué tiene V. que decirme? Siga V. su camino, caballero del traje azul».

No quiero deciros lo restante del discurso. Fué muy largo, muy pintoresco, y de un color local perfectísimo... Al oir esto, el hombre del traje azul, no deseando enzarzarse cen aquel granuja, ni sufrir por más tiempo las olas desbordadas de aquella elocuencia de cloaca, siguió su camino, y aun pienso que apresuró bastante el paso... ¡He ahí la moral sin soberano legítimo!

En cuanto á la moral sin sanción, tenéis ejemplos de ella todos los días. Ved á esos niños ocupados en tirar piedras á las figuras de un monumento ó á las ventanas de una casa aban-

donada... Saben que hacen mal... pero ese conocimiento teórico en nada les contiene. De pronto aparece un agente de policía, es la sanción, y todos inmediatamente, recogiendo sus zapatos, con ellos en la mano, corren á todo escape, sin chistar palabra, anhelantes, temblando, con los ojos azorados, mirando de vez en cuándo atrás... ¿hasta dónde? No muy lejos... á los cien pasos se detiene el más atrevido, después un segundo, luego un tercero, y en seguida todos... se juzgan ya al abrigo de la sanción, y al punto, á grandes gritos, con silbidos groseros la insultan y la desafían. Si la sanción se dirige hacia ellos y hace ademán de perseguirlos, inmediatamente vuelven á emprender silenciosos la carrera, esperando una nueva detención y nuevos silbidos!

Y ¿á semejantes niños se pretende enseñar una ley moral sin un Dios que la mande y que la sancione?

Se ha hecho más, se ha dado otro paso más hacia el buen sentido. Se ha querido enseñar al niño una moral nacional apoyada en Dios, Señor soberano, como en su autor, en Dios, justicia suprema, como en su sanción; pero nada más allá!... Á esto es á lo que se ha llamado

la moral neutra, la moral independiente; neutra entre las religiones positivas que se disputan las creencias de la humanidad, neutra entre los dogmas revelados cuya fe imponen á sus fieles.

Esa moral existe, y yo me guardaré de tratarla con desprecio; nosotros mismos, sacerdotes de Jesucristo y guardianes de su doctrina, la estudiamos en nuestras universidades y en nuestros seminarios; ella es la que constituye el objeto de nuestros cursos de filosofía moral, y nosotros damos el nombre de ley natural al conjunto de sus preceptos.

Pero, Señores, ¿es esta moral la que hace falta al niño? Uno de nuestros filósofos contemporáneos ha escrito un volumen magnífico, en que expone con estilo encantador, y con espíritu siempre generoso y frecuentemente cristiano, la doctrina de la moral natural: *El Deber*. Leed ese libro. Agregad á él las enseñanzas que pudieran aún referirse á él, y que el mismo autor ha diseminado en otras dos obras: *La Religión natural* y *El Trabajo*.

Ciertamente, el esfuerzo de su espíritu ha sido sincero, ha sido poderoso. El resultado... casi irrisorio y, no vacilo en decirlo, desesperante, irrisorio, en efecto.

Aparte de algunos preceptos generales, vagos, pero en su fondo incontestables: *No roba-*

rás — no matarás, ¿qué encontráis allí sino leyes inciertas y mal definidas, y, lo que es peor, abandonadas á la interpretación del mismo que debe soportarlas? No lo olvidemos, es el hombre mismo quien debe descubrir en sí mismo esa moral... Ahora bien, Señores, estad seguros que si el precepto que busca ha de contrariar su pasión, él se arreglará de manera que no le encuentre. Y si á pesar suyo le encuentra, él se arreglará de manera que eluda su alcance. No robarás, es claro, pero este manejo de negocios, esta jugada de bolsa ¿es robar? Y él descubrirá que eso no es robar... No matarás, también, es claro, pero él demostrará que rodeando el asesinato de ciertas formas de buen tono, ajustándole á las prescripciones de los lances de honor, ya no es un asesinato. Esa moral tiene recursos para todo; de ella proceden, en un orden de pasiones más frecuentes en el corazón humano las intrigas galantes, las fortunas inexplicables, las debilidades honrosas y los vicios favoritos. ¿Es semejante moral la que se quisiera enseñar al niño para fortificarle contra las sollicitaciones de todas las concupiscencias? ¡Oh! sí, he dicho bien, eso es irrisorio. Pero he dicho además que esa moral es desesperante.

¿Por qué? Vedlo aquí.

El Dios que sanciona esa moral de que hablamos es el Dios que nos descubre nuestra razón humana, el principio y la causa del universo, Dios poderoso y justo.

Dios terrible, por consiguiente, para la debilidad humana, puesto que es un Dios que no perdona, y nosotros miserables criaturas, tenemos más necesidad de perdón que de justicia.

¿Qué haríamos nosotros, Señores, si no tuviéramos más que á ese Dios inflexible en su justicia severa?... ¿Quién de entre nosotros no se desesperaría, teniendo que comparecer ante Él con nuestras virtudes en la mano derecha, tan mezquinas por desgracia y tan escasas, y en la izquierda con el pesadísimo fardo de nuestras iniquidades? ¿Á quién de nosotros le quedaría un resto de esperanza? Es aterrador sobre toda ponderación un Dios que no sabe lo que es misericordia.

Permitidme, os ruego, que os lea una página del Duque de Broglie, en que se esclarece este mismo pensamiento en una fundamental objeción contra esos mismos libros del filósofo, de que hace poco os hablaba.

Después de haber recordado que el Dios de la filosofía y de la religión «no tiene la regia prerrogativa del perdón», apela al mismo alu-

dido filósofo, y citando su propio libro acerca de *El Deber...* «Yo rogaría á su autor, le dice, que le volviera á leer con cuidado, y á hacer de él—no á sí mismo—(no permita Dios que sea tan indiscreto) sino á las mejores personas de bien que haya podido encontrar en su vida, una aplicación exenta de severidad extremada y de humor misantrópico, pero libre también de esa común indulgencia que constituye el fondo de los juicios corrientes de la opinión social. Yo le rogaría que, dejando á un lado toda prevención favorable, examinara todas las vidas que conoce detalladamente, con la fría imparcialidad, pero también con el inexorable vigor del juez, no exagerando nada, pero tampoco disimulando nada; que se abstuviera igualmente de suponer como de perdonar la menor falta. Después, que, establecida esta fiel balanza, esta cuenta por partida doble, tuviese á bien considerar cuánto dista su juicio en delicadeza moral y en severa perspicacia del juicio de aquel Sér Justísimo, para quien el corazón del hombre es un libro abierto; que tuviese á bien considerar que mientras su propia mirada se detiene en las apariencias y como en la corteza de las acciones, el ojo de Dios penetra hasta los repliegues más ocultos de nuestros sentimientos; que basta que al acto más honesto se mezcle el menor

móvil de amor propio, de vanidad ó de egoísmo, para que á los ojos de Dios pierda al instante mucho de su mérito, si no llega á ofuscarle por completo, como el más ligero vapor empaña el brillo de un oro puro; que Dios sabe que Dios ve no solamente todo lo que hemos hecho y dicho á la luz del día, sino también cuanto hemos intentado y forjado en la sombra; que ha escuchado todas las palabras que han espirado en nuestros labios sin salir al exterior, todos los deseos reprimidos en nuestro corazón, todos los sollozos ahogados bajo la almohada de nuestros lechos. Luego le rogaría que se representara en el gran día del juicio todo ese bajo y sucio fondo subiendo á la superficie y mostrándose á la luz; al hombre apareciendo desnudo ante Dios, como jamás se ha dejado ver, como se avergonzaría de presentarse á sus semejantes, y después de todo esto apelo á su conciencia de escritor para que me diga á cuántos de los seres humanos se aplican las esperanzas de recompensas merecidas... para cuántos la mera, la estricta justicia, tal como puede esperarse del Dios de la religión natural, es un motivo de confianza y no de espanto y temor» (1)

(1) De Broglie. *Questions de religion et d'histoire*, vol. II. pág. 333.

¿No veis lo que sucedería al niño callejero, al hijo de las calles? Á los veinte años echará una mirada retrospectiva, hará sobre sí mismo esa cuenta por partida doble del bien y del mal, de que habla el Príncipe de Broglie, y se estremecerá... ¡Ah! ¡gran Dios! el mal ya sobrepuja mucho al bien... y empujado por sus anhelantes pasiones, no sintiéndose ya con fuerza ni valor para domarlas... «¿Á qué preocuparme? exclamará. Lo hecho no se puede deshacer. ¡Ya estoy perdido!» ¡Y les soltará las riendas!... Y como un torrente largo tiempo contenido, cuyo dique flaquea y llega á romperse, todas sus pasiones vencedoras desbordándose mugientes y espumantes, invadirán su alma y la ahogarán en sus inmundas olas.

Pero concedamos, Señores, que esa moral fuera neta y precisa y que no condujera á la desesperación... tendríamos aún que es insuficiente; es á lo sumo esa moral fácil, sin la cual ninguno es tenido por hombre probo en este mundo; apenas conduce al honor!...

¡El honor!... ¡Oh, Señores, he ahí una palabra magnífica! Yo la respeto mucho. Pero me acuerdo haber leído un libro que metió gran

ruido en su tiempo: *El Señor de Camors*, por Octavio Feuillet, y ved aquí lo que encontré en él acerca del honor: «El honor es algo, y conviene no difamarle. El honor es de un uso noble, delicado, necesario. El honor realza las cualidades viriles. Es el pudor del hombre. Es á veces una fuerza, siempre una gracia. Pero pensar que el honor basta para todo, que en presencia de los grandes intereses, de las grandes pasiones, de las grandes pruebas de la vida, sea un sostén y una defensa infalible, que supla á los principios venidos de lo alto, y que, en fin, reemplace á Dios, es caer en una grave equivocación. Es arriesgarse á perder en cualquier momento fatal toda la estima de sí mismo, y á caer de repente y para siempre en ese sombrío océano de amargura en que sumergido el Conde de Camors luchaba con desesperación como un náufrago en las tinieblas de la noche» (1).

Y más adelante:

«—¿En qué consiste el honor, caballero?

»—Permitidme que os lo pregunte yo á vos á mi vez, Miss Marg.

»—¡Oh! yo no entiendo apenas de eso; pero en fin, se me figura que el honor separado de

(1) *Monsieur de Camors*, por Octavio Feuillet, pág. 233.

la moral no es gran cosa, y que la moral separada de la religión no es nada. Todo esto forma una cadena; el honor pende del último anillo de ella como una flor; pero si la cadena se rompe, la flor cae con lo demás» (1).

Me acuerdo igualmente que De Maistre escribió un día esta seca frase: «Yo no sé lo que es la vida de un tunante, pero sé lo que es la vida de un hombre honrado á la moderna; es cosa horrible». Acerca de lo cual Mr. de Sacy añadía por su parte: «¡Que no se diga que esto es exagerado!... No saben lo que es honradez los que se contentan con lo que de ella tienen á los ojos del mundo... Estudiad, estudiad el asunto de esa regla de justicia y de verdad—la moral natural, Señores,—que brilla en nosotros cuando no la extinguimos voluntariamente. ¿Queréis conocer al necio, al fatuo, al mentiroso, no me atrevo á decir al pérfido, al malvado? retrocedo ante mi propia sinceridad, temeroso de que me cojáis la palabra; ¿queréis conocer, en una palabra, al hombre con lo poco que tiene de bueno y lo mucho que tiene de malo? No os prohibo que le estudiéis en otros, á condición de que os persuadáis que en los otros contempláis vuestra propia imagen, el fondo de vues-

(1) *Monsieur de Camors*, por Octavio Feuillet, pág. 369.

tra naturaleza, y si no lo que al presente sois, al menos lo que hubierais podido ser, y lo que acaso habéis sido más de una vez en lo secreto de vuestros pensamientos, en el tumulto de vuestros deseos, en el movimiento casi imperceptible de vuestras malas inclinaciones. Por mi parte, si quisiera pintar al hombre por su lado feo, no iría muy lejos á buscar mi modelo» (1).

Ved ahí, Señores, el honor, juzgado no por un sacerdote sino por hombres de mundo poco sospechosos de despreciarle para hacer valer más la virtud.

Por lo demás, Señores, vivimos en nuestras grandes ciudades codeándonos con una sociedad que se ha reservado el honor como única regla de sus deberes y que ha rechazado todas las demás. Pues bien, observadla... y la veréis cuando aparece en el salón ó en la calle, fina, correcta, leal, caballeresca y aun distinguida y de noble porte: tal vez os deslumbrará con el brillo de su elegante y pomposo exterior. Pero en momentos dados, bien lo sabéis, repentinas catástrofes rasgan en dos partes el velo del templo; lealtad, deber, justicia, honor, todo se desvanece, todo se evapora como el humo, y

(1) De Sacy, citado por Broglie, ob. cit., pág. 283.

ante vuestros ojos espantados salen, como de una sentina inmunda, tortuosos y culebreando el robo y el adulterio, las mentiras y las traiciones, el suicidio y el asesinato!

¡Y este es el honor, esta es la honradez que serviría de base á la educación moral del pueblo!... Pero ¿no veis á dónde conducen?... ¿No sabéis que el pueblo no sabe ocultar nada, que no entiende de tapujos ni de máscaras, que no desciende hasta la hipocresía, que lleva su alma y su corazón en la mano?... ¿Qué pueblo, qué sociedad saldría pues de ahí?...

No, Señores, todas esas morales son vanas y no sirven para nada ni para nadie.

Lo que el pueblo necesita, lo que necesita el niño, lo que á todos nos es necesario es la moral viva de Jesucristo!

Esta moral es luminosa, es segura, no vacila, no anda oscilando en la incertidumbre y la duda, porque no es el resultado indeciso de las investigaciones de una razón mezquina, sino la revelación de Dios hablando como Supremo Señor, y boca á boca, á su criatura.

Esa moral es fortificante, porque al imponerla á su criatura débil é inclinada al mal, Dios le concede juntamente los socorros de su gracia, de esa fuerza que no es nuestra, pero que obra en nosotros y nos hace invencibles; porque al

indicarnos el camino del deber, Dios va por él delante de nosotros, tendiéndonos su mano... como una madre que de lejos, con los brazos abiertos, sonriente y presta á volar en su auxilio, llama á su hijo excitándole á dar los primeros pasos.

Esa moral es tierna y consoladora porque parte del Corazón misericordioso y amante de un Dios que, conociendo nuestras debilidades y miserias, perdona á los arrepentidos, y jamás, ni después de siete veces, ni de setenta, ni de setenta veces siete, se cansa de añadir perdones á perdones.

Y sobre todo, Señores, esta moral es viva, es una moral viviente, siempre viviente en la sociedad humana. No es una ley muda tallada en el bronce ó en el mármol, y oculta bajo el silencioso altar de un templo. No, Dios la ha colocado en los labios eternos de la Iglesia. De siglo en siglo la Iglesia la proclama á la faz del mundo: «*Clama, ne cesses...* ¡Clama, no ceses de clamar!» Los grandes, conjurados en pro de sus pasiones habituadas á vencer, han ensayado en vano ahogar su voz. La Iglesia ha levantado su voz sobre el estrépito de sus armas: «*¡Clama, ne cesses!...*» El bramido de todas las concupiscencias humanas desencadenadas, ha pretendido con inmenso clamor obligarla al si-

lencio. Mas ella ha clamado más alto que esos gritos bramadores de la carne rebelde: «¡Clama, ne cesses!» Y no hay una sola alma, por extrañada ó por ignorante que os la podáis figurar, en cualquiera edad del mundo, de la civilización ó de la barbarie en que os plazca colocarla, que no haya escuchado, sobre todos los rumores de la tierra, el clamor solemne de esa voz, proclamando al universo el Decálogo divino, el viejo Decálogo de Moisés y del Sinaí.

He ahí la moral que es precisa al niño, la moral que le educa, que le engrandece, que le forma noble y digno, que le hace verdaderamente hombre.

He ahí la moral que se necesita en la escuela, y no se necesita ninguna otra; y á esta moral..., en verdad, más que el nombre de moral, le conviene el de religión.

¿Basta ya con esto, Señores? Esa doble enseñanza de importancia desigual, la una vital, esencialísima: la religión; la otra secundaria y útil: las ciencias y las letras; esa doble enseñanza, ¿será suficiente para educar al chico de las calles, al niño callejero, para prepararle al cumplimiento de los deberes de la vida social, para hacer de él un hombre digno de vivir entre los demás?

Sí, si esa enseñanza sale de un alma honrada

y religiosa, amante y sacrificada en pro de los niños. ¡De otra suerte, no!

Acabo de nombrar al maestro.

No basta para formar al niño y educarle, meterle en la memoria preceptos religiosos y morales, como se meten en ella reglas de gramática y fórmulas de interés simple y compuesto. No basta clasificar las virtudes en su mente como en ella se clasifican las familias de insectos y mamíferos. No pasando esta cultura superficial más allá de la inteligencia, es totalmente vana; para formar al niño es menester penetrar más adentro en esa tierra; en el fondo de su corazón es donde hay que plantar la virtud; su voluntad es la que hay que sujetar al deber, poniéndola bajo el yugo de la justicia y de la disciplina. Esta es la obra de todos los días, de todas las horas, de todos los instantes; es la obra maestra, es la obra única! En el plan divino está confiada al padre y á la madre; al padre, porque es una obra de fuerza y energía; á la madre, porque es una obra de ternura y amor. Cuando las necesidades sociales ó los rigores de la suerte arrancan al padre y á la madre de esta obra tan grande, viene á reemplazarles y representarles un hombre: este hombre es el maes-

tro...; es preciso, pues, que el maestro tenga en su corazón lo que Dios había colocado en los corazones reunidos del padre y de la madre: la fuerza, la energía, la ternura y el amor; es preciso que ante todo tenga un santo respeto á esa inocente alma en la que sus dedos van á esculpir los rasgos del Justo!... ¿Y cómo le tendrá, si él no respeta su alma propia? ¿Cómo plantará en aquélla los gérmenes de la virtud, si primero no se hallan arraigados profundamente en la suya? ¿Cómo le enseñará á prestar obediencia al deber, si no sabe obedecer él mismo? ¿Con qué derecho le hablará de Dios vivo, nuestro Señor y nuestro Rey, si él mismo delante de ese Dios no inclina su frente y dobla su rodilla sumiso y humilde?...

¡Ah, Señores! ¡Si se le exigiera al maestro que fuese un santo, no se le exigiría demasiado!... ¡pues se le confían almas! ¿Se entiende esto así ordinariamente en los días en que vivimos?... ¡No! Se forma á los maestros del niño de un modo singular. Se les carga con la colección completa de las ciencias terrestres, las lenguas y sus literaturas, la aritmética, el álgebra, la geometría, la agrimensura; todas las geografías: física, política, agrícola, comercial, industrial, astronómica, histórica; todas las historias: antigua, moderna y contemporánea; se les agre-

ga la física, la química, la zoología, la psicología, el dibujo, la gimnasia, la poda de árboles, la agronomía, la higiene. De todas esas cosas se toman algunos retazos y se forma de ellos yo no sé qué mescolanzas..., de moral y de religión una idea ligerísima, una especie de barniz, y se rellena de todo eso su inteligencia durante dos ó tres años, como en los embutidos se meten los diversos ingredientes. De allí sale un personaje peculiar de nuestro siglo, pagado de sí mismo, sumamente despreciado de los demás, de altivo porte y continente, y presto á regentar el cielo y la tierra.

¡Es el maestro de escuela! Tiene veinte años; se le encarga que obedezca á las leyes, que respete las conveniencias sociales, que observe los reglamentos; se le construye una casa y una escuela, y se le dice: «¡Anda, hombre, educa á mi pueblo!...» Y con esto se duerme en paz bajo la garantía de las leyes, de las conveniencias sociales, de las circulares y de los reglamentos que están encargados de lo demás.

¿Queréis saber lo que acerca de esto piensa — no un sacerdote, persisto en no recurrir á su testimonio por temor de que os parezca sospechoso — sino un filósofo de vuelo y carácter independiente? Escuchad:

«¿Sabemos bien lo que es la educación, cuan-

do queremos confiar nuestros hijos á hombres cuya moralidad consistiría solamente en obedecer á la ley, en no faltar á las conveniencias sociales y en observar los reglamentos? ¿Qué es obedecer á la ley? Eso no se llama ni siquiera ser un hombre honrado, es simplemente no ser un malhechor. Todo el mundo guarda las conveniencias sociales. Basta el tener un poco de educación social, virtud aparente que frisa no pocas veces con la hipocresía. En cuanto á la omnipotencia de los reglamentos, que no admitimos en parte alguna, no es sobre todo para las escuelas más que una irrisión... Es preciso, en verdad, ser muy ciego para conceder tanta importancia á que se reciten las lecciones de las ocho á las nueve, que no se empieza á escribir la cuartilla hasta las nueve dadas, que se enseñe la ortografía en la última media hora... ¿Estamos, por ventura, en China? Guardad todas esas bellas prescripciones para vuestras oficinas, donde estarán en su lugar, y cuando invistáis á un hombre de la misión de formar ciudadanos, dejadle la libertad suficiente, la independencia necesaria para que él se sienta capaz y responsable. Haced, si podéis, que sea en la escuela un poco menos funcionario y un poco más padre. Ya podéis amontonar decreto sobre decreto y circular sobre circular, todo eso

es pura administración, eso no es escuela... El día en que estéis seguros de que hay en cada escuela un hombre suficientemente ilustrado, profundamente sacrificado al cumplimiento de su deber—yo añadiría eminentemente religioso y honrado—estad tranquilos sobre vosotros mismos y sobre el porvenir del país. Y si en tal día se pueden reunir en un montón los reglamentos, las circulares, las relaciones quincenales y trimestrales, y toda la papelería de la ciencia pedagógica, hágase de todo ello una bonita hoguera! La escuela no es un regimiento, ni un convento, ni una oficina, es una sucursal de la familia» (1).

Es preciso pues, Señores, para que la escuela sea un foco de educación, un centro de cultura popular, que la enseñanza sea en ella ante todo y sobre todo moral y religiosa; y para que esta enseñanza sea efectiva, se requiere que salga de los labios de un maestro que á su vez sea también moral y religioso.

Podríase hacerme aquí, Señores, una especiosa objeción. «Indudablemente, se me dirá,

(1) Julio Simón. *L'école*, pág. 105.

la educación moral y religiosa es necesaria al niño; pero ¿no puede adquirirla en otra parte que en la escuela? ¿No puede reservarse la escuela para la formación intelectual del niño y dejar para el templo y para el sacerdote la formación de su corazón?» El recuerdo de lo que he leído me va á servir aquí también, Señores; y uno de los genios más elevados y más firmes de nuestro siglo, es quien va á responderos por mí.

«Se invoca un principio, escribe Mr. Guizot: La instrucción civil y la instrucción religiosa deben, se dice, estar completamente separadas, dejando exclusivamente al clero la instrucción religiosa... es preciso colocar bajo la sola autoridad laica toda la instrucción civil. Nosotros tenemos este principio por falso y funesto, al menos en la extensión que se le quiere dar. En materia de estudios superiores y para hombres formados ó para jóvenes que tocan á la edad viril, la instrucción civil y la instrucción religiosa pueden estar completamente separadas; la naturaleza de esos estudios lo soporta y la libertad del espíritu humano lo exige. Pero la enseñanza superior no es más que uno de los grados de todo el sistema general de instrucción pública. ¿De qué se trata en la mayor parte de los centros docentes, en las escuelas de instrucción

primaria y en los establecimientos de segunda enseñanza para el mayor número de los niños que á ellos acuden, y durante los años que en ellos pasan? Se trata esencialmente de educación y de disciplina moral. Buena en sí misma la instrucción intelectual por las riquezas que agrega á las facultades naturales del hombre, es sobre todo excelente por su íntima relación con el desarrollo moral. Ahora bien, se puede dividir la enseñanza, no se divide jamás la educación; se pueden limitar á ciertas horas las lecciones que se dirigen á la inteligencia sola, no se cuidan de esa suerte, no se limitan de ese modo las influencias que se ejercen en el alma, especialmente las influencias religiosas. Para conseguir su objeto, para producir su efecto necesitan esas influencias dejarse sentir habitualmente en todas partes. La instrucción puramente civil puede formar el talento, pero no alimenta ni regula en modo alguno al alma. Dios y los padres tan solo tienen semejante poder. No hay verdadera educación moral sino por la familia y la religión; y allí donde no hay familia, es decir, en las escuelas públicas, es mucho más necesaria la influencia de la religión. Es una honra y una felicidad de nuestro país que en nuestros establecimientos de instrucción pública sea en general poderosa esta influencia. No

vemos por eso que ella haya perjudicado á la actividad, ni al libre desarrollo del espíritu humano, y es al mismo tiempo evidente que ha servido en gran manera al orden público y á la moralidad individual» (1).

Esto es cosa tan clara y que fluye tan naturalmente de la naturaleza del niño y del concepto nativo de la educación del hombre, que cuesta trabajo comprender cómo un espíritu sano lo puede poner en duda, y mucho mayor trabajo explicarse cómo es posible anunciar, sostener, formular en sistema principios contrarios.

Y no obstante, eso es lo que hemos visto nosotros, eso lo que vemos todavía, si no en nuestro país, al menos en naciones vecinas... ¡Hasta tal grado ciega á los hombres la pasión!... En la lucha incesante que han entablado contra la Iglesia se habían dicho: «Arranquémosle los niños y daremos cuenta de ella...» y en las tablas de la ley—de esa ley que debería ser la expresión misma de la justicia—con mano febril han escrito: «La escuela será neutra, no se enseñará en ella ni Dios, ni religión, ni moral cristiana», sino aquella moral en

(1) Guizot. *Memorias para servir á la historia de mi tiempo.*

el aire, aquel fuego fatuo de moral de que antes os hablaba. Tenían el poder en su mano, y lo que habían escrito se convirtió en hecho... ¿No sospechaban los infelices que su ley hería no á la Iglesia sino al niño, al pobre hijo del pueblo, al hijo de las calles?... ¿Qué digo? de ese niño hacían ellos un arma de guerra, una especie de bomba que se lanza al enemigo. No pensaban que pasados veinte años aquellos niños serían el pueblo, formarían la sociedad, y así con ligereza imperdonable, por satisfacer odios políticos, jugaban el porvenir de la sociedad entera.

Uno de nuestros mayores poetas, Ledeganck, en una obra maestra, *De Ziundooze*, cuenta que un día una loca cogió á través de las barras de su encierro á una niña pequeña que se le había aproximado demasiado... La acercó á sí, la tomó en sus brazos, la apretó contra su pecho, y exaltada la cubrió de besos febriles. La madre, distraída al principio, cuando vió á su hija en brazos de la loca, lanzó un terrible grito, y se abalanzó á ella como una leona... Mas la loca rugiendo, cogió á la niña por los pies, y como una masa inerte la hizo girar en el aire alrededor de su cabeza, presta á romperle el cráneo contra la pared!

Pues bien; esa lamentable historia la hemos

presenciado nosotros, la presenciamos todavía; la impía, la loca ha querido coger al hijo de la Iglesia... la Iglesia ha lanzado un grito terrible, y como una leona se ha precipitado al socorro de su hijo. Mas la loca se ha enfurecido, ha cogido igualmente al niño por los pies, y como un objeto despreciable y de ningún valor, como un vil instrumento de venganza le ha blandido en el aire... No me detengáis, Señores, os lo ruego; no me digáis que la impiedad no ha querido matar al niño. Ya lo sé, cuida ella solícitamente de su cuerpo, jamás tal vez ha cuidado tanto del desarrollo de sus músculos... Pero, ¿y su alma? ¿no ha querido matar su alma? ¿Y qué me importan vuestras lecciones de gimnasia, si en esos bellos cuerpos, en esos músculos de gladiadores, no me dejáis más que un alma muerta y hedionda?...

¡He ahí la suerte reservada á esos pobres niños callejeros! Sin familia, ya os lo he dicho... ¡y por añadidura la escuela homicida que acabo de pintaros!... Después de la calle y sus detestables lecciones, esa fábrica de enderezar los músculos y los entendimientos, pero de donde

el corazón, abandonado enteramente, sale salvaje y perverso!... ¿Qué había de ser, pues, de esos pobrecitos abandonados?... ¿Á qué vida se les destinaba?... ¿Qué hombres se querían hacer de esos niños?

¡Pero allí estabais vosotros, Señores!... vosotros, los hijos de Cristo.

Á la vista de esos intentos del poder contra el pueblo ¿qué habéis hecho vosotros? ¿Qué habéis hecho por el niño callejero? Os restaba un arma: la libertad, y os habéis apoderado de ella.

Habéis creado una á una esas escuelas que han surgido de repente en todos los puntos de la patria, desde las grandes ciudades hasta la última choza de la más pequeña aldea, y allí habéis acogido á Cristo, á quien se expulsaba... Habéis realizado esa gran obra, y abriendo de par en par las puertas de esos benditos asilos, habéis dicho: «Dejad venir á nosotros al hijo del pueblo». Sí, á ellos, á los pobrecitos niños callejeros es á quienes llamabais... Pues para ellos trabajabais, Señores, y no para vuestros hijos. Bastantes escuelas se abren para vuestros hijos, y si vuestro pensamiento no se hubiera dirigido á esos pobrecitos desheredados, ¿qué necesidad hubierais tenido de crear otras nuevas? No se ha fijado bastante en esto la atención; en

esa gran obra, la mayor quizá que puedan registrar nuestros anales, había algo más que un movimiento de defensa político, había sobre todo una inmensa efusión de caridad cristiana, un profundo é invencible amor al pueblo. Vosotros habéis salvado á sus hijos. Y salvándoles, habéis salvado á la sociedad!...

¿Á precio de qué sacrificios? vosotros lo sabéis: ricos, vosotros habéis derramado el oro á torrentes...; pobres, vosotros habéis agregado la gota de agua de vuestro óbolo...; todos habéis puesto en esa obra el amor de vuestro corazón... ¿Á quién le será dado escribir un día la historia de todos los sacrificios de los corazones humanos ya entonces descubiertos? Esos grandes cortando sus parques para levantar en ellos á la sombra de sus viejos castillos la escuela libre de Jesucristo... Esos cooperadores, esas infatigables cooperadoras siempre escuchadas, mendigando para los pobres niños... Esos indigentes curas de aldea vendiendo sus enseres y durante meses enteros desterrando de su mesa la tajadilla de carne que solían tomar en su comida... Y esos pobres criados viniendo á decir al maestro: «Yo no tengo parientes, soy viejo y no tengo necesidad de nada; tomad mis ahorros, los doy para la escuela de Jesucristo». Solo Dios, Señores, puede recompensar seme-

jante heroísmo. Pero Dios es fiel, y llegará la hora.

Lo diré, ya os ha llegado, á mi juicio, una recompensa bien dulce, y que debe haber conmovido deliciosamente vuestro corazón!...

El pueblo os ha comprendido; con su buen sentido natural, con ese instinto misterioso que Dios ha puesto en las entrañas del padre y de la madre, no se ha equivocado acerca de las cosas. Ha dejado allá esas escuelas fastuosas, pero vacías del espíritu cristiano, y ha venido á las vuestras, aunque más humildes; á vuestras manos han confiado esas madres sus pequeñuelos; en vuestro corazón han depositado ese tesoro que no podían guardar ellos en su corazón. Y se han alejado confiados y tranquilos sabiendo que en su lugar velaba sobre ellos el amor de Jesucristo.

Mas no ha concluído todo. La loca no abandona de buenas á primeras al niño á quien ha logrado atraer á su prisión... Le resta un arma á la impiedad.

¿No habéis visto jamás á esos grandullones holgazanes de trece á catorce años llamando á jugar á otros niños mucho menores con sonri-

sas y caricias? Si el pequeño rehusa, ellos insisten, siempre sonrientes y acariciando. Si vuelve á rehusar, corren tras él y le apedrean. Eso es lo que va á hacer la impía, la loca: no pudiendo coger al niño correrá tras él y le golpeará rehusándole el pan.

¿Qué ha sucedido? ¡Ah! Señores, dejadme que os lo refiera en los mismos términos con que se lo refería, hace algunas semanas, á la valiente juventud de la Universidad de Lovaina. Me complazco en repetíroslo, porque veo en ello el honor inmortal de Amberes, de Amberes la grande, de Amberes la generosa, de Amberes la creyente y la fiel.

Esa madre que os ha confiado sus hijos era pobre. Ha ido la infeliz á tender la mano á la beneficencia oficial; sus pequeñuelos tenían frío, tenían hambre, carecían de vestido; el trabajo del marido no llegaba á satisfacer las necesidades de su familia.

Ha ido y ha encontrado el oro bajo la figura de un oficinista, personaje bien pagado, bien arropado, bien alimentado, y que desempeña á maravilla en la máquina administrativa el papel de un engranaje sin corazón; vulgarísimo por otra parte, y dotado de esa fatua impertinencia que parece de absoluta necesidad á esos empleados de baja estrofa.

La pobre la ha tendido la mano, y él ha dicho á la infeliz: «Da á tus hijos los maestros que nosotros queremos y que tú desprecias, y entonces te llenaremos las manos. ¡Si no, no! No tendrás nada para ellos, no tendrás nada para ti, ni pan, ni carbón, ni aun médico cuando estén enfermos, ni siquiera un mal ataud cuando mueran».

La madre no ha respondido nada; mas cubriendo sus ojos con su delantal de labor, se ha puesto á derramar gruesas lágrimas, amargas y ardientes!

¡Oh lágrimas crueles! ¡oh lágrimas benditas! ¡oh lágrimas de un mártir! los ángeles os han recogido con sus manos indignadas; os han llevado á la presencia de Dios, y allí, al pie de Jesucristo, el Dios pobre, hijo de una pobre, hermano de pobres, allí gritáis ¡venganza! ¡Ah! ¡seréis escuchadas! y sobre la conciencia de mi patria pesaréis más que toda la sangre derramada en veinte guerras civiles!

¿Cederá la infeliz?... Vuelve á su casa, y vuelve á ver á sus hijitos tiritando y hambrientos. Vuelve á ver á su marido, y se lo cuenta todo; después, mudos, se miran el uno al otro; ella ahogando sus sollozos, él taciturno y pensativo...

De repente, con una rápida mirada, aquellas

dos almas se comprenden. «¡No, no, no venderemos el alma de nuestros hijos, sufriremos, moriremos si es preciso, pero no venderemos el alma de nuestros hijos!»

El viejo crucifijo de madera que pendía junto á la chimenea de la buhardilla, debió estremecerse de gozo. ¡He ahí corazones cristianos como vos los queréis, oh Maestro mío! ¡corazones como los que tenían vuestros mártires! ¡corazones prestos á mezclar su sangre con la sangre de vuestro Corazón!

Señores, vosotros lo sabéis: aquí existen dos mil ochocientos padres, dos mil ochocientas madres que han dicho: «Antes morir que entregar á nuestros hijos». Se ha intentado en Bruselas con pedantesca fatuidad negar este hecho... ¿Mas quién osará negarlo aquí en Amberes, delante de vosotros que conocéis á esas desgraciadas, que las habéis visto llorar, delante de vosotros que habéis enjugado sus lágrimas? ¿No es este un magnífico espectáculo? ¡Ah, yo os lo confieso, cuando en las calles me cruzo con una pobre mujer, y descubro en su mirada esa simpatía respetuosa que el sacerdote encuentra aún en nuestros días en las almas fieles, me siento conmovido, mi corazón palpita con más velocidad, y me descubro humillado, muy humillado, porque me digo que tal vez

tengo delante de mí uno de esos mártires sublimes!... (1).

Ante ese nuevo golpe del enemigo, asestado cobardemente al pobre, ¿qué debíais hacer vosotros? No habéis vacilado, Señores.

(1) Quiero conservar como recuerdo de esta nobleza y grandeza de alma del pueblo los datos siguientes tomados sobre el terreno:

FAMILIAS Á QUIENES SE HA REHUSADO EL SOCORRO
POR LA OFICINA DE BENEFICENCIA

Parroquia de Nuestra Señora.....	228
» San Andrés.....	574
» Santiago.....	405
» San Agustín y San Jorge.....	287
» San Pablo y San Carlos.....	113
» San José.....	122
» San Lorenzo.....	139
» San Willabrondo y San Amando.	741
» Kiel.....	180
	<hr/>
TOTAL.....	2,789

MADRES Á QUIENES SE HA REHUSADO EL AUXILIO
DE UNA COMADRONA

Parroquia de Nuestra Señora.....	48
» San Andrés.....	54
» Santiago.....	57
» San Agustín y San Jorge.....	60
» San Pablo y San Carlos.....	31
» San José.....	40
» San Lorenzo.....	55
» San Willabrondo y San Amando.	78
» Kiel.....	47
	<hr/>
TOTAL.....	470

Ese pobre niño callejero, golpeado, herido, abandonado, era como aquel viajero del Evangelio, á quien unos bandidos, después de haberle maltratado, habían dejado por muerto junto al camino. Todas las autoridades oficiales de Jerusalén pasan cerca del infeliz, una en pos de otra, le miran y le dejan allí. Vosotros os habéis acercado á él, con un corazón amante y con manos piadosas; le habéis lavado sus heridas, le habéis vendado, y tomándole sobre vuestros hombros, como llevaría una madre á su hijo, le habéis traído al abrigo de esta hospedería divina: á la escuela libre.

Se necesitaba oro de nuevo; era necesario para sustituirle al oro oficial, que sólo tenía por objeto pagar la venta de las almas...

¡Y vosotros no habéis vacilado! Habéis puesto vuestro oro en la mano de esa pobre mujer rechazada por el mundo oficial, y vuestro valor en su corazón; habéis dado, y vuelto á dar, y continuais dando siempre!...

Y ahora, ved ahí vuestra obra:

Gracias á vosotros ese niño va á crecer, creciendo juntamente en la fe y en la virtud. Llegará á ser un hombre duro para el trabajo, celoso de su honor, y en cuya alma se desarrollarán todas las virtudes; será un cristiano...

Tenía hambre el pobre niño; vuestras limos-

nas le alimentan yendo al indigente padre y á la necesitada madre, que no pueden ganarle el pan.

Estaba mal vestido el infeliz, tiritaba de frío... y vosotras, Señoras, trabajáis todo el año para dar á todo ese pequeño pueblo el lienzo y los vestidos que sus padres no podrían comprarles, y con vuestra ingeniosa caridad, estimulándole al bien, queréis que esos dones sean la recompensa de su trabajo y como el laurel de sus primeras victorias.

Y no pára todo en esto. En nuestras grandes y orgullosas ciudades, los pobres, los obreros son relegados aparte, como en la India las castas despreciables. Para los ricos las grandes arterias exuberantes de luz y de lujo; para el pobre las callejuelas estrechas, tortuosas, sombrías, llenas de escombros, malsanas; ¿son estos hermanos que viven bajo un mismo cielo, iguales, sometidos á una misma ley?

¿Y cómo no ha de germinar la envidia en el corazón de esos relegados? Mas vosotros habéis penetrado en esas calles, Señores de las Conferencias de San Vicente de Paúl; vosotras habéis subido por esas estrechas, pendientes y lóbregas escaleras, Señoras, vosotras habéis llegado á esas buhardillas. La seda de vuestros trajes se ha rozado con la burda saya y el mí-

sero percal de la obrera; vuestra mano ha estrechado su mano; vuestro corazón ha comprendido su corazón; habéis llorado con ella, habéis sufrido con ella, y ella ha sentido que su frente y su alma lavada como la vuestra con la sangre de un mismo Dios, puede gloriarse de tener por hermanas á todas las cristianas y por hermanos á todos los cristianos.

Pero habéis hecho más que salvar á ese niño y, por medio de él, salvar al pueblo: ¡os habéis salvado á vosotros mismos!

¿Cuál era la vida de la mayor parte de vosotros antes que esas creaciones múltiples de la caridad; las escuelas, los patronatos, los círculos de obreros, las visitas á los pobres, los roperos, las conferencias y tantas otras, hubiesen venido á llenarla?

Durante los primeros veinte años de esa vida os dedicabais á instruiros, completabais vuestra educación, después de lo cual marchabais al asalto de una posición; os casabais, y á vuestra vez educabais á vuestros hijos.

Echemos para esto último otros veinte años.

Colocabais á vuestros hijos, casabais á vuestras hijas, después... durante el resto descansa-

bais, esperando la hora en que alguno viniera á deciros:

«¡Hermano, es tiempo de morir!»

¿Era esto vida cristiana? ¡No! Por pura y correcta que os plazca imaginarla, esa no es la vida cristiana. Ahí todo se concentra en derredor vuestro y de los vuestros... Es una vida enteramente personal, completamente egoísta.

¡La vida cristiana tiene muchos más ámplios horizontes! Se desborda de ese círculo estrecho y egoísta; extiende mucho más allá las aguas invasoras de su caridad, como el Nilo sale de su cauce, cubre las llanuras y siembra en ellas la fecundidad y la vida... ¡Los brazos de los cristianos abarcan el universo!

Pues bien, Señores, esas obras os han arrancado de las estrecheces del hogar; os han enseñado á ir más allá á buscar almas y servir las. ¡Y habéis ido en busca de esos niños callejeros y les habéis recogido! ¡Y habéis ido al pobre, y le habéis ayudado! Y no os habéis contentado aún con esto: otras obras han venido á solicitar vuestro socorro, y por medio de ellas, habéis llegado y servido á las almas muy lejos de aquí, más allá de los mares, hasta los últimos límites del mundo, con la voz de los misioneros.

¡Ah! esperad pues tranquilamente que llegue la hora, y cuando á vuestros oídos suenen entre

lágrimas estas palabras: «Hermano, es tiempo de morir...» no tembléis... id confiadamente á Dios... habéis salvado almas, El os reconocerá por suyos, porque á Él, á Él mismo es á quien habéis recogido, servido y amado, al recoger, servir y amar á los pobrecitos abandonados de las calles!

¡Ay! Señoras, la triste historia que acabo de trazar rápidamente ante vosotras, no está concluída... Lo que os he referido y lo que pasaba ayer, pasa todavía hoy... Habéis dado mucho... os resta mucho aún que dar!... Os lo suplico, no os canséis!...

Bien sé hasta qué punto os veis como sitiadas, y en consecuencia qué desagrado experimentáis con esto á la larga. Sin embargo, cuando se me ha encargado acudir hoy á vuestra caridad en pro de los pobrecitos niños callejeros no he vacilado un instante... ¡Sabéis por qué? Porque acababa de tener la prueba de que sois generosas, Señoras, y sabía que erais cristianas.

Generosas ¡incontestablemente!... Mas permitidme que os exponga familiarmente la prueba, palpable por cierto, que de esto acababa de dárseme.

Había asistido yo á una sesión de la Sociedad científica de Bruselas; no habiendo llegado aún la hora de mi regreso á Amberes, iba á visitar á un amigo para explayar el espíritu con una de esas visitas afectuosas, á personas queridas á quienes hace tiempo no vemos, que tanto bien causan al alma... En el momento en que tiraba yo de la campanilla á la puerta del hotel, se detuvo allí un coche, de donde sacaron grandes cajas de cartón que hicieron conmigo su entrada en la casa... «¿Qué son, qué encierran todos esos cartones?» pregunté á mi amigo. «Qué curioso venís,» me respondió su esposa; pero con mayor curiosidad que la mía, según creo... se apresuró ella misma á abrirlas y á enseñarme todo el misterioso contenido.

Era un vestido y aderezo para el baile de un ministro... baile que debía tener lugar aquella misma noche... Admiré, y aun á riesgo de cometer cualquier dislate en esas materias que no constituyen precisamente el objeto acostumbrado de mis estudios, alabé mucho todo aquello. Me parece que no debí andar muy desacertado, pues en seguida me ofrecieron mostrarme otro traje con sus accesorios para el próximo baile de la corte... Subimos al piso principal, vi también este traje, le admiré no menos que al otro, y continuaba alabándole todavía cuando me

mostraron las joyas de piedras finas, el precioso abanico, y todo lo demás...

¡Oh, pobrecitos míos! ¡Oh mis queridísimos pobres! ¡Cuántos de vosotros hubierais podido alimentaros durante todo el invierno con el precio de aquellos valiosos objetos!...

La amiga de que os he hablado, Señoras, tiene la mano siempre abierta para los pobres; todas las obras de la ciudad, del país, del extranjero y aun de allende los mares vienen á llamar á su puerta, y ni una sola, lo sé muy bien, ni una sola ha salido de allí desairada; también allí se ven como asediados todos los días; también allí llegan el cansancio y el disgusto, y sin embargo... ¡Ved lo que ha hecho una simple tarjetita portadora de la invitación de un ministro y de un rey!... En su esplendor mi amiga no ha tenido cuenta ni del cansancio, ni de los disgustos, ni del asedio!... y como por encanto han llegado á su chalet todas aquellas maravillas!...

Pues bien, no es un ministro, no es un rey mortal, es un Dios, es Jesucristo quien os invita cuando os tiende la mano por el pobre; cristianas, ¿seréis menos generosas para con Él?...

No, ¿no es verdad? ¡No! ¡Decidme que no! Porque de otra suerte... ataviadas como estáis, cuando tantos pobres están desnudos, satisfe-

chas como estáis cuando tantos pobres tienen hambre, gozosas como estáis cuando tantos pobres están llorando... si vuestras limosnas no vinieran á hacer contrapeso á vuestro lujo, si no quitarais nada de lo destinado á vuestro lujo para aumentar vuestras limosnas, ¿cómo os atreveríais á comparecer delante de Dios?...

¡Ah! dejadme concluir con un rasgo que me ha sido contado hace poco, y cuyos actores me son conocidos; no los nombraré, pues todavía viven.

Uno de mis discípulos, después de dos años de estudios en el Seminario, había ido á profundizarlos á la Universidad de Lovaina. Había pasado aquí otros dos años, cuando, la víspera de vacaciones de Setiembre, recibió de su Obispo un billete concebido poco más ó menos en estos términos: «Señor Abate: vuestros estudios están ya bastante completos; vuelva V. á su casa, y espere allí las disposiciones que tomaré ulteriormente respecto de V. Yo le bendigo». El joven sacerdote lió sus manuscritos y sus libros, arregló su maleta de estudiante, y gozoso se volvió á su casita, donde sólo habitaba su anciana madre. Ambos empezaron á forjarse gratas ilusiones... ella iba á seguirle

y acompañarle á su parroquia, él no la abandonaría ya más, rodearía de todas las dulzuras su ancianidad, la haría dichosa, ella moriría en sus brazos!... Pocos días después un nuevo billete del Obispo le llamó al Palacio episcopal; el joven presbítero acudió en seguida allá: «Señor Abate, le dijo el santo anciano, V. ha hecho la carrera completa de los estudios eclesiásticos y con lucimiento, yo le nombro profesor de Teología dogmática en el Seminario de... en los Estados Unidos...» El sacerdote se sobresaltó, palideció, miró al Obispo con los ojos abiertos de par en par, y al punto dos gruesas lágrimas empezaron á rodar por sus mejillas.

—Veo que le aflijo sin querer, hijo mío... replicó el Obispo. Sé también que no tengo el derecho de imponer á V. esta misión; pero yo me voy haciendo viejo, y cuanto más avanzo en edad, mejor veo que no hay cosa grande en el mundo fuera del sacrificio.

—¡Oh! yo iré, Monseñor,—contestó el sacerdote con voz entrecortada y convulsa, iré; pero yo pensaba en mi pobre madre, es anciana, está sola y esperaba morir junto á mí... Y dejó correr todas sus lágrimas.

—Yo cuidaré de su madre de V., hijo mío, yo le reemplazaré junto á ella!... ¡ánimo! ¡valor!...

Medió un prolongado silencio, durante el cual el Obispo oraba por lo bajo, el sacerdote lloraba. Al fin, comprimiendo su corazón:

—¿Y cuándo debo partir, Monseñor?— preguntó resueltamente.

—¡Oh! no hay que tardar, hijo mío. Vaya usted á despedirse de su madre, y dentro de ocho días embárguese para allá!

¿Necesito decirlo lo que pasó en la casita de la anciana á la vuelta del hijo? La pobre mujer se arrojó á su cuello, y abrazándole exclamaba: «¡No, no, tú no irás, hijo mío... Tu Obispo no tiene corazón... ¿Puedo yo vivir sin ti?... ¡Oh no, no, hijo mío... Cuando yo haya muerto, bueno; pero, por Dios, no me dejes morir sin ti, por Dios te lo pido!...»

Pasaron dos días silenciosos y tristes. Al tercero, por la mañana, estándose mirando mutuamente taciturnos y desolados, se abre de repente la puerta de la casita y aparece en el umbral el traje morado del Sr. Obispo.

La madre y el hijo cayeron á sus pies de rodillas, el Obispo los bendijo; en seguida tendiendo la mano á la pobre mujer: «Señora, le dijo, con tono solemne y grave; Señora, ¡vengo á pedirlo vuestro hijo para Jesucristo!...» Al oír este nombre, como herida repentinamente, la madre levantó la cabeza... «¡Ah, Monseñor!...

¡es verdad!... ¡Jesucristo! ¡Jesucristo! Pues bien, para Jesucristo, sí! ¡tomad mi hijo! ¡yo os lo entrego!...» Y destrozada por este arranque sublime, derribó la cabeza entre sus dos manos, y sollozando fuertemente, se dejó caer en los brazos de su hijo!...

Señoras, no es vuestro hijo lo que yo me atrevo á pedir, es vuestro dinero solamente, ¡pero es para Jesucristo!... ¡Oh! no lo olvidéis, yo os lo ruego, ¡es para Jesucristo!...

A. M. D. G.

EL VALOR

Tantummodo esto vir fortis.
Solo te pido que seas hombre de
valor. (1 Reg. 18-17.)

OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

EL VALOR

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7

ES PROPIEDAD



SEÑORAS, SEÑORES:



ME he propuesto hablaros hoy del valor; así que si no lo lleváis á mal, procuraremos ante todo formarnos su verdadero concepto; veremos después cuanta necesidad tenemos de valor en las batallas de la vida, y por último, examinaremos dónde es menester que acudamos para adquirirle y fortalecer con él nuestras almas.

Cuando entran las palabras en el recinto de nuestra mente, nunca lo hacen solas, sino que llevan en pos de sí, y como arrastrando la una á la siguiente, una especie de cortejo compues-

to de distinguidos personajes. La cadena que al fin y al cabo de la serie junta todo ese séquito, depende de la primera educación, de los estudios, de la disposición intelectual, de la sociedad en que vivimos; en una palabra, de todo aquello que tiene más ó menos relación con nosotros y con nuestro modo de ser.

Pero la palabra «valor» va en casi todos los hombres acompañada de las mismas ideas. Al llegar á nuestros oídos, nos parece como si oyéramos una música guerrera, la imaginación se exalta, y acuden al momento á su presencia el acero brillante de las armas, los batallones marchando animosos á la guerra y la bandera nacional desplegando á todos los vientos los emblemas de la patria. Al oír la palabra «valor» ya parece que suena el clarín, estalla el trueno del cañón, se elevan por el aire nubes espesas de polvo ó de humo, corre la sangre...; todos los horrores y todas las grandezas de los combates parece que se presentan á nuestra vista con inevitable fatalidad, sin más que pronunciar esa palabra tan gloriosa y tan arrebatadora, «valor».

Sí, para el soldado parece que hemos reservado esa palabra, porque en seguida de oírla pensamos necesariamente en el valor de los ejércitos.

Por eso iremos al valor del soldado á buscar

la verdadera idea de esa palabra. Y si alguno creyese que considerando bajo este aspecto mi asunto le habré de tratar con menos aprecio y conocimiento de causa, os ruego, Señores, que no temáis de mí tal cosa. Sé muy bien, que en nuestra época no están en mucha estima que digamos, ni los entorchados ni la espada; pero cuando recordando mis primeros años veo á mi padre adornado con esas militares insignias, os aseguro que por todo mi cuerpo y por toda mi sangre siento correr un amor irresistible hacia ellas.

¡El valor guerrero!... ¡Señores! Para tener este valor... es menester un alma fuerte, pero muy fuerte.

En la última guerra, cuando oyeron dos amigos míos muy próximos á la frontera francesa el estampido del cañón de Sedán, no se pudieron contener, y se fueron á ofrecer sus servicios á las ambulancias.

Al acercarse al campo de batalla, quedaron como espantados con el primer reguero de sangre que vieron; siguiéronle, sin embargo, y no tardaron en descubrir tendido sobre el suelo de un bosque inmediato, al primero de los muchos cadáveres que fueron viendo después. Era

un gallardo joven, recién salido de la escuela de cadetes del imperio y de los de más tierna edad. Tenía atravesado de parte á parte el pecho, y sin duda á fuerza de esfuerzos logró entrar en el bosque para poder morir con tranquilidad; estaba tendido sobre unas ramas tronchadas y teñidas de sangre, descolorido, pero con triste sonrisa, ¡la última! en sus labios. Con la mano puesta sobre el pecho sujetaba un pequeño libro de los Evangelios. Como para encontrar pronto lo que pretendía, había puesto sin duda de registro en las hojas de esta biblia los pedazos de una carta. Era ésta la última que había recibido de su madre, escrita y empapada con lágrimas de purísimo amor; en ella se leían ayes desconsoladores como este: «Ay, hijo de mi vida, ¿será verdad que no nos volveremos á ver?» ó generosos alientos de heroína como este: «Pórtate como valiente, para que yo pueda morir contenta».

Pensad, Señores, un momento en la historia de este joven que acaba de morir. Su nombre era ilustre, su estirpe antigua y su fortuna quizás corría parejas con su nobleza. No le negaréis las ilusiones de veinte años de edad, ni las esperanzas con que la juventud dora la vida. Pero el grito mágico de la patria ha resonado por todos los ámbitos de la nación, y no ha habido remedio: ha tenido que acudir á ese llama-

miento, ir á las filas y presentarse delante de las balas... Todo ha habido que dejarlo atrás, porvenir, comodidades, regalos, hogar dulce y bendito, afectos purísimos, madre... Ha sido preciso exponerse á la muerte... y sereno, tranquilo, al oír la señal... ha ido ese joven con sus hermanos y se ha dejado matar!

Muertos como éste los derriba una guerra á centenares.

Pues preguntadles á todos ellos, uno por uno, qué han dejado detrás de sí al morir!... ¡Ah! Un padre anciano... una madre achacosa... una esposa... varios hijos!... Decidme ahora si habrá lengua que pueda expresar el sentimiento de estos corazones, cuando sepan que una bala cruel ha dejado tendidos en el suelo para siempre á seres tan amados! Pasado algún tiempo, recorred esos tristes hogares y veréis en ellos á esa madre, á ese padre, á esa esposa y á esos huérfanos sumidos en continuo llanto!... Y ese pobre anciano, tembloroso y casi ciego, vedle cómo busca entre los muertos del combate á su hijo, para cerciorarse de si su hijo ha sido una de tantas víctimas como tiene delante...

Y bien sabéis que no hay soldado por pobre, por abandonado y por humilde que le supon-

gáis, que cuando llega la hora de marchar á la guerra no tenga que hacer en su corazón, y á sangre fría, sacrificios tan crueles como estel... Saben que van á la muerte, y se echan en brazos de la muerte!

Y no digamos nada, si les hace traición la victoria; porque antes de presenciar una derrota son capaces de todo. Arrebatados por la desesperación, ya no se dan solo á luchar con la muerte, sino que la buscan con ansia, la llaman á voces y la suplican que no sea sorda á sus ruegos.

Del mariscal Ney, jefe de la guardia imperial en Waterlloo, se cuenta que al presentir la espantosa derrota que se les venía encima, al ver caer á los granaderos de Francia bajo el mortífero plomo de la guardia roja de Inglaterra, como caen las espigas al golpe del segador; al ver cómo se estremecían las águilas y que todo estaba ya perdido, despidiendo fuego por sus ojos, flotando por el viento su cabello, rota una charretera de un sablazo, con la placa del águila abollada por una bala, con la espada rota en la mano, picó de espuela al quinto caballo, y lanzándose sobre el enemigo «¡Adelante! dijo, ahora veréis cómo muere un general de Fran-

cia», y luego apostrofó á Drouet d'Erlon diciendo: «¿Pero es que vos no queréis morir?» Y como viese que las balas no le llegaban, furioso y desesperado añadió: «¡Oh, que no haya una para mí! ¿Por qué no vienen sobre mí todas esas balas inglesas?»

Claro es, Señores, que este valor guerrero es, ordinariamente hablando, patrimonio exclusivo de los hombres, y no puede, por tanto, considerársele como virtud universal del género humano. Por esta razón sólo acudo á él para ir sacando la noción propia y verdadera que se ha de formar del valor.

Hay, sin embargo, ocasiones y circunstancias en las cuales podemos aprender del corazón de la mujer qué cosa sea el valor. Porque ¿quién, al hablar de valor, no recordará en seguida el nombre de Juana de Arco? ¿Y será posible hacer mención de esta heroína lorenesa sin contar siquiera la primera victoria que alcanzó?

Estaba en Orleans, y un día se siente como sobresaltada durante la noche, oye que se están batiendo las tropas, y animosa exclama: «¿Dónde están los que han de armarme como guerrera? ¡Que vengan al punto! ¡Corre por el campo

la sangre de nuestros valientes!!... ¡Mis armas! ¡vengan!; traedme inmediatamente las armas! ¡Venga mi caballo!» Y dirigiéndose á su escudero, le dice: «¿Por qué me ocultabais que se estaba derramando sangre francesa?» Monta entonces á caballo sin esperar ni armas ni escudero, y se lanza al combate. Sacando chispas donde el caballo pisa, se pone Juana en un momento en medio del enemigo. El inglés, desparovido y asustado, tiembla, retrocede, y Juana de Arco, aquella humilde pastora, de pie sobre los muros de la Bastilla, planta sobre los mismos la bandera francesa!

Tres días después se va ella sola á echar la primera escala!..., pero herida de flecha por la espalda, cae en tierra. Levántanla, vuelve en sí, y al ver correr la sangre, se pone á llorar... Oye á Dunois dar la orden de tocar á retirada, y «No, no, de ningún modo, exclama. ¡Adelante!... ¡Adelante!»; y arrancándose ella misma la flecha, monta otra vez á caballo, vuelve á coger la bandera, y por segunda vez lleva á Francia á la victorial

Bien merecería ser contada toda su vida, sí, toda su vida; mas ya que esto no sea posible, digamos á lo menos cómo rodeada de llamas, con las manos atadas á un madero y fijos en el cielo los ojos, repitió por tres veces aquel últi-

mo suspiro: «Jesús! Jesús! Jesús!» ¡Ah, Señores! Esto es valor... y grandel!

Mas no es Juana la única que haya dejado á la historia un nombre imperecedero.

Sin remontarnos muy iejos, muerta con las armas en la mano cayó durante las guerras de la Vandée, Juana Robín de Courlay. «Mi general, solía decir esta heroína, no permitiré que vayáis delante de mí, sino que siempre me veréis más cerca que vos del enemigo», y antes de salir á la batalla se había preparado con la sagrada Comunion. Una joven de trece años se alistó para tambor, y murió en la batalla de Lusón. Renée Bordereau, alistada en el ejército para vengar la muerte de su padre, dió también ejemplos de heroísmo; en la batalla de Dol mujeres fueron las que hicieron prodigios de valor, y por último, la criada de la señora de la Chevalerie también tomó las armas, y á galope con su caballo, iba llamando á las mujeres al grito de: «¡Adelante contra la metralla, las hijas de Poitiers!» (1).

Siempre serán, es verdad, honrosas excepciones, dignas de toda admiración, todos estos ejemplos por gloriosos y magníficos que sean,

(1) *Françaises du XVIII et du XIX siècles*, par Imbert de S.^t Amand.

y por la naturaleza misma de las cosas únicamente los podremos citar cuando se trate de guerras extraordinarias y combates especiales, y en momentos en que una nación amenazada en sus más preciados intereses se ve obligada á hacer esfuerzos supremos, y ha de acudir hasta llamar y aceptar para su defensa el servicio de hombres y de mujeres. Por lo demás, la mujer no está destinada para este género de valor; otro quizás mayor y de más subido precio, la ha reservado la divina Providencia.

Veo desde luego, Señores, una objeción que se me podría hacer, y quiero daros su solución de antemano.

Se dirá. Ciertó que el soldado se lanza corriendo al combate, pero es muy á pesar suyo. Si va á la guerra es porque le obligan y no tiene más remedio. Y entonces ¿dónde está el mérito?

Así es, Señores, yo no lo podré negar. El soldado va forzosamente al campo de batalla, lucha porque no tiene más remedio. Pero... ¡cuánto tendría, Señores, que deciros, á pesar de todo, si no fuera por el temor prudente que me lo impide y el peligro de descubrir cosas que siempre han de permanecer ocultas!... Pre-

fiero callar y concederos cuanto me opongáis en esta materia... y me limitaré solamente á los soldados voluntarios.... Supongo que admitiréis esta clase de soldados... En nuestros días y en las teorías modernas cuadran muy bien los ejércitos de voluntarios... Pues en ellos me fijo yo, á ellos acudo y vedlos cómo van, llenos de gloria; se han conquistado un nombre inmortal, han llegado á lo sublime, á lo heroico. Su gloria la tienen puesta en esa bandera teñida en sangre, atravesada por las balas, hecha jirones por las lanzas, pero que sin embargo nos deja leer entre sus pliegues nombres que conmueven nuestros corazones, los nombres de Mentana... Castelfidardo... Ancona... Ya veis que estamos hablando de los zuavos del Papa... Y ¿por qué no?

¿Por ventura no podré yo escoger entre ellos á manos llenas prodigios de valor? Uno solamente voy á citaros. Apoyado secretamente el ejército italiano por Francia, con la condición de que llevase pronto á cabo sus planes, puso sitio á la ciudad de Roma. Decidió el Sumo Pontífice que como por vía de protesta se hiciese resistencia á las primeras tentativas del invasor. «Toda mi compañía y yo con ella, escribí á su madre un zuavo holandés, hemos comulgado ayer, y os puedo asegurar, madre mía,

que en mi vida he experimentado alegría semejante y consuelo tan extraordinario... Tengo un presentimiento... que el primer día estará satisfecho. Pero no lloréis, madre. Pues qué, ¿podría yo, por ventura, morir mejor que defendiendo la fe?»

Llegó el día. Oye el fuego de la Porta Pía, y se va hacia ella con el fusil á la espalda y la cartuchera bien provista. Trepando logra colocarse en lo alto de la muralla, y allí, al descubierto y con la mayor serenidad va consumiendo uno por uno todos sus cartuchos. Grítanle que baje y que por lo menos se ponga á cubierto, porque al fin y al cabo solo se pretende hacer una demostración de protesta contra la invasión; pero «dejadme, contesta él, que yo no puedo abandonar tan cobardemente al Papa», y vuelve otra vez á hacer la puntería lleno de satisfacción y con una sonrisa envidiable, porque siempre hacía blanco en las tropas enemigas. Como lluvia zumbaban por sus oídos las balas, hasta que una de ellas le dió en medio de la frente y le hizo caer en tierra... «¡Viva el Papa!» gritó y espiró en seguida. Le sacaron luego de allí, y al poco rato entraron en Roma los italianos.

¿Dónde está enterrado este valliente? Nadie lo sabe... ¿Dónde está la gloria que le da el

mundo?... Señores, nadie se ha ocupado de él en la historia... Para saberlo he necesitado que su hermano me contase estos sublimes rasgos de heroísmo olvidado!... Cuando llegaron á la frontera de su patria estos valientes soldados del ejército pontificio ya licenciados, vino á recibirlos el hermano de este héroe que voy elogiando, y como le buscase entre todos:—¿Qué buscáis? le dijeron.—Á un hermano mío.—¿No os han escrito nada?—¿Qué? ¿ha muerto?—¡Sí! Ha muerto en la brecha de un balazo de los italianos—y después le contaron lo que acabo de deciros (1).

¿Qué es, pues, Señores, lo que hace grandes á los militares y guerreros? ¿En qué consiste su valor? Consiste en el sacrificio que hacen de su vida. Puede el hombre sacrificar su hacienda, su fortuna y todo su trabajo; puede hacer sacrificio de su entendimiento, de su corazón, de todos sus afectos y deseos, y de todos sus contentos y de toda su felicidad y bienestar por una idea grande, por una empresa gloriosa, y el holocausto que de todo ello haga, crece-

(1) Quiero yo ahora sacar del olvido el nombre de este valiente. Se llamaba Alfonso Houben, natural de Thorn (Limburgo), donde nació el 11 de Noviembre de 1845. Murió á dos pasos del muro, el día mismo del asalto, 20 de Setiembre de 1870.

rá en proporción de la víctima que sacrifique. Puede en esta serie de sacrificios llegar hasta ofrecer el de su propia vida, pero más, ya no! Cuando ha dado su sangre, ha dado cuanto podía dar. «¿Qué más puede dar uno por su amigo que entregar por él su vida?» dice Nuestro Señor Jesucristo.

¿Veis ahora la causa y el origen de la grandeza del valor militar? «La entrega total de sí mismo hasta morir». ¿No es verdad que es precioso el don?

Y sin embargo, exponerse, entregarse á la muerte aún no basta. En lo interior de un bosque nos sale al encuentro una partida de bandidos y nos hace la consabida proposición: «La bolsa ó la vida», y nosotros que ni queremos entregar la bolsa ni podemos huir para salvar la vida... buscamos nuestra defensa primero en las armas y luego, si nos desarman, en los puños, de donde viene á entablarse una lucha cuerpo á cuerpo que se prolonga cuanto se pueda... Valor es esto. ¿Quién lo duda? Pero no es el valor de un militar ni el de un guerrero, sino de un mérito muy inferior. Porque ahora exponemos, sí, nuestra vida, pero es porque en primer lugar no hay otro camino que tomar y luego, que se trata de nuestra bolsa, de una cuestión muy personal. Exponemos la vida, pero es

para no perderla, por el mucho amor que la tenemos.

Es verdad que pueden inspirar este desprecio de la vida sentimientos muy contrarios. Porque en un momento de arrebato acaba un desventurado con su existencia. ¿Pero es esto valor? ¿No es, mejor dicho, una extrema cobardía?

No hace mucho nos daban cuenta los periódicos de un suceso verdaderamente triste á la vez que admirable. En un pueblecito de la Herzegovina salió de un bosque un oso enorme que mató á un niño y se lo llevó consigo. Armáronse los vecinos y salieron en su persecución. La madre del niño quiso también formar parte de la partida, y armándose con un fusil viejo, fué con ellos ansiosa de tomar por su propia mano venganza de la fiera que le había arrebatado el hijo de su amor... Al volver por la noche la partida, se notó la falta de la mujer, y salieron en busca de ella al día siguiente. La encontraron, pero... destrozada, nadando en sangre y hecha pedazos. Al lado de ella estaba muerto también el oso, con la cabeza igualmente destrozada de un balazo de la mujer, en la cual sin duda se encruelecó antes de caer muerto del todo.

Aquí tenéis, Señores, un valor que se comprende bien y que yo no puedo menos de ad-

mirar. Esta madre á mí me conmueve y me enternece. ¡Qué valiente! ¡qué grande, qué hermosa aparece en la venganza! Y sin embargo yo no entiendo de esta manera el valor. Porque el valor no nace de una pasión que ciegue al hombre, llamémosla egoísmo, desesperación, ira ó venganza.

Buscad ahora egoísmo, buscad interés personal en ese infeliz aldeano que acaba de ser arrancado de las faenas del campo y del seno de su familia, y que dentro de pocos días, mezclado con otros cien como él, irá con su regimiento y con su compañía á buscar al enemigo!...

¡Interés!... Su deseo, su interés sería huir del bosque en que se halla y traspasar libremente la frontera, ó si no, alcanzar el favor de alguna persona influyente con su capitán ó con sus jefes para que le rebajen del servicio, le saquen de los puntos de peligro y le lleven á sitio seguro!...

¿Hay algo que se parezca al valor del soldado en la ira, en la desesperación ó en la venganza?... ¿Qué le importan á ese campesino las sutiles cuestiones del equilibrio europeo? ¿Sabe, siquiera, por qué ni por quién se va á batir y á morir?

¿Y cuál es la desesperación que haya alguna vez atormentado á su alma?

¡Desesperación!... Pero si se halla en una edad en que todo para él es encantos y alegrías!

¡No!

El valor, Señores, el verdadero valor se sacrifica y se entrega todo sin reservas y sin retorno. Muere por obligación. Muere el militar valeroso, porque la patria le dice que vaya á morir.

Su conciencia de soldado es el alma de su abnegación y de su sacrificio; el deber de su obligación el compromiso adquirido, pero aceptado sin quejas ni recriminaciones, con sencillez y con resolución, sin presunción y sin arrogancia.

Dijo un coronel inglés á Welington:—Por si acaso V. muere, mi general, ¿cuáles son sus órdenes?

—Dejarse matar hasta el último, pero sin dar un paso atrás.

—Bien, mi general.

Basta ya, Señores. Con esto podréis conmigo definir ya el valor.

El valor es una virtud del alma que dispone al hombre para sacrificar por el deber, con la serenidad y tranquilidad que convienen á la razón, dueña de sus actos, todo cuanto tiene, hasta la misma vida.

De esta definición del valor no quito ni una palabra, sino que la recibo y acepto con toda satisfacción, porque en todos los trances de la vida necesitamos todos de ella, entendedlo bien, todos necesitamos saber bien qué es valor. Así, pues, no volváis contra mí, ni me digáis luego que os pido demasiado. Á todo trance, cueste lo que cueste, necesitamos ser valientes si queremos conservar nuestra honra y no decaer de nuestra condición!

Y esto es mucho más que el valor militar.

Este, como sabéis, no se exige á todas las horas. Hay tiempos de paz, y en ellos es de muy poco uso y apenas tiene aplicación. Pero el valor que yo os pido ahora lo hemos de tener siempre y sin cesar en actividad, porque no hay hora ni momento en que no estemos bajo la acción de nuestro deber.

Afronta la muerte el valor del guerrero, pero el valor de que ahora tratamos ha de afrontar la miseria, el desamparo, los desprecios, las privaciones, las lágrimas, los sufrimientos y esos trabajos sin esperanza de alivio que por largos años van poco á poco consumiendo á una alma y como á pedazos desgarrándola.

El valor militar tiene sus alivios y poderosos auxiliares. Porque la fascinadora sonrisa de la gloria le va atrayendo, el entusiasmo le enar-

dece, conmuévele el estampido del cañón y le embriagan los vapores de la pólvora; y á su frente, y á la retaguardia, y por el un lado y por el otro parece que le arrastran con el ejemplo sus compañeros y sus jefes. Pero el valor que nosotros necesitamos se ejercita en la soledad, en lo más silencioso de nuestra alma y en lo más recóndito del corazón. No hay que esperar acá abajo su gloria. Si hay, por ventura, alguna voz que le excita, es la voz austera y triste de la conciencia, que penetra y habla muy despacio allá dentro de nuestro corazón. El ejemplo... ¡Ah!... Señores, es tan raro el ejemplo de este valor, que si miro al mundo, tengo que cerrar espantado los ojos, porque en la gloria del mundo, en lo que el mundo llama felicidad y en lo que el mundo tiene por fortuna, no descubro yo gentes fieles á su deber ni la noción del verdadero valor, sino más bien gentes cobardes que continuamente le están haciendo traición y por mezquinos intereses le venden.

¡Oh! ¡sí! Este valor vale más y es mejor que el militar. Y sin embargo, todavía os diré que este valor es valor de combate, porque la vida humana es al fin y al cabo un combate, es vida de lucha, es una batalla.

Bien sabéis que la realidad de la vida no es, Señores, como uno al comenzarla se la había figurado. ¡Cuán pocos hay que al llegar á la mitad de la jornada volverían por el mismo camino, si les fuese permitido volver á comenzarla!

Y sin embargo, tal cual ha sido hasta ahora, ¿osaríamos decir que no ha sido feliz?

Confieso ingenuamente que muchas veces me ha dejado indeciso esta pregunta, y aun ahora no podré contestarla sin dificultad. En cuanto á mí, facilísimamente podría resolverla; pero ¿y en cuanto á los demás?...

¡Ah!... Señores... Cuando se logra penetrar los secretos del corazón humano, ¡qué miserias, qué dolores, qué trabajos, qué vacíos se descubren en él!

Aun sin mirar más que á la superficie y al exterior de las cosas, ¿qué nos dice el anuncio diario y continuo clamoreo de hombres que se arruinan, de familias que se pierden, de personas que mueren, de traiciones, perfidias, engaños?... ¿qué nos enseña el estado lastimoso de pobreza y de miseria, mayor y más irremediable el día de hoy que ayer? ¿No es verdad que todo esto nos lleva á creer que en el fondo de la gran familia humana se sufre, se padece y se llora? ¿Y ante este espectáculo habrá quien

diga aún que la vida es buena, que la vida es halagüeña?

Reconozco, no obstante, que hay hombres que la pasan alegres y contentos, á quienes todo parece que les sale bien, todo les sonrío y todo marcha según sus deseos. Parece que no hay contento ni felicidad que no les pertenezca y que nada tienen que envidiar al cielo. ¡Tan llena de flores les parece la tierra!

Pero vamos á cuentas. ¿Son verdaderamente tan felices como lo dicen ó como aparece?... En una ocasión yo lo dije. Sí, yo dije que se podía realmente ser feliz, pero á condición de contentarse con poco.

Además, ¿lo serán siempre? ¿Serán felices por mucho tiempo?... ¿No sonará para ellos la hora de la tribulación como ha sonado para los demás?

¡No costaría mucho trabajo, ciertamente, satisfacer á estas preguntas!

Porque me parece que no me equivocaría al deciros, que en la vida del hombre se cuentan horas serias, épocas de amargura y momentos de verdadera lucha, y en estos trances los fuertes triunfan, mas los débiles y cobardes sucumben vergonzosamente. ¿Y me diréis que no os aconsejo bien si en previsión de semejantes acontecimientos os recomiendo el valor?

¡El valor!... esa fuerza del alma que dispone al hombre para sacrificar por el deber, con la serenidad y tranquilidad que convienen á la razón, dueña de sus actos, todo cuanto tiene, hasta la misma vida!

Ahora veamos de qué manera se hace esta guerra.

Para esto tenemos un ejemplo magnífico en una escena imperecedera de Racine.

Atalia está en el templo, y delante de ella el niño Joas, el inocente y cándido Joas. En medio de la discusión en que se hallan (paso por alto las incomparables bellezas literarias del poeta, por ser de todas conocidas), pregunta Atalia:—¿Cuál es vuestra ocupación?

JOAS. Adorar al Señor. Me explican su santa ley, me enseñan á leer los libros santos, y ya voy comenzando á escribir de mi propia mano.

(Joas continúa, y va describiendo aquella vida tranquila y dulce, pero severa y monótona que lleva, encerrado en el templo bajo la austera dirección del Sumo sacerdote, Joyada).

ATALIA. Y bien, ¿no tenéis otros entretenimientos más agradables? Siento mu-

cho la suerte de un joven como vos. Venid á mi palacio, y allí veréis quién soy.

(¡Ya comienza la lucha!)

JOAS. ¿Y olvidaré yo los beneficios del Señor?

ATALIA. No, yo no os obligaré á que los olvidéis.

JOAS. No le adoráis vos.

ATALIA. No importa, vos le podréis adorar.

JOAS. Pero yo estaré viendo invocar á otro Dios.

ATALIA. Yo tengo mi Dios, al cual sirvo: vos podéis tener el vuestro. Ambos son poderosos.

JOAS. Pero hay que temer al mío. Solo Él es Dios, señora, y el vuestro no es nada.

ATALIA. Estando conmigo tendréis placeres sin cuento.

JOAS. La felicidad de los malos pasa como un torrente.

ATALIA. Ya veis, soy reina y no tengo heredero ninguno. Dejad ese traje que lleváis y la ocupación que tenéis, y os haré participante de todas mis riquezas. Desde hoy mismo podéis hacer

la prueba de mis promesas. Venid á mi mesa, y siempre á mi lado seréis considerado como mi propio hijo.

JOAS. ¡Como hijo vuestro!

ATALIA. Sí. ¿Calláis?...

JOAS. ¡Y tendría que dejar á un Padre como Dios! por...

ATALIA. ¿Qué?

JOAS. ¡Por tal madre!...

Sí. Todo aparece, Señores, en esta escena. El deber, la vida sencilla, honrada y pura se descubre en la vida de Joas.

¡Cómo! grita la pasión por medio de una de tantas voces fascinadoras que nos hablan á cada paso. ¡Cómo! ¿No tenéis entretenimientos más agradables? Luego presenta y va como pasando por los ojos los placeres, riquezas, honores, un palacio y hasta una corona.

Aquí se ve el deber, que rechaza á la tentadora Atalia con las magníficas contestaciones del joven. Y, finalmente, la victoria en aquella hermosa exclamación: «¡Qué padre tendría que dejar, y por qué madre!...»

¡Oh, Señores! Cuando no se hace caso del deber, ¿qué padre se deja?... ¡el honor!... ¿y por qué madre?... ¡por la vergüenza!...

Á mí me parece ver el valor en toda su gran-

deza cuando contemplo á este joven. Porque para conservarse fiel á sus convicciones, veo que no solamente renuncia á los placeres, á las riquezas, á los honores, á la corona, sino más aún, renuncia á la vida. ¡Demasiado sabe él qué reina es esa!...

Demasiado bien sabe la historia de esa Atalia que, como dice el mismo poeta, «se goza »impunemente con la sangre de nuestros reyes, »es homicida de los hijos de su hijo, y hasta se »atreve á levantar su brazo pérfido contra el »mismo Dios».

Conoce muy bien que sus soldados tienen cercado el templo y que, á la primera señal que ella les dé, entrarán en él... y serán otros tantos vengadores de las injustas quejas que abriga en su corazón contra los israelitas. Quizás el joven Joas, á imitación de su amante tía Josabat, cree que «ya ha desechado Dios del reino á la raza de David»; mas no por eso cede á la tentación, antes firme en su fe y confiado en su Dios exclama:

«*Quel père, je quitterais et pour quelle mère*».
«¡Qué padre tendría yo que abandonar, y qué madre habría de escoger!»

No serán nuestras luchas como ésta, contra reinas, ni nuestras tentaciones serán por ceñirnos una diadema. El valor que se nos pide, es de menor rango; pero no por eso exige menos entereza ni menos energía!

Difícil me sería, por no decir imposible, enumerar los enemigos contra quienes hemos de luchar, porque su nombre es legión; pero voy, no obstante, á decirlos algunos, tomándolos al acaso entre tantos como tenemos durante nuestra vida, y dejando á un lado aquellos que más de cerca y más habitualmente reclaman vuestra atención. Á tres categorías podemos reducirlos; es á saber: acontecimientos de la vida, los hombres que nos rodean y nuestras propias pasiones.

En cuanto á lo primero, ó sea el éxito bueno ó malo que tengan nuestras empresas y el linaje de vida á que nos consagremos, permitidme que por ahora haga una excepción. De las consideraciones que acerca de este punto voy á hacer, quiero exceptuar á esa clase de mortales, relativamente pocos, que á la edad conveniente para comenzar á vivir se encuentran ya con la fortuna hecha, heredada de sus mayores, y que no tienen que hacer más sino bajarse para

recogerla. Prescindamos por un momento de éstos, que no tardaremos mucho en clasificarlos.

Fijémonos, pues, en primer lugar en un joven que ha llegado al tiempo de abandonar el hogar paterno y va á emprender un modo cualquiera de vivir, independiente y con el desahogo propio de su estado. Cuál sea su obligación, se le representa de una manera á primera vista inocente, bajo la forma del trabajo. Si el resultado es satisfactorio, siempre le parecerá risueño el trabajo, porque nada hay que alivie tanto las penas como un buen resultado de lo que se emprende.

Pero la desgracia y como la parte oscura del cuadro está en que ese trabajo, risueño y todo como se presenta, ha de ser de todos los días, de un año, y de otro y de todos los años que se necesiten, y que siempre son muchos, para llegar á juntar lo que se llama una fortuna. Y, Señores..., á la larga ¡qué pesada y molesta se hace esa monotonía que nunca se acaba! ¡Qué abrumador tener que dar siempre á la rueda! Por la noche caer rendido bajo el duro trabajo del día, para volver á emprenderle al día siguiente! ¡Tejer y destejer! ¡Tejer y... destejer!... Empujar... empujar siempre cuesta arriba como Sísifo, la misma piedra y sobre la misma pen-

diente sin llegar nunca á la cumbre!... ¡Ah, Señores!... ¡Cuántos han vivido de este modo!...

Allá en mis primeros años, frente á la ventana de mi habitación había una fragua. Apenas amanecía el día, veía yo abrir aquel taller negrozco en que continuamente estaba trabajando un herrero. Este, antes de comenzar su tarea, se ponía á contemplar el cielo, echaba luego una mirada por los alrededores de su casa, y desperezando sus desnudos brazos, empuñaba el martillo ó la lima. Muy pronto comenzaba á iluminar aquel oscuro taller la llama roja y el chisporrotear de la fragua, y luego, sin cesar un momento todo el día, estaba oyendo yo unas veces el martillo y el yunque, otras la lima y otras los resoplidos penetrantes de un fuelle empotrado en lo más escondido del taller. ¡Acabado el día, aún continuaba oyéndose por largo tiempo de la noche ese sonsonete del trabajo; aún se le veía largo rato á aquel pobre trabajador, á través del resplandor que despedía el carbón medio apagado y de la luz tenue de un miserable candil, machacar y más machacar, limar y más limar! ¡Cuarenta años llevaba ya con esta vida!... ¡y la había comenzado á los quince!... Daba continuamente gracias á Dios,

porque sin llegar, ni con mucho, á rico, jamás le había faltado lo necesario ni se había visto empeñado ó comprometido con deudas. Había colocado modestamente sus dos hijas con otros dos empleados del Gobierno, y esperaba concluir felizmente sus días sin más que su martillo y su limal...

¿Qué os parece, Señores? ¿No es verdad que para no desmayar con este género de vida, es menester valor... y gran valor?...

Mas, como habéis visto, he supuesto que el trabajo tan largo y tan monótono de ese pobre herrero, ha sido coronado con un resultado relativamente satisfactorio. ¿Y si no lo fuera?... Si á pesar de tantos sudores y tantas penalidades como acabo de pintaros, no llegase el hombre á salir de su pobreza y de su miseria!... Si todos sus proyectos se volvieran contra él, y la mala suerte se cebase en cuanto él emprendiera, no llegaría un momento en que le dijese al oído la flaqueza humana: «¿Á qué tanto luchar contra la suerte?... ¿De qué te sirve trabajar tanto? ¿Qué has ganado con vivir siempre tan honrado y tan constante? Obra como los demás, ó como tantos otros que se ríen de la fidelidad, y del honor y de la justicia!... ¿De qué te ha servido tu intransigencia? Haz como todos hacen..., cede... y verás cómo vienen las riquezas,

la fortuna te sonríe y te acaricia la felicidad...
 Y la honra?...  La honra!...  No ves cómo te
deja morir de hambre?  Dar s   tu mujer y  
tus hijos de comer con la honra?...»

Mayores, sin embargo, y más costosos aún
son los sacrificios que muchas veces nos exigen
los acontecimientos de la vida, y aquí es donde
comprendo también   los que ha favorecido la
fortuna y   los que poco ha os dije que no tu-
vierais por comprendidos.  Qui n no ha oído la
fatídica palabra *ruina*?  Y quién estar  seguro
de sus golpes?  Hay, por ventura, época en que
los haya descargado más rudos que en nuestros
días, que propiamente podemos llamar época
de crisis y desquiciamiento social?

 La ruina!... Tened mucho cuidado, vosotros,
los que pas is la vida dulcemente mecidos y
eng nados por los regalos del descanso, y con-
tentos con las riquezas que no habéis ganado
vosotros sino vuestros mayores; est is so nando
con un porvenir tan dulce como el presente.
 Tened mucho cuidado!  Mirad que os est  ame-
nazando un gran peligro!  S , un gran peligro!
 Voy   decíroslo! Sea tan grande como quer is
vuestra riqueza,  no es verdad que al pasar  

otros se divide, y que al dividirse se debilita? Basta saber las leyes más fundamentales de economía para calcular la época en que vuestra fortuna, por grande que sea, ha de quedar reducida á partes insignificantes... ¡Ah! ¿Conque no trabajáis?... Conque... ¿creéis que no necesitáis hacer nada?... Pues dejad, dejad pasar unos cuantos años, ¡bien sabéis cuán presto se pasan!... y dirigid vuestra vista allá... en lontananza... ¿No veis á vuestros descendientes?... ¡Ah! Dios mío... que aquellos que andan por allí, poco menos que á la rastra, solicitando un miserable destino..., son nietos vuestros! Aquellas — ¡desventuradas!... — que estáis contemplando mezcladas con otras jóvenes de su edad en aquellos salones, y en aquella reunión, y que han sido admitidas solamente por lo que fueron sus padres, son nietas vuestras! ¡Vedlas cómo andan ofreciendo al mejor postor no solamente los blasones de vuestra nobleza, sino también su amor!...

¡Oh!... ¡La ruina!... ¿Sabéis de qué manera amenaza y cómo descarga sus golpes?...

De mil modos... Un juego de bolsa, una cuestión de comercio, un negocio de hacienda, un... yo no sé qué os diga, uno de tantos agios como

salen del ingenio del hombre cuando se ve apurado, uno de esos recursos supremos que el hombre inventa para salir adelante y que casi siempre lo hundan más, viene cualquier día una de estas cosas... y se acabó!...

La familia ignora cuanto pasa; los hijos sin pensar en nada, ni temer nada, están gozando á más y mejor de la vida que tan risueña se les presenta; ha visto la madre con su perspicacia negros horizontes en el cielo de su alma; ha encontrado varias veces pensativo á su esposo, y preocupado con algún grave negocio; ha querido averiguar la causa de su turbación, y no ha recibido sino respuestas vagas y evasivas...; ha sentido, en una palabra, los escalofríos precursores de alguna grave desgracia.

De repente se presenta pálido y desencajado el marido, turbada la vista, el habla entrecortada y caídos los brazos...; todos entonces le rodean, le preguntan, le instan presintiendo alguna catástrofe inminente, le abrazan y suplican. Pero él sin saber más que llorar, ni aun palabras encuentra que decir á aquellos seres tan queridos que tiene delante... En fin, haciendo un esfuerzo supremo, se dirige á su esposa, tan llorosa como él, y luego á sus hijos que de hito en hito le contemplan, y dando un suspiro les dice: «¿Tendréis valor para oír lo que voy á de-

ciros?» «Pues oíd»: y pronuncia esta fatídica palabra: *Estamos arruinados.*

Desde este instante, Señores, se acabaron las recriminaciones, y los llantos y las quejas... Saben y están seguros que hubiera este hombre derramado gota á gota toda su sangre por salvar á todos de esa catástrofe que la suerte les ha enviado. Ahora, tanto la esposa como los hijos se esfuerzan por consolarle, le dan pruebas extraordinarias de cariño, y comunican con su amor un aliento de valor! ¡Juntos se amarán, juntos sufrirán y juntos tendrán valor!

¡Valor!... ¡Ay Dios mío!... ¡que no saben cuánto lo han menester para la vida que les espera!

¡Al cabo de muy pocos días vendrá la justicia, y de todas esas riquezas hará un inventario muy triste! Luego verán vender toda su hacienda, y cómo desaparecen los caballos, los coches, las alhajas, la vajilla de plata y oro, y todo aquel lujo que tan grato les era poco ha! ¡Luego será preciso abandonar para siempre aquel palacio, aquel chalet ó aquella quinta de tantos recuerdos y de tantas esperanzas, y marcharse... ¿á dónde?... ¡Ah! Los hijos á cualquier oficina á esperar como *excedente* algún humilde empleo... y las hijas á cualquier taller de alguna modista vergonzante, ó á la modesta habitación de alguna institutriz!

¡Comenzar á la edad de veinte años una vida tan triste, después de una vida tan alegre!... después de una vida tan sin cuidados, una vida tan acibarada por los cuidados del día de mañana; después de una vida de opulencia y de orgullo... una vida de humillación y de servidumbre! ¿Creeréis que se podrá llevar una vida de estas condiciones sin valor? ¿Y si tanto los unos como las otras arrostran esta desgracia con entereza, con valor, con resignación y constancia, sin apartar nunca su vista de esa larga serie de años que tan negra se les ofrece, ¿cree-
réis, por ventura, que su valor cederá en algo, comparado con el valor del soldado?... ¡Quién acepta con gusto vivir de esta manera!... ¡Morir parece mil veces preferible; morir es mucho más dulce!...

Yo me acuerdo de una joven, heredera de un glorioso nombre, que ha llevado este género de vida tan triste. Dos años hacía que había salido del colegio, y en ellos había ya bebido á grandes tragos la copa de los placeres y formado las esperanzas más halagüeñas para su porvenir... Al verla en tan tierna edad galopar con sus caballos, volar con ellos por los caminos y alamedas que rodeaban la alquería de su padre,

hubiérase podido decir que iba juntamente con ella la fortuna, y que se habían jurado perpetua fidelidad.

Pero murió su padre, y á los pocos días se supo que la situación de aquella familia era angustiosa y que las deudas superaban al capital.

Salvó, sin embargo, la familia el buen nombre que tenía, pagó á todos los acreedores y asignó á la viuda una pensión para vivir en compañía de su hija.

Ofreció á madre é hija asilo el hijo mayor, el cual vivía muy lejos y tenía una posición desahogada. Así estuvieron dos años, hasta que enfriándose de día en día el cariño á causa de rozamientos constantes, se hizo imposible la vida común... ¡Es tan duro recibir una limosna, aunque sea de manos de un hijo ó de un hermano!... Volviéronse, pues, madre é hija al país natal, alquilaron en un arrabal de la población una casita, y para ayudar á su madre púsose la hija á un oficio modesto. Compró unos pinceles y se dedicó á pintar abanicos, pantallas, cuadritos y otras cosas de este género, las cuales, cubierta con su pobre veló para ocultar su rubor, iba por la noche á vender á un comercio de tercer orden... ¡Oh! ¡Qué vergüenza pasaba en estas idas y venidas tan crueles!... ¡Cómo se estremecía de pies á cabeza, cada

vez que se esforzaba para contener suspiros que la ahogaban!... ¡Ah! ¡y cuántas veces se vió humillada por no admitirla sus primores!... ¡Cuántas veces tuvo que volverse con las manos vacías, y entonces, como si la desgracia quisiese cebarse más en ella, los sueños y fantasías de sus primeros años, y las doradas esperanzas que tanto le acariciaban antes, acudían en tropel á su imaginación para atormentarla! Pero al fin y al cabo, todo se había concluído, todo había muerto. ¡Lo único que quedaba era la miseria!... ¡y miseria sin esperanza!

Con esta ocupación estuvo viviendo tres años, al cabo de los cuales experimentó los efectos de la divina misericordia. Porque en una epidemia quedaron fuertemente contagiados los hijos de su hermano, y éste, acordándose de su hermana, llamóla para que los asistiese durante la enfermedad. Largo era el viaje que para darle gusto había de hacer, pero... ella se decidió y, aunque sola, voló adónde la llamaban. Como un ángel de caridad cuidaba á aquellos niños, velando continuamente por ellos y prodigándoles las mayores pruebas de su cariño, hasta que al fin los vió libres del contagio y completamente sanos. Pero ella quedó contagiada y murió!... ¡Oh! ¡Cómo se sonreía al conocer que se acercaba la muerte!... y ¡cuán

presto quedó por ella devorada!... Al considerarse ya desahuciada, mandó llamar á un sacerdote, y después de recibir de él los beneficios de nuestra santa Religión, volvióse hacia los que junto á ella estaban llorando y les dijo: «¡No lloréis! ¡Ya estoy libre! ¡Soy feliz!...» ¡Tenía veinticuatro años!...

«Amado Padre!... Mi hija Enriqueta ha muerto, me decía al poco tiempo en carta su madre, y me creo desde hoy más desgraciada... Pero bendigo, no obstante, á Dios por haber abreviado la tristísima vida que aún le quedaba!... ¡En cuanto á mí, ¿cuánto será lo que el Señor me permitirá vivir en tanta amargura?... ¡Estoy ya tan rendida!...»

Al llegar aquí estoy viendo que no me dejáis pasar adelante y me decís que, sumido el hombre en la miseria, cuando delante de sí ve á la pobreza y cuando tiene que luchar con los azares de la vida, se encuentra enfrente de una necesidad irremediable, que de ningún modo puede evitar, y quiera ó no, ha de cargar con ella, y por tanto, si da en tales circunstancias muestras de valor, poco ó ningún mérito conseguirá, porque sólo le podremos decir que hace de la necesidad virtud.

Voy á contestaros. ¿Y es verdad, en primer lugar, que sean tan inevitables esos fracasos de la fortuna? Y por concretar más, ¿tan irremediable es la miseria? ¿No estamos viendo con frecuencia con qué facilidad y con cuántos medios, muy de moda en nuestros días, se libran algunos de esas catástrofes económicas ó de esas situaciones desesperadas? Á veces no les salen bien las cuentas, pero, ¿en cuántas otras ocasiones consiguen su intento!

Con esas formas tan suaves y esos modernos eufemismos para dar nombres tan cultos á lo que la rusticidad honrada de nuestros mayores llamaba sin rodeos y sin temores por su verdadero nombre de *robo*; con manos tan diestras para encauzar el negocio por donde más convenga; con talentos tan agudos para inventar arreglos aun en las cuestiones más arduas como hoy admiramos; con tantos picos de oro que á cada hora oímos pronunciar largas peroratas aun en favor de las causas más perdidas; y por último, sabiendo que no hay distancia que no se salve por el oro, ¿creeréis ingenuamente irremediabiles esas desgracias?

Y en cuanto á la ruina de algunas familias, mejor que yo sabéis que hay ruinas, que hay por esos mundos manera de arruinarse tales, que hacen aún más rico al que las acepta.

Por supuesto que en todos estos casos perecerá el honor, se pisoteará la justicia, se romperán los lazos más sagrados de la fidelidad y del deber. Mas ¿qué importa? Si haciendo este linaje de traición evita el hombre caer en la miseria, por bien empleado lo dará todo. Antes que la humillación de confesarse arruinado, antes que los horrores de una vida pobre y desgraciada, aceptará injusticias, aceptará infidelidades, aceptará cuanto le ofrezcan, porque no tiene fuerzas ni alientos para la desgracia.

Y luego, después de todo, cuando han agotado cuantos medios les ha sugerido su gravísimo estado, recordad esa última tentación que les ocurre en sus cavilaciones nocturnas, como un fantasma horripilante, sí, pero al fin como el único modo de resolver el negocio, quiero decir, el suicidio.

¿No habéis oído algunas de esas historias horribles de malaventurados que, al ver el abismo adonde los ha llevado su vida, ó se han levantado la tapa de los sesos de un tiro ó se han colgado de un madero de su habitación ó del primer árbol de un bosque?

¿No habéis leído nunca esos sueltos de periódicos, tan breves como espeluznantes, en que se da cuenta de madres desnaturalizadas, que por la miseria y hambre que padecen, por el llanto

continuo de sus hijos, los han cogido entre sus brazos y como furias los han arrojado por las aguas?

¿Qué es esto?... Es, ciertamente, lo sumo de la debilidad, pero que les sirve como de recurso para acabar con la miseria en que viven y con los azares en que se encuentran, cuando no sienten dentro del corazón valor suficiente para sobreponerse á todo, para sacrificar su propia vida en aras del deber y de la justicia.

Pero el valor verdadero, ese valor que os vengo explicando, ese sí que acepta la miseria con toda su crueldad y la ruina con todas sus dolorosas consecuencias, y las acepta precisamente por dejar á salvo el honor, la justicia y el deber.

Otro campo hay donde es menester también desplegar nuestro valor, campo de batalla en el cual encontramos no ya objetos materiales ó enemigos inertes con quienes luchar, sino seres libres y enemigos muy activos, es decir, nuestra propia voluntad y la voluntad de los demás.

Muy breve seré por lo que respecta al valor, al valor necesario para luchar contra nosotros mismos. En esta lucha hay que combatir con dos enemigos: con la pasión y con la flojedad,

es decir, con la voluntad y con la pereza. Y á primera vista parece que no hay victoria más fácil de alcanzar. ¿No depende, por ventura, toda ella de la poderosa eficacia de la voluntad del hombre? Para vencer basta querer. ¿Y quién hay que no sepa querer? Verdad es, Señores, y por eso os digo que entre los hombres es cosa muy usada y frecuente esa eficacia de la voluntad, pero cuando solamente se trata de querer contra el prójimo. Porque si se trata de querer contra sí mismo... ¡ah! entonces ya ese querer es muy raro. No obstante, aún os diré, que á cualquier hombre le será muy fácil querer algo, alguna que otra vez, contra sí mismo... Pero cuando se ve en la necesidad de dominar y vencer su propia voluntad una vez y otra vez, y una hora y otra hora, y siempre, sin descanso, ¿qué hará?... Nuestra flojedad para obrar el bien y nuestra inclinación hacia el mal, resolverán esta cuestión. Esa lucha constante y esa violencia perpetua que se hace á nuestra naturaleza, la enerva en todas sus energías y la mueve á prorumpir en gritos de desaliento. No os extrañéis de esto, porque este cansancio ni las almas más robustas, ni los espíritus más consolados dejan de experimentarlo. Hasta al mismo San Pablo se le escapó este supremo jay! de la pobre naturaleza humana: *Quis me*

liberabit! ¿Quién me librará de la esclavitud de este cuerpo de muerte? (Rom. 7, v. 24).

Y ¿no es verdad, Señores, que había de tener el hombre por su primera obligación el ser cada vez mejor, y el coger, digámoslo así, entre las manos su alma, y á la manera con que se labra y pulimenta un trozo de mármol, ir labrando y pulimentando para la virtud, hasta imprimir en ella todos los rasgos y todas las perfecciones de la santidad?

Este había de ser, sí, para cada uno de nosotros el fin supremo de nuestros esfuerzos; y esta había de ser la gloria á que deberíamos aspirar, ya que todos conocemos y confesamos en nuestro interior esa obligación.

Pues entremos entonces en nuestro interior, miremos en ese gran espejo de nuestro corazón, porque Dios solamente y nosotros podemos llegar á semejantes profundidades. ¿Vemos, por ventura, encontramos en él una copia verdadera de la justicia?... ¿Qué hacemos para labrarle según ese divino modelo? ¿De dónde salen esas manchas que en él observamos? ¿De dónde esas lastimosas desviaciones del modelo?... ¿Por qué hasta nosotros nos avergonzamos de tantas inexactitudes?... ¿Por qué no nos armamos generosamente de buenos instrumentos que lo pulimenten como es debido?... ¿Por qué dejamos la

estatua apenas esbozada?... ¡Ah, Señores! Á todo esto una cosa solamente podemos responder que podrá variar más ó menos en cada uno de nosotros, pero al fin será la misma; á saber, que somos flojos, débiles, cobardes con nosotros mismos.

En la lucha que hemos de sostener con los demás, ó de hombre á hombre, sólo veo posibles tres posiciones, que son: amor, indiferencia ú odio. Es decir, que ó se aman, ó están indiferentes ó se aborrecen, admitiendo por supuesto en el amor y en el odio todos sus diferentes matices ó grados, desde los más imperceptibles hasta los más pronunciados. Y en todas estas tres posiciones veo yo siempre vivo el germen de una lucha, tanto más profunda y cruel, cuanto es más íntima, y cuanto la arena en que se ha de librar es más movediza y más pronto se enrojece.

Empiezo, pues, por el odio, desde esa sencilla y ligera antipatía tan difícil á veces de no sentirse, hasta esa furia horrible del infierno, con tan vivos colores descrita en nuestros días, de ancha boca abierta, de agudos dientes blancos, despidiendo fuego, espuma y sangre.

Ved, pues, en primer lugar qué cosa tan rara sea esa sencilla antipatía que á veces sienten los hombres, y notaréis que nace de repente, y

si no se tiene cuidado, muy pronto invade el corazón. Basta á veces una simple mirada ó una ligera sonrisa, otras un gesto solamente del semblante y aun menos; hay ocasiones en que el tono de la voz, la manera de andar y un yo no se qué, que ni vosotros mismos podréis discurrir, ni pensar, ni decir, es bastante para que nos encontremos con que ese hombre ni nos agrada, ni nos entiende, ó no le agradamos ni le entendemos, con lo cual sucede que tanto su corazón como el nuestro son *antipáticos*.

No diré yo, ciertamente, que para vencer estas antipatías sea menester mucho valor. «Si uno, dice Lacordaire, pone tierra por medio entre él y entre mí, yo haré lo mismo por mi parte, y no me vuelvo á acordar más de él». Por otra parte... fácilmente sucede que se extingue esa antipatía á medida que se conocen mejor las causas que la motivaron, ó las personas se tratan con más frecuencia. Pero... ¡cuántas veces se arraiga más y va creciendo sin darse de ello cuenta!...

Ahora bien; en estas circunstancias dichas, suponed que ese hombre, hermano vuestro, pero que no congenia con vosotros, se atraviesa de por medio, sin querer ó queriéndolo, en un negocio que vosotros traéis entre manos... pronto sentiréis en vuestro interior la cólera y con

ella la malevolencia; si á pesar vuestro, y quizás en perjuicio vuestro, consigue él su intento, ya tenéis á la envidia llamando á las puertas de vuestro corazón... pero envidia oculta y sorda, que va tomando todas sus formas, aun la de celo, y con la capa de virtud atizando todas las pasiones por bajas que sean.

Quizás os detengáis en este camino, porque en vuestro corazón, formado para el bien con la educación y el ejemplo, hay ciertos baluartes que no puede derribar fácilmente la pasión. Pero si por este motivo quedáis libres del yugo que pretende imponeros la envidia, no os escaparéis de los lazos de una traición. Quizás no seáis esclavos suyos, mas no sé si dejará de escogeros para víctimas. Prosigamos.

Allí está oculta la envidia en vuestro corazón y quizás sin saberlo vosotros. Á semejanza de los bandidos prepara sus golpes de lejos y en la oscuridad, y después se goza de sus estratagemas. Si sus tiros son certeros... se ríe; echa sus redes con maña con tal de sorprender la presa, y si la llega á coger entre sus mallas, entona cantos de triunfo... No vayáis á creer que se apague ó que se muera poco á poco ella sola en el corazón que la ha engendrado, no;

esta planta infernal está siempre muy viva, y se va desarrollando en el silencio... Ya no es envidia, ya ha llegado á odio.

Juan Bautista se halla entre cadenas por haber hablado mal de una mujer deshonesta, mientras que ella, rodeada de los encantos del palacio, está triunfando y recibiendo los agasajos del rey impuro. Mándala el rey que dance su hija en su real presencia, ¿la faltará ya algo para llamarse feliz y afortunada? Tampoco oye ya las recriminaciones del Bautista; ¿qué más quiere?... ¿Pretende más aún?... Oíd. «Pide al rey, dice suavemente al oído de su hija, la cabeza del Bautista», y la cabeza pálida y chorreando sangre, le fué ofrecida en bandeja de oro como recompensa de sus danzas. Los ojos de esta hiena cébanse con este trofeo, palpitante aún, y con sarcástica y horrible carcajada celebra su infame victoria...

Luego que por el asesinato de César llegó Antonio al triunvirato de Roma, es decir, al apogeo de sus aspiraciones, todavía sentía en su pecho algo que le estaba devorando y como envenenando. Su gloria quedaba empañada, porque aún resonaban en sus oídos las filípicas de Cicerón. Necesitaba él también la cabeza del orador... y la obtuvo. Presentáronsele mientras estaba celebrando un banquete, y entre las liba-

ciones del festín abofeteó aquella pálida cabeza separada de su tronco, y su esposa Fulvia con un alfiler de oro de los que adornaban sus cabellos, fué picando aquella lengua, que como ninguna otra había hecho vibrar los ecos del foro y de la tribuna de Roma.

Decía un proverbio latino: *Homo homini lupus*, el hombre es lobo para los demás hombres, y los lobos se devoran entre sí. Yo, á la verdad, lo encuentro exagerado; pero en vista del encarnizamiento de algunas venganzas y de la atrocidad con que se llevan á cabo algunas persecuciones, no se puede á veces menos de acordarse de él.

¿Cómo no pensar en ese adagio latino, cuando uno ve á ciertos hombres oprimidos por el odio verdaderamente infernal de otros, ahora con escarnios y burlas de todo género, ahora con calumnias y desvergüenzas? Hombres á quienes irrita, enfurece y vuelve locos el odio que les tienen sus hermanos, hombres injustamente sumidos en la deshonor, hombres lanzados á la desesperación por la falsa imputación de un crimen, hombres, finalmente, que sucumben bajo el peso de tanto mal, ¿qué nos dicen? ¿qué nos recuerdan? Que el enemigo mayor del hombre es el hombre: *Homo homini lupus*. ¡Y cómo se goza entonces este odio! ¡En presencia de

tales víctimas, ríe, pero con la risa propia de los energúmenos; triunfa, pero por ver lágrimas, por ver sangre: triunfa en esas muertes y se complace con su triunfo!

Pues bien, Señores; poneos en lugar de esos pobres desgraciados que han llegado á ser tales víctimas!... Figuraos que oís silbar á vuestros oídos, como silban las serpientes de los bosques por las noches, esas burlas, esas injurias y esas calumnias, esas infamias levantadas contra vosotros ó contra las personas de vuestra amistad y cariño; suponed que ha llegado para vosotros esa hora tremenda de la desesperación, y estáis sintiendo la pesada mano de plomo que públicamente os condena y os deshonra; consideraos á vosotros mismos con el rubor en las mejillas y el latir agitado en el corazón, y después paraos un momento á escuchar la voz del deber: «Perdonad, perdonad más, perdonad siempre... ¡Volved bien por mal!... ¡Orad por los que os persiguen, amadlos!...» ¿Cómo? ¿Amarlos?... «Sí, amadlos como á vosotros mismos!...»

¡Ah, Señores! Para llegar á esto, decidme, ¿hará falta valor? Decidme, ¿qué será más fácil, si presentar el pecho á las balas ó destrozarse de este modo el corazón?

Verdad es, Señores, que no todos estamos expuestos á odios tan implacables y tan crueles; pero sí, aunque en diferente proporción, á la malicia y perversidad de los hombres. En circunstancias más ó menos críticas y en ocasiones más ó menos solemnes, todos nos hallamos obligados á perdonar... y creedme que cuesta mucho, y necesitamos hacernos mucha violencia para obtener ese movimiento generoso de misericordia.

¡Perversidad humana!... ¡He dicho arriba perversidad humana! Pero ¡ay! que muchas veces donde vemos malicia sólo habrá ligereza, imprevisión ó ignorancia! ¡Cuántas veces se nos escapa una palabra que ni hemos pensado ni meditado, pero que corriendo y creciendo de boca en boca derrama muy pronto un veneno que al fin y al cabo termina con la honra y buen nombre de una persona ó de una familia entera! ¡Cuántas veces creyendo obrar con justicia acusa el hombre y hasta condena á muerte al inocente!

Gran consuelo y satisfacción es sin duda alguna en estos casos, en estos ataques imprevistos de la vida, el testimonio de una conciencia pura y tranquila, pero... no basta, y entonces el alma no tiene más remedio que sufrir y más sufrir!

¿Os habéis detenido alguna vez á pensar en los errores de la justicia humana? No hace mucho contaron los periódicos que en Alemania llamaron á un reo á declarar, y se confesó culpable de un crimen por el cual hacía cuatro años que estaba entre cadenas un inocente. Confesiones como ésta han devuelto la fama, aunque tarde, de algunos cuyas cabezas han rodado por los cadalsos.

Y ahora vuelvo á deciros: Poneos vosotros en lugar de estas víctimas que así han sido calumniadas y deshonradas, encadenadas y hasta conducidas á la infamia del patíbulo... Favorable les era el testimonio de su conciencia, sí, pero cuando ha llegado el momento de perdonar—el deber lo exige—¿habrán necesitado de valor?

¡Á Dios gracias, y por su divina misericordia, son raros estos errores de la justicia humana!... Pero... ¿y los nuestros? ¿Cuándo nosotros empuñamos nuestra vara para juzgar á los demás?... ¡Juzgamos tan pronto y tan de ligero, con tanta pasión y aun sin dar tiempo á que se defienda nuestro acusado!... ¡Y cómo hacemos experimentar los efectos de nuestras sentencias, cómo despreciamos, cómo aborrecemos á los que una vez hemos condenado!... Y este desprecio, este odio lo han de sufrir quieran ó no

quieran, del mismo modo que nosotros hemos de sufrir el que nos tengan á nosotros.

Pues pesando sobre vosotros el peso de estos juicios, de estas acusaciones, de estas sentencias, de estos desprecios, de estos desdenes, de estas injusticias y de estas calumnias, ¿qué habréis de hacer para perdonar si os falta el valor? ¡Perdonar! ¿Qué digo perdonar? Aun nada más que para sufrirlo, ¿podréis hacerlo sin valor?

Urge el tiempo y me impide detenerme á explicaros la indiferencia de los hombres, indicándoos solamente que es ese suplicio que en silencio sufren ingenios privilegiados, pero ocultos y desconocidos, y corazones amantes pero no correspondidos ó despreciados. Pasando, pues, por alto esta situación en que puede hallarse el hombre, veremos ahora la que nos resta por examinar.

Llegamos, pues, á la posición del amor con todas sus especies. Y desde luego parece que, por lo menos aquí, está fuera de su lugar el valor. Porque bogando el corazón del hombre por aguas tan serenas y tranquilas, tan puras y brillantes, tan llenas de misteriosos cantos y de

embriagadores aromas, parece que no tiene que hacer más que dejarse llevar á velas desplegadas por los finos céfiros que suavemente le empuja, y... ¡á gozar!

¡Ah, Señores!... ¿Por qué he de ajar yo esas bellas flores en medio de su lozanía? ¿por qué he de empañar tan tersos horizontes? ¡Oh! ¡Qué compasión me inspira el hombre cuando, atraído por los encantos de veinte años, sueña, fantasea y emprende el camino de la vida sin haberse abastecido bien de valor!

¡El amor!... Consideradle bajo sus múltiples formas y ataviado con los innumerables ropajes con que sucesivamente se va mostrando para invadir el corazón del hombre, simpatía, amistad, amor filial, amor materno y ese otro amor más ámplio que nos comprende á todos como unidos con el estrecho lazo de hermanos, amor social, amor de pequeños, amor de pobres, amor de la patria y de la humanidad!... ¡Qué valiente y qué esforzado ha de ser el corazón que abrigue y fomente sin decaer jamás pasiones tan nobles y generosas!

¡El corazón!... Ese pobre corazón nuestro, lo mejor que tenemos, lo que hay en nuestro ser de más tierno, de más delicado, lo que á veces convierte á la tierra en cielo, y en medio de suaves palpitaciones, en horas benditas é inol-

vidables parece que nos adelanta la felicidad de los cielos, es, sin embargo, lo más sensible, lo más quebradizo, lo más impresionable que tenemos, lo que más fácilmente se despedaza, en mayores angustias se anega, por más y más heridas se consume, y por último, nuestro pobre corazón es quien nos pinta la vida con colores más oscuros que la muerte. ¡Sí! El corazón nos hace amar, desear y llamar á gritos la muerte como único consuelo, como única salvación.

¿De dónde viene entonces este contraste? ¿Cuál es la causa de este misterio? No es difícil averiguarlo. Todo ello está en que el hombre, cuando se entrega á las fantasías del amor y pretende fomentar la amistad y aficiones de ese corazón tan delicado, tan tierno y tan sensible, lo hace como si todas estas pasiones no hubiesen de morir. Y no es así, sino que mueren como muere el hombre mismo.

¿Conocéis amor más puro, más santo, más encantador y de virtudes más fragantes, por último, más inmortal que el amor de una madre para su hijo? ¿No es verdad que no?

Pues muchas veces la divina Providencia, tan impenetrable como digna de acatamiento en sus santos designios, lo hiere con terribles golpes. Porque un día, en la hora más inesperada,

llama... ¿á quién?... ¡á la muerte!... y «anda, la dice, quita ese niño del regazo de esa madre». Y la muerte, á galope tendido, como sobre un caballo, va, entra, y de los brazos de aquella madre estrechados contra su tesoro, de aquel corazón anegado en un mar de tribulaciones, sin atender ni súplicas, ni lágrimas, ni suspiros, ni gemidos (la Sagrada Escritura los llama *ululatus*... «alaridos»), sin detenerse por nada, arranca al niño y se va!...

¡Ah! ¡Qué será de esa pobre madre!... Para ella ¿qué va á ser ya la vida?

Cuando venga el deber y la diga: «Seca esas lágrimas, impón silencio á tu corazón herido, muéstrate fuerte y valerosa, y sonríe aún á la vida», ¿qué queréis que conteste? «Sí, estoy dispuesta...» ¿Por ventura no ha quedado sepultada toda su felicidad en aquella caja blanca como las azucenas que la adornan?

Mucho he visto sufrir, á muchos he visto morir y he observado que de todo se consuela pronto el corazón, porque si no olvida sus dolores, á lo menos se mitigan. Pero que olvide á un hijo su madre, que olvide á aquellos ojitos que tan puros la miraban y con tan suave sonrisa en ella se gozaban, que olvide aquella boquita que tan dulces ósculos imprimía, aquellos brazos que á su cuello se enlazaban, aque-

llos rubios cabellos que sobre la espalda flotaban, que olvide, en una palabra, una madre á su hijo, á su corazón, á su carne, á su sangre, á su vida... No, eso... jamás.

Y si no le olvida, si incesantemente vuela su pensamiento á los sombríos cipreses del cementerio, por entre aquellas flores, tantas y tantas veces regadas con sus lágrimas, si va por el día, y por la noche, y todos los días y todas las noches en busca de aquel ser que le han arrebatado... decidme, os ruego, para que esta mujer viva, para que esta mujer siga arrastrando esa terrible cadena con que la tiene sujeta todos los días su deber, su obligación y su conciencia, decidme, repito, ¿necesitará para todo esto valor? ¿Y qué comparación tiene el valor para morir enfrente del valor para vivir así?

No he hecho hasta ahora, Señores, más que recorrer una parte pequeñísima de las miserias que afligen la vida humana. ¡Cuántas quedan aún por enumerar!... Pero con lo dicho creo haber demostrado suficientemente que en los muchos combates que el hombre ha de sostener en lo que he llamado batallas de la vida,

necesita ser valiente y esforzado, le es indispensable el valor!

Queda aún por resolver la cuestión principal, á saber: ¿De dónde sacar este valor? ¿Á dónde hemos de acudir para armar nuestras almas y templarlas como es menester?

Para esto sólo hay una solución: la Fe, la vida futura, la esperanza del cielo.

Fuera de esto no veo nada.

Si no existiera la vida futura, si sólo fueran sueños nuestras esperanzas, si no estuviese Dios más allá de esta vida esperándonos para coronar nuestros combates con recompensas eternas, sería verdaderamente una locura hasta el menor sacrificio que nos impusiéramos por cumplir nuestro deber, y locura sería dejar pasar, por servirle, cualquier gusto y cualquier satisfacción... Vivir cuando fuese tormento la vida, sería también locura!... Ya no habría cuestión acerca del valor. ¿Para qué lo habríamos de necesitar?..

¡Pero el deber!... ¿El deber? Sin Dios ya no hay deber. Sin Dios, sólo hay instintos y de-deos, luchando, sin freno que los contengan, por

sacar mayor parte en los goces y placeres!... Sin Dios ya no hay deber sino tiranía de los fuertes y hábiles contra los débiles y menos expertos. Sin Dios ya no hay deber sino músculos y astucia, por no decir perfidia!...

¿Qué quedaría sin Dios?... ¿Sabéis qué? lo que yo he llamado la irresistible fatalidad de los hechos y la muerte. Pero con la desgracia de que cuando la fatalidad ésta de los hechos fuese muy dura y sirviese de obstáculo á los placeres, acudiríamos á la muerte en busca del remedio, porque la muerte, si no hay Dios, si no hay eternidad, sólo sería un sueño con el cual se pasaría á la nada.

Pues con estos principios y con estas ideas, formad, Señores, una sociedad... ¿Una sociedad?... ¡Ah! Nunca formaréis más que un rebaño de fieras y un conjunto de aves de rapiña. Por eso vuelvo á deciros que ya no sería necesario cultivar el valor, sino afilar las uñas y los dientes.

Y notad que en esto, Señores, no saco yo vanamente estas consecuencias.

Porque bien sabéis que hace mucho tiempo se viene trabajando por arrancar al pueblo cristiano sus antiguas creencias y se ha llegado hasta quitarle la fe en un Dios y en un cielo. ¿Y qué ha sucedido? Pues precisamente lo que acabo de deciros. Leed los periódicos de esas

gentes. En ellos ya no se trata de deber ni de valor, sino solamente de llegar, aunque sea por asalto, á la satisfacción de los goces y de todas las concupiscencias, y de formar en las filas de los que á tal obra se dedican.

Las nociones de derecho, propiedad, justicia, ley, todo ese antiguo régimen se derrumba y cae por tierra, y en su lugar solamente una cosa se nos ofrece, la anarquía. Y llegando hasta la razón misma á zozobrar en este universal naufragio, queda solamente... ese nihilismo, esa furia infernal que va acabando con los pueblos y naciones de donde han sido desterrados nuestro Dios y nuestra fe.

Conozco lo que me vais á decir, Señores; que muchos no llegan á esos extremos al separarse de Dios y de la fe... sino que se detienen respetuosos y sumisos ante la ley y ante el derecho de otro como límite del derecho propio, y por último, ante la soberana majestad del nuevo Decálogo, llamado *Derechos del hombre*. Me diréis que ellos predicán también y recomiendan como necesario el valor, con el cual han de hacer los sacrificios que impone el deber fundado en esas leyes nuevas, en esos derechos nuevos y en esos nuevos principios.

Está bien, Señores; mas permitidme que os diga que esos tales que decís, más que hombres

de inteligencia pueden y deben llamarse conjunto de necios. Cuando hablan de deber y de valor, me parece oírles palabras huecas y sin ningún sentido, y me viene á la memoria un personaje antiguo muy conocido, D. Quijote de la Mancha, el caballero de la triste figura.

¿Quién negará á D. Quijote su bravura, su valentía y su denuedo? Vedle cómo todo lo sacrifica, su casa y su pueblo, la apacible vida que allí pasaba con Sancho, su barbero, su ama, su sobrina y su cura, todo lo sacrifica incluso su propia vida. ¡Cuántas veces, maltrecho de sus aventuras, se repone, vuelve á empuñar su lanza y á salir en busca de nuevas y mejores hazañas con más ánimo y más gallardía! ¿Por qué á pesar de todo esto lo tenemos por loco?

Pues porque se propone nada más que sueños y fantasías, porque lucha y aun moriría por un deber imaginario, porque sus gigantes terribles son molinos de viento, sus ejércitos ovejas, sus encantadores santos religiosos de San Benito y su Dulcinea del Toboso una labradora vulgar. Pues cosa algo semejante aconteceles, Señores, á esos que decís. Porque sus leyes sin Dios, sus derechos sin Dios y sus deberes sin Dios son algo así como esa Dulcinea, esos ejércitos, esos encantadores y esos gigantes de D. Quijote, y sin embargo les oímos de-

cir: «Yo me sacrificaría por esos derechos y aun moriría por ellos, y para observar esas leyes tendría que proveerme de valor!...»

¡Terrible lección que Dios da á las sociedades y á los pueblos que le abandonan!...

¿Se opone á sus pasiones y reprende su liviandad la Religión cristiana?... ¡Pues fuera con ellas Abandonan á Cristo y á su Iglesia, y se entregan al Dios forjado por su razón pura, y asisten á los templos de una religión puramente natural, más llevadera y contemporizadora.

Cierto que el Dios de nuestra razón es algo, y también que el derecho natural no es ficción de los hombres; pero aunque así sea, el Dios verdadero ni permite que sean despreciadas las relaciones dadas al hombre por su divina bondad, ni quiere que se huya de esa hermosa lumbré de nuestra Religión santa para irse á sepultar en las sombras de la muerte. Porque á quien busca tinieblas, Él le da tinieblas. Vedlo en esa pobre razón nuestra. Apartándose de Dios y abandonando á Dios, toda se turba, toda se confunde y sólo ve las cosas á través de los espesos humos de las pasiones, y como ese Dios de sus silogismos, esa fórmula inventada por su metafísica se le oculta y desaparece, ya no sabe si existe ó no existe, ni qué es ni qué no es. Por eso grita el pueblo: «¡No hay Dios!»

Ese pueblo que ya no conoce á Dios se forma un derecho nuevo, el derecho de la fuerza, y de él saca estos dos principios: Si eres débil, debes resignarte: si eres fuerte, debes rebelarte: rompe, destruye, quema y mata; pero goza!...

Poned en cambio de esos delirios la Fe, escuchadla, y veréis cómo brillan iluminados por esta esplendorosa lumbre los principios y las teorías del deber y del valor.

Mi deber, según ella, es cumplir la voluntad de Dios. Yo soy la criatura y Dios es el Criador. Yo soy hijo del tiempo y de la muerte, y Dios es el Rey de la eternidad y de la vida. Y por si este deber me parecía grave y áspero, la suma bondad de Dios ha hecho que sea dulce y ligero para mi alma.

Mi deber es cumplir la voluntad suavísima y benéfica de mi Padre, porque Dios es Padre mío y me ama con amor eterno...

Mientras viva aquí abajo, en esta vida brevísima y veloz del mundo, mi fin no es gozar y pasar tranquilamente los años, sino servir á Dios, obedecer á Dios y cumplir las obligaciones que su santa ley me impone. Porque aquí

abajo es donde Él ha sometido á prueba mi voluntad y mi libertad.

Luego si sufro, ¿por qué me he de admirar? Tiempo de sufrimientos es el tiempo de mi vida, y al enviármelos Dios, envíamelos para prepararme mejor para la felicidad que me tiene reservada.

Si siento vacío en el corazón, si veo que mi vida se consume y pronto se ha de acabar, ¿por qué he de maravillarme? ¿Es, por ventura, esta vida donde se ha de hartar el corazón? ¿Toda mi vida se ha de reducir á la presente? No. Ni hartura, ni vida completa, ni aun verdadera vida encontrará aquí abajo el corazón.

Así, pues, si me privan de personas queridísimas para mí, y me las arrebatan de entre los brazos... ¡ohl nunca las lloraré demasiado..., porque van á la patria de la verdadera felicidad; no tardará en venir la hora de volverlas á ver, y de volar como ellas á las regiones del Paraíso. Allí, sí, allí será inmortal mi vida y la suya.

La de aquí es nada. Nada son esos días y esos años que se pasan y desaparecen como sombras. Sufrir aquí ¿qué importa? Ser estimado en poco, ser despreciado, vendido y abandonado aquí abajo ¿qué importa?... Lo que verdaderamente importa es una cosa sola..., á saber, que preservemos de toda injusticia y de

toda infamia nuestros corazones y los arraiguemos de veras en el valor, para que, á pesar de los azares de nuestra vida, nos mantengamos firmes en el cumplimiento de nuestras obligaciones.

SEÑORAS, SEÑORES:

Me asalta un pensamiento. Por adorables juicios de su amorosa Providencia quiso Dios levantar al hombre caído y ennoblecerle de una manera incomparable. Para ello se abajó hasta tomar, con ser Dios, la naturaleza humana, es decir, nuestra carne, nuestra sangre, nuestros huesos y nuestra alma, viviendo como nosotros y andando por los mismos senderos que nosotros. ¿Y no os parece que la vida que haga nuestro Dios ha de ser el tipo y el modelo de la vida del hombre sobre la tierra?

Pues recordad su historia, que bien conocida la tenéis desde que nació hasta que murió, desde el pesebre hasta la cruz.

Para madre escoge á una doncella, pobre y oscura, porque su ilustre familia ha perdido todo su antiguo brillo y poderío.

Para padre escoge á un pobre artesano que necesita ganar el pan para su esposa y para su Hijo legal con el sudor de su frente, y á fuerza de los duros trabajos que la altivez romana sólo á los esclavos permitía.

Sus primeros años y la parte mayor de su vida pasará ese Dios-Hombre ocupado en los penosos trabajos de un pobre taller, desconocido y despreciado de altos y bajos, de ricos y pobres... como hijo de carpintero!... Más adelante, cuando deje esas humildes herramientas, no habrá dolores que no sufra, ni tristezas, ni desprecios, ni calumnias, ni oprobios, ni traiciones. Porque bien sabéis cómo le han perseguido, apedreado, con fuertes ligaduras atado y con crueles azotes despedazado. ¡Cómo han afeado su rostro con inmundas salivas! ¡Cómo le han abofeteado! ¡Cómo le vistieron de blanco cual si fuera loco! ¡Finalmente, sabéis cuán pesado madero colocaron sobre sus delicados hombros, y cuán inhumanamente le crucificaron en una dura cruz en medio de dos ladrones cual si fuera capitán de ellos!

Mirad, pues, mirad bien á vuestro Dios, á vuestro modelo pendiente de un enorme leño que se eleva desde la cumbre de un monte hacia un cielo eclipsado!... *Ecce homo*: «He ahí al hombre».

Ved al pie de esa cruz á la Virgen Santísima, á su purísima Madre, de pie, pálida, traspasado de dolor su corazón, cubierta con la sangre de su Hijo!... *Ecce mulier*. «He ahí á la mujer».

¡Hombres!... ¡Mujeres!... ¿En presencia de estos ejemplos, os extrañaréis de que Dios os pida valor?

A. M. D. G.

LA PAZ Ó LA GUERRA

OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

LA PAZ Ó LA GUERRA

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzána, núm. 7.

ES PROPIEDAD



SEÑORAS, SEÑORES:

NO hace mucho tiempo que en un pueblecito industrial fueron unos cuantos trabajadores á enterrar á uno de sus compañeros que acababa de morir. Como todos los entierros de pobres, pasó éste por la calle sin esas solemnes manifestaciones de duelo propias de los ricos.

Cuando muere alguno de vuestros amigos, parece que todo es llanto, todo es luto y sentimiento. Las campanas doblan en todas las iglesias; el órgano anuncia con sus severos acordes, y las espaciosas bóvedas del templo repiten los lamentos de la familia del difunto: el altar con sus luces, las paredes del templo con sus negras colgaduras, el suntuoso catafalco, rodeado

de gruesos hachones y coronado por infinidad de flores, los ornamentos más preciosos que la iglesia parroquial reserva para las solemnidades de tristeza, todo, en fin, está diciendo en el templo, que ha muerto algún poderoso y que en su muerte participan muchos. Si dejadó el templo os fijáis en lo que pasa por la calle, veréis lo mismo: coronas que se arrojan sobre el féretro, caballos enlutados, fúnebre carroza, interminable acompañamiento y hasta la turba de gente que, atraída por tanto aparato, se detiene y se descubre al paso de aquellos restos humanos; todo lo cual os dice cuán grande sea la parte que se toma en el luto de la familia de aquel desconocido. Desconocido, sí; porque muchos sólo una cosa saben, y es que ya no existe el objeto de aquel llanto, y que pronto le pondrán con los que fueron y ya no son.

Pero con el pobre jornalero nada de esto ocurre. En su entierro sólo se ven las pobres andas de la parroquia, deslustradas por el uso, pero prestadas por caridad, un acompañamiento pobre y bien corto en pos de cuatro amigos del finado que le llevan en hombros hasta el Campo Santo, donde le depositan, echando cada cual un puñado de tierra sobre el tosco féretro. Allí no hay más que lágrimas en los ojos y angustia en el corazón destrozado.

Concluída la cristiana ceremonia, aquellos jornaleros, que llegarían á unos veinte, se volvieron en silencio pensativos y afligidos por el cariño que le habían profesado al que dejaban allá tentido bajo tierra, y por el recuerdo de la vida triste y desventurada en que le habían visto; porque apenas si se habían pasado dos meses desde que aquel mismo jornalero había enterrado con sus propias manos á su esposa. ¡Todos ellos lo recordaban, lo comentaban, y tal recuerdo les llenaba de pena y de compasión hacia su difunto compañero!

Subía de punto esta pena cuando se fijaban en un tiernecito niño que con ellos venía, agarrado de la mano del más anciano, mirando ya á uno, ya á otro, sin poder entender, por su corta edad, la tristeza de los que le rodeaban.

Paráronse á descansar un rato en casa de uno de ellos, y el de más edad puso sobre sus rodillas al huérfano. Instintivamente pensaban todos en la suerte de este pobre niño, pero ninguno se atrevía á hablar de ello, hasta que, haciendo un esfuerzo, el más anciano presentó, cual si aquello fuera un congreso, «la orden del día». ¿Qué vamos á hacer de esta pobre criatura? Mi parecer es...

Este parecer se discutió, y luego el de otro, y después el del tercero, y por fin, el del último

Al cabo de mucho hablar y nada resolver, se propuso y se aceptó dejarlo á la divina Providencia para que por suerte lo resolviera. Al punto se hicieron veinte papeletas, las echaron en un sombrero, y pusieron la suerte en manos del niño.—Saca una papeleta, niño—dijo el mayor de todos;—y el niño la sacó y se la entregó. La abre el supuesto presidente, la vuelve á doblar, y como asustado, dice: «¡No... no puede ser... Esta suerte no vale... Se halla ya muy recargado el pobre... Esto sería demasiado para él...»—Pero vamos, hombre, dínos por fin... ¿á quién le ha tocado?—preguntaron todos á una.—Á Bautista, contestó.

Como mudos quedaron todos al oirlo, si no es el agraciado Bautista, el cual, comprendiendo su angustiada situación, exclamó: «Cierto que será pesada para mí esta carga»; pero rehaciéndose... prosiguió diciendo... «¡Mas no importa! ¿Somos once en casa?... Pues nos apretaremos un poco más y... ¡adelante! ¡Conque, ea, niño, vamos, contigo seremos doce!...» y, cogiéndole en brazos, le llenó de caricias y le recibió desde entonces como si fuera un hijo más que el cielo se servía enviarle.

—Pero y tu mujer... ¿qué dirá á todo esto?—le objetaban los compañeros: á lo que él les contestó: «¡Oh! mi mujer... no se acobarda por

nada, la conozco bien, y estoy seguro de que no dirá que no, sino que lo arreglará haciendo el plato más pequeño y quitando á cada uno un poco. Conque se acabó la cuestión; vamos andando y no hablemos ya más de esto». Y con efecto, así lo hicieron estos dos valientes esposos; porque se estrecharon todos como pudieron, y ni el padre, ni la madre, ni ninguno de aquella nidada se quejó por el nuevo pajarillo.

¡Cuántas veces he admirado con asombro la alteza de los pensamientos y la delicadeza del corazón de los pobres! Sucede á veces que puesto este corazón, tan santificado y dignificado por Dios, en el trance de adoptar una resolución urgente y heroica, ve como por intuición la que se debe adoptar y resuelve al punto los problemas más intrincados.

Ved á este pobre jornalero. No sabe nada de lo que ahora se llama la cuestión social, ni quiere saberlo; nada entiende de comunismo, ni de colectivismo, ni de socialismo; nada sabe de derecho ni de historia; jamás ha visto un congreso: á lo sumo ha asistido, como llevado por fuerza, á algún *club, meeting* y otras zarandajas extranjeras, y después de haber oído perorar á varios *compañeros*, se ha quedado sin nada; vedle, digo, á pesar de esa falta de ciencia, romper, como otro Alejandro, el nudo de los intrincados

problemas de nuestra época que tantas cabezas se ocupan en resolver: «Apretarse un poco más, y hacer más pequeño el plato». Y se acabó. Con esto resolvió el problema de salvar á un desgraciado.

¿No es verdad que si todos quisieran, como este modesto jornalero, estrecharse un poco más y resignarse á plato más pequeño, la sociedad se salvaría y el mundo entero se salvaría? Ojalá consiguiera fijar vuestra atención en este sencillo pensamiento que voy á desarrollar en esta tarde contando con la benevolencia que siempre me habéis dispensado.

Es poco menos que axioma entre los favorecidos por la fortuna que todo hombre, que viene á este mundo sublunar, tiene derecho á ocupar en él un puesto y á conservarle por todos los medios de que pueda disponer. Sin entrar á discutir este principio, preguntamos: ¿Cuál es entonces la causa de que todos se consideren muy apretados y en puesto muy estrecho? La extensión de nuestro planeta no, que bien caben en él todos los hombres por anchos que se coloquen. Lo que hay, es que procuran colocarse en el mejor sitio posible, y una vez que lo han conseguido, lejos de abandonarle, le

aseguran cada vez más, le ensanchan cada vez un poquito y como empujando á los que se sientan á su lado, ocupan más de lo que por su naturaleza deberían ocupar. De aquí, como es natural, ha de resultar que mientras los unos trabajan por conservar su puesto y los otros por hacerle cada vez mayor, vivan éstos y aquéllos en constante lucha, es decir, resulta ese fenómeno por todos reconocido y unánimemente llamado con toda exactitud, *lucha por la existencia*.

En otra ocasión os he dicho ya, Señores, con qué crueldad tan grande va esta lucha por la vida diezmando la existencia de los animales y de las plantas; cómo en los campos de batalla se suceden las hecatombes, sobreviviendo solamente los más fuertes, y siendo los débiles y los pobres las víctimas inmoladas sin piedad en los altares del orden del universo. Sí. El orden y armonía del universo exigen esas hecatombes, y de ellas se sirve Dios, como os lo he probado ya, para conservar y restablecer, cuando se pierde, ese admirable concierto de toda la creación.

En el bruto bien se ve que, teniendo solamente el instinto ciego de sus apetitos, necesariamente ha de luchar y necesariamente ha de morir en las múltiples variaciones que consigo

traen por necesidad las leyes físicas del universo. Para salvarle de todos los trastornos que el globo pudiese experimentar, no había otro remedio que darle naturaleza muy expansiva y capaz de reproducirse en proporción de los medios de destrucción que encontrase, y dejarla luego en libertad. Con esto, los individuos más fuertes y de mejores condiciones sobrevivirían y perpetuarían, modificada cada vez más, la especie, sin que hubiese necesidad de la mano del Criador para cada caso en particular.

Como veis, aquí, bajo cierto punto de vista, no hay más que leyes de mecánica, que dan por resultado lo mismo ese orden admirable y encantador del reino animal, que las oscilaciones periódicas de un péndulo, ó las velocidades de los cuerpos que caen de lo alto.

Pero no sucede así en el hombre. Porque, además del instinto, tiene inteligencia y voluntad para regir los actos de su vida. Con la inteligencia comprende el orden moral, y con la voluntad libre puede conformarse con él ó levantarse contra él. Y así la cuestión que tratamos de resolver es, si este orden moral en que ha de vivir el hombre saldrá de la guerra, ó si, por el contrario, será fruto precioso de la paz, teniendo en cuenta y no perdiendo nunca de vista, que esa paz en que ha de vivir el hombre

y esa armonía que se ha de ver en todas sus operaciones, ha de ser de orden muy superior á la paz y armonía que resulta de seguir sus bajos instintos el bruto. El hombre necesita otra paz, la paz que resulta del conocimiento de la ley y de su conformidad con ella, aunque para ello sea preciso sacrificar sus apetitos.

Pues bien, Señores: si consideramos á los hombres como lo que son, quiero decir, como seres dotados de inteligencia como los espíritus y de pasiones como los brutos, os pregunto: ¿deberán ser siempre enemigos haciéndose constantemente la guerra, luchando entre sí como aves de rapiña para arrebatarse la presa? ¿No podrían, por el contrario, vivir en perpétua paz, como hermanos de un mismo padre, y distribuir entre sí con amor fraternal los bienes que de Dios, su verdadero padre, han heredado?

Á estas preguntas nada os contestaré yo, sino que vosotros mismos las podréis responder, y para esto tenéis bastante con observar lo que por el globo entero sucede. Pues lo que en él reina, es la guerra... ¡Allí se mata y se asesina... Allá se degüellan... Aquí llegan unos que luchan hasta la muerte... Más allá están otros en acecho para quitar á traición la vida... En

otra parte, sin quererlo ó sin pensarlo, sí, pero al fin dejan muchos en luto y desconsuelo á multitud de familias!...

Un día, estando yo en mi habitación, oí un ruido extraordinario con inmenso vocerío en la calle. Me asomé á la ventana y vi que de la casa de enfrente era despedida una infeliz mujer con una criaturita en los brazos, y que al poco tiempo se cerró de un portazo, y con una horrible blasfemia, la miserable puerta de aquella casucha. La desventurada mujer se puso á empujar la puerta, gritaba furiosa y desesperada, pero... no por eso la abrieron. Así que, convencida de verse ya sin albergue, se retiró entre sollozos y lágrimas que enjugaba con su delantal á la vez que cubría con él la cabecita de su tierno niño... Cuando llegué á perderla de vista, abrieron la puerta los de la casa y ví que una vieja, alternativamente blanca como una pared, y amarilla como la cera, en fin, de todos los colores que pone la ira y cólera más furiosa, iba arrojando, todos revueltos, los pobres trastos y el miserable ajuar de aquella infeliz madre, y por último, atados con un pobrísimo jergón, los pocos vestidos de la misma. No tardó mucho en volver ésta, y cuando vió puesta de este modo en la calle su miseria, no pudo contenerse sin nuevas lágrimas y cayó desmayada

en la acera. Acertó á pasar entonces un hombre de buena posición y de más que buenas carnes, y se quedó contemplando aquella escena. Se enteró de todo lo ocurrido, de que era viuda con un hijo aquella mujer, y de que había sido despedida de la habitación por no haber podido pagar su alquiler. Oído lo cual, la animó y consoló con buenas palabras y con una moneda que puso en su mano, y luego... se marchó por su camino.

Como vemos, en lo que va dicho, si bien se considera, nadie es culpable de esta tragedia. No lo es la pobre madre, porque viuda, sin trabajo y enferma, ¿cómo había de poder pagar el alquiler de la habitación? Tampoco lo es la dueña de la casa, porque aunque fuese cruel en sus procedimientos, como lo fué, no hemos de olvidar que todos sus intereses y el fruto de sus trabajos estaban reunidos en el alquiler de sus casas y de sus habitaciones. Tampoco es, por último, responsable el caballero que por allí pasó en lo más serio de la escena, porque además de que dió muestras de sus buenos sentimientos con su compasión y buenos consejos, según lo que á mí me pareció, la entregó también una limosna regular.

Y sin embargo de que nadie aparezca verdaderamente responsable en este hecho que aca-

bais de oír, es lo cierto que, al oírle, el corazón se subleva y la sangre se enciende. ¿Pues qué, nos dice enseguida la imaginación, ese hombre con 15.000 francos de renta, solo, con parientes ricos y sin herederos forzosos, no viviría bien con 13.000 y podría con los 2.000 restantes hacer felices á la madre viuda y á su tierno infante?

¡Pero cuidado! porque si generalizamos esta manera de discurrir, llegaremos á este resultado, á saber: que la gran miseria que el pobre padece, puede remediarse por completo con la gran abundancia del rico. Y si un espíritu moderno se apodera de esta idea, resultará que el rico es un ladrón y el pobre su víctima; que continuamente se estarán acechando para luchar... He aquí la lucha por la existencia, la guerra entre los hombres.

Comprendo vuestro interés por ahondar algo más en esta cuestión, y voy á ver si consigo dar satisfacción á tan justos deseos.

Vosotras, Señoras, por ejemplo, vais á un comercio y compráis unos adornos que os han gustado y habéis encontrado muy á propósito para vuestro traje, y vosotros, Señores, encargáis un magnífico tronco de caballos. Estáis en

vuestro derecho, y nadie os puede reprender lo más mínimo, puesto que en ello empleáis el dinero que es vuestro y muy vuestro. Esto es ciertísimo. Pero decidme, ¿no es verdad también que ni las joyas ni los caballos son indispensables para la felicidad de las señoras ó de los señores y que son felices sin ellos muchas señoras y muchos señores? Asimismo es verdad que, sólo con mirar en torno vuestro, encontraríais personas que hubieran vivido ó vivirían muchos años solamente con lo que habéis entregado al joyero por vuestros brillantes ó al chalán por vuestros caballos. Y finalmente, para deciros todo, no os ocultaré que es también cierto, ciertísimo, que todas estas personas no tenían ningún título ni derecho á vuestro dinero. Pero, á pesar de todo, los hechos son como quedan expuestos. ¿Qué, decir, pues, en este conflicto de derechos ó de hechos?

Pues si los examinamos detenidamente considerando á la humanidad entera como la consideran los zoologistas, veremos cómo en resumidas cuentas el origen y fuente de vuestra fortuna es un labrador que año por año, uno bueno y otro malo, y aunque sea con mil apuros, ha venido pagándoos las rentas de vuestra finca con toda puntualidad. Pero sabe muy bien que su interés está en daros siempre lo

menos que pueda, y á eso tiende y tras de eso anda; mientras que el vuestro está, por el contrario, en sacarle cuanto más podáis, y á eso aspiráis, y por más que lo ocultéis, esto pretendéis vosotros por vuestra parte... Esta es la lucha que habéis de sostener. Claro está que no es lucha en que va á correr la sangre, pero no por eso deja de serlo, y bien claramente lo palpáis cuando se trata de renovar ó modificar las condiciones de vuestros arrendamientos con los colonos, ó cuando pretendéis aumentar su precio para cubrir alguna quiebra. ¡Con que ya veis si pagáis bien caros vuestros adornos y vuestros caballos!...

Si de la agricultura pasamos á la industria, no hay duda sino que la guerra es aún más manifiesta, como que llega hasta la huelga.

Trátase, por ejemplo, de que los jornales sean mayores, y ya tenéis á patronos y á obreros dispuestos á luchar como si fueran dos ejércitos en campo de batalla, porque si el jornal se sube para los últimos, forzosamente han de bajar las ganancias en los primeros, y ganará el obrero lo que pierde el patrón. Pero, por otra parte, parece muy equitativo que se ponga el correspondiente equilibrio cuando se ve que tiene mucho el que pierde y poco el que gana. ¿Y cómo conseguirlo?... Preguntad á unos y á

otros si ganan poco ó mucho, y todos desgraciadamente se clasifican á sí mismos colocándose entre los que ganan poco y pierden mucho, ó á lo menos son contados los que creen que ganan mucho.

Pasad ahora al comercio y allí veréis también esa lucha por la existencia que acabáis de ver en la industria, porque si ésta la ha llamado *huelga*, también el comercio la ha puesto su nombre, *competencia*. ¿Y á qué recordaros la guerra cruel y sin entrañas que en las competencias se declaran ambas partes? ¿No es, por ventura, bien sabido cuán á muerte se persiguen los competidores? No necesitamos desgraciadamente acudir á esas rivalidades *yankees*, ni á otras como ellas, feroces y salvajes, para convencernos de que al establecerse esas competencias, implícita ó explícitamente lo hacen con la condición de que «uno ú otro salte», y rompen el fuego «á muerte», aun con grandísimo peligro de perecer en la demanda.

Guerra es, y no menos cruel también, la que se declara entre ese hormiguero hambriento que acude á la mesa del presupuesto, y los que se hallan tranquilos en él gozando de las dulzuras de sus empleos. ¿Qué significa, si no, ese afán de los que componen ya una nueva clase social, «empleados», apenas hay indicios de un

cambio de política en la nación? ¡Cuántos asaltos! ¡cuántos esfuerzos! ¡Cuánta guerra para conseguir éste ó aquél empleo!...

¿Y en la Bolsa?... ¿No podremos afirmar que aquí sí que es donde se encuentra el origen y fuente de toda guerra? ¿No veis en esos centros hombres que silban como serpientes de cascabel para ahogar entre sus anillos las inocentes víctimas del dinero? ¡Aquí ya no es la guerra solamente, sino la muerte, la que rige, reina y gobierna!

De modo que, Señores míos, en tierra de hombres triunfa la guerra, y la lucha crece en furor y en crueldad, sin treguas, sin descanso, y hiere á diestro y siniestro reclamando cada individuo para sí el mejor puesto: ¡Yo!... ¡Yo!... ¡Ese puesto me pertenece á mí! ¡Á mí!... Á mí!...

Y el origen de todo esto claramente se ve que es la palabra que acabo de decir, el «Yo», es decir, el egoísmo. Así nos lo enseña la misma razón. El hombre tiene derecho para amarse á sí mismo, y por lo tanto, el de ocupar un puesto conveniente en la sociedad, y si para llegar á él es menester luchar, también tiene por razón de lógica el derecho de luchar. Estos son dictámenes de la razón: el hombre los oye y

los sigue. Pero también hay otros dictámenes, fuera de estos, que ni sigue ni aun oye el hombre, cuales son, que el amor que se debe el hombre tener á sí mismo no ha de ser sin medida y sin límites, y que, si ha de luchar, lo ha de hacer siempre con armas iguales. Y están los hombres tan lejos de seguir estos gritos de su propia conciencia, que precisamente está todo su mal en amarse más de lo que deben y en usar cualquier arma para defenderse por vil que sea y por emponzoñada que esté, como la flecha del salvaje, impregnada de la baba de la serpiente.

¡Á esto hemos llegado!

¿Qué freno ha de tener ya el egoísmo, habiendo bajado tanto en el mundo la fe y sentimientos cristianos? Por eso es cada día mayor su locura y cada día grita con más fuerza: ¡Más, más! ¡Á mí! ¡Á mí!... ¡Más! ¡Más! ¡Cada vez más! Porque no tiene ya freno el egoísmo, se ven esos aumentos espantosos de riquezas en las manos ya llenas, que se abren y se extienden para que aún se llenen más!... ¡De ahí vienen esas coaliciones de los fuertes y poderosos para... aplastar al débil y al pobre!... Mas... ¿qué digo? No, Señores, no. Se me resiste creer en semejantes intenciones. Se unen y se ayudan mutuamente para aumentar más y más sus te-

soros y ver deslizarse millones tras de millones por entre sus arcas y poder gloriarse de una nueva victoria en sus jugadas y negocios. Pero ¿de dónde vienen, en definitiva, esos millones?... ¡Ah!... Sí, vuelvo á decir que no serán esas las intenciones de los ricos y de los poderosos, pero fijaos vosotros mismos, y no tardaréis en averiguar que esas riquezas, esas millonadas, vienen muchas veces quizá de las economías, de los ahorros del pobre, primero engañado, luego vendido y, por fin, miserablemente saqueado.

Por otra parte, si falta la fe y rectitud con que el hombre cristiano debe proceder siempre, ¿qué extraño será para nadie que, ante la concupiscencia y sed de oro, tenga que ceder la propia honra y no se respete la justicia, y se ultraje y pisotee la honra, y la justicia, y la conciencia de los demás? Con tal de allegar un millón más, todos los medios serán buenos. Se vende la conciencia, se compra la honra, y con todas estas desvergüenzas asienta sus reales la corrupción, y... el buen éxito del negocio será la esponja con que se limpien tales... manchas! ¡Quién va á pensar que el oro tiene mal olor!

Ha publicado en nuestros días un autor batallador y valiente, unas obras que han alcanzado fama universal. Yo, sin aprobarlas ni aconsejarlas á nadie, porque me parecen exageradas en la forma é insostenibles en absoluto en cuanto al fondo, me contento con deciros que, aparte de las exageraciones y de los errores de que están salpicadas, hay en esas obras hechos asombrosos y repugnantes de codicia que ni se pueden leer sin sonrojo ni anatematizar debidamente por falta de palabras... ¿Qué cosa más odiosa y repugnante que ver esos hombres correr desalados en pos del oro, jadeantes, y, abrazados de sed de dinero, atravesar cenagales de inmundicias, y, olvidados de todo pudor, perseguir y perseguir con empeño digno de mejor causa la víctima que como sabuesos han olfateado, hasta que oyen los tristes alaridos y la ven reñida en tierra? Ya la tienen entre sus garras y á porfía la despedazan, la deshacen y la devoran... Pero ¡ay!... que esa víctima... tan ferozmente tratada, es siempre, ó las más de las veces, el débil... el pobre... el pueblo...

Pero vamos á cuentas; que la fe ha desaparecido y ya no se encuentra en ninguna parte, ni, por consiguiente, ya no hay ni honra ni honra-

dez... Pero si el grande, el rico y el poderoso la han perdido, no se la han encontrado desgraciadamente el pequeño, ni el pobre, ni el débil.

Porque en el pobre tampoco se halla dentro de sus justos límites su egoísmo, ni sujeto como es debido el apetito de poseer. Ha perdido ya la esperanza que le daba fuerzas para llevar con resignación su miseria y pobreza, y la santa y cristiana mortificación con que se deben moderar los apetitos de la propia naturaleza. Y habiendo perdido su puesto, trata de recobrarle; pero ya no se contentará con él, sino que aspirará á otro mayor, y clamará también: «¡Más!... ¡Más!... Á mí también! ¡Á mí!...» Antes hubiera dicho: «¡Paciencia... Resignación... El cielo vendrá después como recompensa!...» Pero hoy... desesperado, está presto á la guerra y... como furioso, se lanza á la calle en busca de lo que ha perdido. Mas, por lo mismo que era débil, ha quedado vencido, y luego pensando... pensando... se le ocurrió unirse, asociarse también con otros, aunque pequeños como él, débiles como él y pobres como él, para que resultase más fuerte y pudiese oponerse á los más ricos y más fuertes que él. Así formó el *colectivismo*, y con las promesas que se le hicieron creyó haber conseguido lo que pretendía. Mucho, efectivamente, consiguió con esta nueva

disposición dada á sus fuerzas, y quizás hubiera concluído por ver realizados sus deseos si se hubiera contenido en sus justos límites.

Pero ¿quién podía impedir que se juntasen también por su parte los fuertes? Así sucedió, y por aquí vino á recrudecerse la guerra que parecía acabada y á tomar mayores proporciones aún de crueldad. Porque del pueblo salió entonces una idea nueva, una teoría radical y expuesta, sin temor de ningún género, en toda su desnudez. Veámosla, Señores:

«¡Esto no va bien! ¡Esto no es justo!... En esta máquina de la sociedad no hay nada bueno; porque en sus ruedas quedamos prendidos los pobres, y sólo servimos de grasa para que vayan más aprisa y acaben más pronto con nosotros. ¡Echemos abajo esa máquina!... ¡Levantemos otra y el porvenir será nuestro!»

«¡El único amo, el único propietario es el Estado! El Estado es el dueño del suelo, del subsuelo, de los bienes muebles y de los inmuebles. Las tierras, los montes, las minas, las fábricas, las máquinas, los almacenes, todo pertenece al Estado, y solamente el Estado es su dueño y puede disponer como dueño y señor. El Estado produce, el Estado compra, el Estado vende, pero... para repartir sus ganancias á *prorrata* del trabajo y de las necesidades. Ya

no hay pobres; ya no hay tampoco ricos: solo hay trabajadores, y todos iguales».

Con esta teoría, con estas nuevas doctrinas, claro está que quedarán descontentos y se desesperarán los que tengan que bajar, mientras que saltarán de gozo y de satisfacción los que tengan que subir; aquéllos dirán que estas doctrinas son intolerables y no se pueden aceptar, pero éstos entonarán por ello himnos de alabanza y pedirán su inmediato planteamiento.

Y vosotros, Señores míos, ¿qué decís de esta doctrina? Considerada en sí misma, á la luz de la razón, ¿es absurda ó no? Preguntemos á la ciencia de la Filosofía cuándo es absurda una doctrina, y nos dirá que cuando se oponga á algún principio fundamental de la razón. Ahora bien; así examinada la doctrina propuesta, creo yo que no hay en ella ningún absurdo, y con tanto mayor convencimiento lo afirmo cuanto que yo mismo estoy viviendo con ese sistema. Vosotros quizás le llamaréis comunismo ó socialismo, pero yo puedo, por dicha mía y de la sociedad, llamarle estado religioso, vida religiosa.

Si le llamáis vosotros comunismo ó socialismo, yo, por mi parte, añadiré que esa manera de vivir han puesto á sus familias los Agustinos, los Benitos, los Bernardos, los Franciscos, los Domingos, los Loyolas, los Ligorios y otros

muchos más, y con ella las han hecho felices, contentas y dichosas en este mundo y las han preparado para la felicidad eterna.

Ved, si no, sus constituciones y su historia; fijaos en cualquiera, yo os hablaré de la mía, como más conocedor de ella, para daros á conocer, á grandes rasgos, su admirable plan, igual en lo esencial al de las demás, y para comprender cómo se podría realizar esa renovación social que tanto preocupa la inteligencia de los llamados sabios modernos.

Oíd, pues, la tenebrosa constitución con que se rigen los Jesuítas, y supongo que me lo agradeceréis mucho, porque dicen que es cosa muy rara hallar un mortal que tenga la suerte de saber los secretos de los Jesuítas.

Al pueblo pertenece la propiedad *nuda* é indivisible de todos los bienes de la Orden.

El pueblo, representado por los más ancianos, se reúne en comicios provinciales y nombra dos delegados por cada provincia. Estos se reúnen también á su tiempo y eligen un jefe general que, por el mero hecho de serlo, es el depositario de la autoridad y del poder, administra los bienes y gobierna al pueblo. Su poder está, sin embargo, limitado por la ley fun-

damental votada por el pueblo, de tal modo, que no puede dar leyes por sí y ante sí. Puede aplicarlas pero no crearlas. Dirige y desenvuelve las fuerzas del pueblo, pero según el plan que le han señalado.

Para todo este trabajo tan inmenso se sirve de oficiales subalternos, como son, Provinciales, Rectores, Superiores y otros, nombrados á su arbitrio, pero por poco tiempo, y con la obligación de renovarlos ó de quitarlos, no sea que, con la costumbre de mandar, pierdan la docilidad para obedecer; también debe escogerlos entre todos, para no introducir alguna ley de castas en este pueblo tan amante de la igualdad cristiana.

Por último, á estos jefes no se les da ningún distintivo ni privilegio que los distinga de los demás; se les comunica la autoridad, descansa en ellos, y basta.

Así ayudado, reparte entre todos los súbditos el trabajo en proporción de las aptitudes de cada cual, y mientras á uno le destina para enseñar, á otro le manda predicar, á otro estudiar y á otro dedicarse á la obra de otros ministerios: si á éste envía á Europa y á aquél á la América ó á las Indias, á aquel otro le pondrá en la corte y á este otro le señalará un cortijo, y á todos en los cargos convenientes para

la sociedad que componen, con la circunstancia de que á la vez que encomienda tal ó cual cargo, oficio ó empleo al súbdito, le pone también en la mano la herramienta para el trabajo, que herramientas son las bibliotecas, gabinetes, observatorios y demás.

Distribuídos de esta manera los cargos de su familia por el jefe de ella, cada cual pone manos á la obra que le corresponde; y bajo todos los climas, y por toda la redondez de la tierra, se ve á ese enjambre animoso y valiente de trabajadores cumpliendo con su cargo, sin ambicionar nada, sin murmurar de nadie, y satisfecho con la suerte que le ha cabido, sin tener envidia de nadie ni aspirar á mejorar de posición.

Pero ¿y el salario? ¿y los dividendos de las ganancias?... ¡Ah! No habléis de esas cosas, porque son palabras estas completamente desconocidas, así como *lo tuyo* y *lo mío*, en las ciudades de este pueblo. En ellas cada uno tiene su morada, modesta, pobre, sí, pero segura: cada uno tiene un puesto en la mesa y en ella se sirve al último de los legos del mismo modo que al primero de todos los Superiores, y se le atiende en cuanto á la comida, vestido, vivienda y demás con la misma solicitud que á todos, resultando una uniformidad modesta, sí, pero que no tiene precio, después de todo, porque

libra al alma de esa horrible esclavitud en que la ponen los cuidados de las cosas materiales y los temores del día de mañana.

Y con todo esto, Señores míos, os lo repito, este pueblo se considera y es dichoso; y en cuanto á nosotros, Jesuítas, diseminados por todo el globo en número de 13.000 y más, nos consideramos tan dichosos con este género de vida, que no la cambiaríamos, os lo aseguro, más digo, os lo juro, no la cambiaríamos ni por una corona, ni aun por la fortuna más colosal que pudierais imaginaros.

Lo que acabo de deciros respecto de nosotros, os lo podría asegurar de todos los religiosos del mundo, porque todos ellos viven con el mismo método y régimen. Todo lo posee el Estado, todo lo distribuye el Estado, hasta el trabajo y herramientas; y con las utilidades y frutos del trabajo asegura la vida y el porvenir de los súbditos, repartiendo con mano igual y generosa según las necesidades de cada uno.

Así viven todos en paz, con tal contentamiento, con ese descanso y ese poco cuidado por el día de mañana que, si no me engaño, es lo que constituye la única felicidad que acá en la tierra se puede pretender y disfrutar.

Pues si ahora os paráis á considerar las ventajas de ese comunismo de la vida religiosa, no dejaréis de conocer que se cortan de raíz con él las pasiones que tanto consumen á las sociedades civiles; esas ambiciones tan sin freno, esas envidias, esas intrigas ocultas ó manifiestas que poco á poco van consumiendo á unos y á otros, esa hambre insaciable de riquezas, de honores y de todo linaje de placeres que, por decirlo así, son el alma de las sociedades dichas, ni se ven, ni se conocen, ni se sospechan dentro de este comunismo religioso.

También conoceréis que por este sistema se han llevado á cabo obras asombrosas que cautivan la admiración y la inteligencia de nuestros sabios modernos, como se quedan admirados los ingenieros y arquitectos de hoy con la contemplación de las pesadas moles de las pirámides de Egipto. Porque ese comunismo religioso es quien ha limpiado vuestros bosques para convertirlos en las ciudades que habitáis; él es quien ha civilizado á los terribles bárbaros y ha dado por alma de esos pueblos la libertad que habían desconocido; él es quien, aun hoy mismo, va de un cabo al otro del mundo, sin más armas en la mano que la cruz, á llevar la luz de la verdad á las inteligencias y la verdadera civilización y cultura á los más feroces salvajes

Sí, él es quien hace todo esto aun en el siglo que tanto le persigue.

Y siendo así ese comunismo, ¿le había yo de declarar, le habrá de declarar absurdo algún hombre de sana razón y juicio?

Vosotros, para dicha vuestra, creéis en nuestro santo Evangelio, ¿no es verdad?... Pues bien sabéis, y permitidme que os lo recuerde, en qué consiste la perfección cristiana.

Jesucristo, verdadero Dios y Señor nuestro, fundó su Iglesia y llamó á ella á todos los hombres sin excepción. La instituyó como sociedad perfecta con su conveniente organización y jerarquía, poniendo en ella sacerdotes, Obispos, y por Jefe supremo al Obispo de los Obispos. Esta, sabéis, que es la vida cristiana en general y propia de todos los que á la Iglesia pertenecen. Pero además de esta organización general, además de esta vida común y propia de todos los cristianos, estableció Cristo Nuestro Señor otra más elevada, más desprendida de las cosas de la tierra y más próxima á la vida del cielo; á tal estado de vida, á formar parte de ese pueblo de predilección, de esa grey escogida, Él mismo invita y llama. Mas llama teniendo sumo respeto y grandes miramientos hacia la libertad propia de cada uno. «*¡Si quieres... ser perfecto!...*»

La vida general y común de cristianos, á todos la pide y exige...; pero esta otra particular y perfecta, colmo y acrecentamiento de su obra, parece como que no se atreve á imponerla á nadie, y por eso, respetando la libertad individual, invita á ella diciendo: «¿Quieres ser perfecto?... ¿Quieres formar parte de los perfectos?... Pues anda; vende cuanto tienes, entrega su valor á los pobres y ven luego conmigo adonde yo vaya». Y era tan claro, tan evidente y tan manifiesto este deseo que Cristo tenía de que todos le siguiesen, que el pueblo cristiano entero se fué en busca de esa vida feliz y perfecta con santa emulación y porfía de subir cada cual más que ninguno á la cima de la perfección. Fué menester que el tiempo entibiase y hasta enfriase estos primitivos ardores de fervor, para que se resignasen los discípulos del Evangelio á vivir en la vida común y ordinaria de los cristianos.

Ha querido, pues, su dueño, que el árbol por Él plantado y cuyas ramas habían de dar sombra al mundo entero, diese flores correspondientes á la grandeza del árbol y á la de quien le plantó... Esas flores son esas tribus religiosas que, á través de todos los siglos, han estado brotando en la Iglesia santa, y la embellecen y embalsaman como delicioso jardín.

Se ha dicho, y las corrientes de nuestros días esas son también, aun por donde menos pudiera sospecharse, que habrán sido útiles á la Iglesia, sin duda, las Órdenes religiosas, pero que á pesar de eso no son indispensables para la vida de la Iglesia. No entraré yo á discutir este punto ahora, porque no es este sitio á propósito para ello. Sólo me limito á señalar dos cosas: una, que Jesucristo Nuestro Señor, al fundar su Iglesia, ha hecho de la vida religiosa la perfección de la vida cristiana, y que, por tanto, la Iglesia sería sin ella como una sociedad sin heraldos que la anunciaran, sin nobleza y sin aristocracia que le diesen brillo y esplendor; otra, que de hecho no hubiese tenido la Iglesia sin las Órdenes religiosas ni los Basilios, ni los Gregorios, ni Nazianzenos, ni Agustinos, ni Crisóstomos, ni Lerins, ni Bedas, ni Bonifacios, ni Damianes, ni Anselmos, ni Bernardos.

Sin la vida de perfección no hubiera tenido la Iglesia hombres como Graciano, Alejandro de Ales, Alberto Magno, Tomás de Aquino, Buenaventura, Rogerio Bacon, Raymundo de Peñafort, Duns Scoto, Cayetano, los dos Soto, Melchor Cano, Bañez, Maldonado, Salmerón, Toledo, Canisio, Molina, Valencia, Lessio, Belarmino, Baronio, Vázquez, Suárez, los dos Sánchez, Cornelio á Lapide, Petavio, Lugo, los Bo-

llandos, Palavicini, Mabillón, Natal Alejandro, Harduino, Berthier, Zaccaria, Feller, Gerdil, Muzarelli, San Ligorio y otros mil y mil conocidos de todos.

Porque, ¿qué os parece que he hecho al citaros la precedente lista?... Pues nada más que poner la mano en ese haz de Padres, Doctores y sabios de la Iglesia, y coger al acaso unas cuantas espigas de oro de entre las muchas que contiene. Y cosa admirable... ¡Todos religiosos!... ¿Qué hubiera sido si hubiese profundizado algo más? ¿Qué sería si de este nutrido haz de religiosos y monjes pasásemos al de los Apóstoles? ¿qué si al de los santos?... ¡Ah! ¡La Iglesia se hubiera podido pasar sin todo esto!... Porque, Señores, es verdad que, al fin y al cabo, nada ni nadie hay en el mundo que sea necesario ó indispensable para la Iglesia, teniendo como ella tiene á Jesucristo... y Jesucristo sólo basta para que viva hasta el fin de los siglos... Pero Jesucristo no ha querido que viva sin frailes ó religiosos, y ved por qué y en qué sentido los frailes y los religiosos son inmortales y pasan, á través de los siglos, sufriendo persecuciones, extinciones, degüellos; pero ni mueren ni caen del todo, como no mueren los robles y las encinas de los montes á pesar de los siglos y á pesar de las tormentas de que han sido testigos.

Leed, leed la obra admirable de Montalembert *Los monjes de Occidente*, y en ella podréis aprender lo que hicieron los monjes, solamente en Europa, en pro de la civilización y de la Iglesia.

Quede, pues, establecido; y ahora, Señores, creo que vosotros mismos pensaréis también como yo, que el sistema del comunismo de suyo no es absurdo y que es la forma de la perfección de la vida cristiana...

Bien sé que los que en nuestros días enseñan al pueblo estas doctrinas, una vez en el club, otra en el periódico, sea con chaqueta ó sea con levita, para nada tienen en cuenta á Jesucristo ni á su Iglesia y que, muy lejos de ello, hacen alarde de contarse entre los primeros perseguidores de la misma. Pero no deja de ser chocante que, como arrastrados por la fuerza de las cosas, tengan siempre en cartera, para sus escritos y discursos, la tésis del Evangelio, y descubran, por cierta intuición propia de las almas cristianas, en el ideal de la sociedad fundada por Jesucristo, el ideal de las sociedades racionalistas.

Acontece desgraciadamente, Señores, que al querer la razón humana resolver por sí misma

alguno de los difíciles problemas de la humanidad, luego se convence de cuán poco vale y de la imposibilidad de hacerlo. Pues bien, ¿podrá aplicar á la sociedad esa encantadora teoría del comunismo? Absurda no es. Pero aunque no lo sea, ¿se puede llevar á la práctica?...

Desde luego se ocurrirá á cualquiera esta dificultad, á saber: ¿cómo se conseguirá que el rico entregue sus bienes en manos del Estado? Y si no los entrega libremente ¿quién le obligará á ello? ¿con qué derecho?

Mas no se detienen por esto los apóstoles del moderno comunismo. En un artículo de la *Revue socialiste* dirigido al Cardenal Manning, le dice uno de éstos: «¿Cree Vuestra Eminencia » poder realizar esa *distribución equitativa de » los bienes* conforme á las necesidades individuales *sin destruirlos?*... ¿Cree V. E. poder » mejorar la triste suerte del proletariado *sin » tocar al principio de la propiedad individual?*... » Esa *reconstitución COMPLETA de la sociedad,* » ¿se podrá conseguir *pacíficamente y sin efusión » de sangre?*...

» Todos nosotros lo deseamos vivamente y » con todas nuestras fuerzas. « Pero ¡ay! que entre nuestro deseo y la realidad hay un abismo. » El estudio del pasado y la contemplación del » presente nos llevan necesariamente á esta afir-

»mación: LA REVOLUCIÓN SANGRIENTA ES IN-
»EVITABLE».

¡Conque, si no se pueden obtener graciosa y libremente esos bienes... habrá que robarlos; y si salen á defenderlos, habrá que asesinar!... Ya no habrá, pues, paz sino guerra, y guerra sangrienta y cruel. ¿Á qué, pues, insistir más sobre este punto?...

Pero aun suponiendo que pudiese el comunismo religioso salir de los claustros con toda paz y dulzura, sin tropiezos ni luchas, y trasladarse con toda libertad al Estado... ¿podría ser duradero? ¡Pues digo que no, y no tengo ningún reparo en repetir mil y mil veces que no!... Querer poner en todas las sociedades del globo ese sistema que tan dichosos y felices hace á los hombres, es un sueño y acariciar la más loca de las ilusiones. ¿Y sabéis por qué? Porque para vivir con esas teorías tan halagüeñas en el mundo, hay que empezar por domar, vencer y sujetar el egoísmo: hay que olvidarse de sí propio y hacer sacrificio de su propia vida y, si es menester, ofrecerla voluntariamente hasta la última gota de su sangre. ¿Y os parece que están dispuestos los hombres para esto, cuando precisamente por satisfacer su egoísmo acuden á estas doctrinas, puesto que creen que con ellas se pondrían en condiciones de distribuirse las

haciendas y todos los bienes de los demás? ¿No sabéis cuál es el grito de guerra de ese pueblo soliviantado que, sobre las ruinas de este viejo edificio, próximo á derrumbarse, pretende levantar otro nuevo con diferente construcción, diferente orientación y diferentes moradores?... ¿No le habéis oído ya varias veces? ¡El pobre ha de vivir también!... ¡Abajo los ricos!... ¡Viva el pobre!... ¡Guerra al capital!... ¡Guerra á los patronos!... ¿No veis en el fondo de estos gritos levantarse el *Yo*, y en el fondo de esos sueños un trono para el egoísmo?

El comunismo de los hijos de Jesucristo, de los perfectos cristianos, pone como principio fundamental y punto de partida, como piedra angular é indispensable, un compromiso de honor en una fórmula sencillísima, pero perpétua é irrevocable: en una palabra, pone tres votos, para usar el lenguaje de la Iglesia: voto de obediencia, voto de pobreza y voto de castidad.

¿Y se comprometerán los comunistas con estos tres votos?...

¡Voto de obediencia!... cuando en sus exaltados cerebros están bullendo todas las revoluciones!...

¡Voto de pobreza!... y los subyuga, y mueve, y lleva donde quiere la codicia ó avaricia más insaciable!...

¡Voto de castidad!... ¡Ah, Señores'... Cuando un hombre vive solo en el mundo, sin lazos, aun los más santos, de la naturaleza y fragilidad humana, y sin compromisos de padre, de madre ó de hijo, fácilmente puede resignarse á vivir con poco y, sin los cuidados del *mañana*, dejar que se pase un día y otro, un mes y otro mes hasta que llegue el último de la vida. Sin estos vínculos tan naturales, fácilmente se podrá hacer rostro á la muerte, porque no le asustará al que tan desligado viva ni el vacío que producirá su ausencia, porque muy pronto se llenará, ni la presencia de las personas con quien vivió, porque á todas tenía desde mucho antes por muertas.

Pero cuando el hombre vive con una familia fundada por él, sostenida por él y heredera de lo suyo; cuando en su derredor ve á su esposa y á sus hijos... que le piden pan, que le piden regalos, contentos, gustos, placeres y satisfacciones, ya no son posibles los sacrificios que trae consigo el negárselos; ya hay que ceder y buscar lo que no haya; no gritará ya el egoísmo: ¡Á mí!... ¡Á mí! ¡Más para mí!... sino que gritará el amor: «¡Para mis hijos!... ¡Para mis hijos!» ¡Grito terrible que sólo el padre puede comprender, y que yo respeto, venero y hasta en sus excesos me siento inclinado á disculpar!...

¡No! Al hombre que al morir tenga que dejar aunque no sea más que un solo pedazo de su corazón, uno solamente, no le pidáis ese género de sacrificios que el voto de castidad impone. Podéis pedirle y esperar que se olvide de sí mismo, de sus propios y personales deseos; pero que se olvide de los de sus hijos, que renuncie á esas corrientes que van como de su propio corazón al de los hijos y del de éstos al del padre, pasando por el de la madre, ni lo esperéis, ni lo pidáis, ni mucho menos lo exijáis!...

Es, pues, un sueño, pura fantasía, pretender establecer para las sociedades venideras el régimen de las Órdenes religiosas, y sueño y fantasía es juzgar y creer tan desinteresado el corazón del hombre; y, como consecuencia final, añadiré que predicar estas doctrinas al pueblo, hipnotizándole con ellas por su docilidad en creer, ya no es solamente locura, sino crimen horrendo.

Alegre y juguetón vivía un tiempo un rebaño de corderillos con la yerba de una gran pradera en lo alto de un monte, hasta que poco á poco se fué acabando el pasto. Viendo ya raído el suelo por todas las partes, comenzaron las ovejas á balar y las imitaron luego los corde-

ros. Enfrente de la pradera había una inmensa roca tapizada de fresca y abundante yerba. Mirábanla desde lejos los del rebaño, á través del extenso y profundo abismo que á roca y pradera separaba, pero que fácilmente atravesaban las águilas ó quien pudiese hacer un gran esfuerzo. «Allí tenéis con qué alimentaros, les dijo el pastor, y en aquel sitio encontraréis vuestra felicidad».

¡Qué desgracia!... Según cuenta la fábula, se precipitaron hacia el abismo, saltaron los corderos pero los pastores... no.

¡Los corderos, es decir, el pueblo, siempre son los mismos en todas partes! ¡Creen lo que se les enseña, porque son buenos, son dóciles!... ¿Saltarán también á los prados que tan frescos y abundantes les pintan del comunismo?... ¿Se despeñarán? Mucho me lo temo. Hay gente, sin embargo, de la cual se puede asegurar que no: los pastores. ¡Estos no saltarán!... ¡Pobres corderos!

Acabo de deciros, Señores, que el comunismo ó socialismo, llamadle como queráis, no puede, de ningún modo, ser la forma permanente y estable de las sociedades formadas por hombres; primero, porque no podría establecerse sin una lucha *terrible y sangrienta*, según confesión de sus propios defensores; y segundo,

porque no podría conservarse con la paz que falsamente prometen.

Bien sabido de todos es, que las guerras suelen tener por origen el egoísmo de los hombres, y precisamente porque en las Órdenes religiosas se secan las tres fuentes de ese egoísmo, reina perpétuamente la paz y se desconoce la guerra. Del mismo modo hemos de discurrir respecto del comunismo. Si se quiere vivir en esa paz ideal con que pretende ganar las voluntades de los hombres, ha de empezar por aquí, por matar las fuentes de egoísmo... ¿Y qué vemos?... ¿Piensa, por ventura, en esto? ¿No vemos que, muy al contrario, le excita, le fomenta y le satisface en cuanto le es dado y su posición le permite? No podía, no puede pensar en ahogar ese egoísmo quien debe confesarse impotente para aplastar la cabeza de bestia tan salvaje y feroz... ¡Esto solamente Dios lo puede hacer!

Pero quizás alguno me conteste citándome las dos ó tres tentativas señaladas en la historia, de haber querido realizar los ideales que vengo impugnando. Es verdad; pero, por desgracia, sólo una tuvo buen resultado, y me complazco en decirlo, porque voy á contaros cómo fué, y veréis que es una de las glorias de la Compañía de Jesús. La historia la registra con el nombre de Reducciones del Paraguay.

Es el Paraguay uno de los grandes ríos de la América del Sur que corre entre el Brasil, Perú y Chile, y da nombre á una vasta región conocida hoy con el de República del Paraguay. Fueron sus descubridores tres españoles, llamados Juan de Solís, García y Sedano, á quienes más tarde devoraron los mismos salvajes. Á fuerza de terribles represalias, que no hay para qué recordar aquí, quedaron por completo dominados estos indios, pero se ocultaron en sus inmensos bosques y dejaron sus campos á la codicia de los europeos.

Á mediados del siglo XVI se dirigieron al Paraguay unos misioneros Jesuítas, y como huyesen de ellos los indios, por no tener de los blancos otra idea, sino la de ser muy poderosos y muy sanguinarios, procuraron hacerse sus amigos y atraerlos por cuantos medios les sugirió su caridad y celo apostólico, así como su ardiente amor á la corona de España. Mas con nada pudieron atraerlos, sino con la música, como Orfeo á sus fieras. La suave melodía de unos cánticos, un mal violín rascado por artistas improvisados y una flauta, cuyos sonidos repetían las altas bóvedas de los bosques silenciosos, atrajeron poco á poco á aquellas fieras dotadas de razón, las amansaron y las... civilizaron. De este modo se comenzó á anunciarles la

buena nueva, el Evangelio de Cristo, y ellos cayeron dulcemente bajo tan suave y amoroso yugo. Pero no bastaba con que ellos creyesen la doctrina que se les predicaba en medio de aquellos bosques, era menester conservar y perpetuar los frutos con tan extraordinario trabajo alcanzados. Mas, ¿cómo se había de conseguir? ¿Por ventura trayendo á todos los que abrazaban la nueva doctrina á los pueblos habitados por los europeos?... Esto equivalía á entregarlos á los aventureros atraídos por la codicia de las riquezas de estas nuevas tierras y á infestarlos con las pestes de todos los vicios de Europa. Y si se pensase que podrían quizás conservar solos en su salvajismo los tesoros de gracias que el verdadero Salvador les regalaba... ¿quién había de asegurar la licitud de semejante resolución, y á quién se había de exigir tan tremenda responsabilidad?

He aquí por qué se ocurrió la idea feliz de establecer una sociedad neta y verdaderamente cristiana en estos bosques y en estas llanuras vírgenes del Paraguay, lejos de la civilización ponzoñosa y gangrenada del Viejo Continente.

Formáronse, pues, pueblos con los indios convertidos y se les dió el nombre de Reducciones. Se pusieron, desde luego, varias casas de oficios públicos, en las cuales pudieran tra-

bajar todos los convertidos bajo la dirección de PP. y HH. Jesuítas, y... ¡cosa admirable! en muy poco tiempo, salieron de estos talleres tejedores, herreros, carpinteros, albañiles, pintores, escultores y hasta relojeros... todo, menos buenos labradores. Porque por una rara casualidad no se encontraba entre ellos, como suele suceder entre los demás salvajes, quien se prestase á labrar la tierra. Mucho se esforzaron los Padres misioneros en convencerlos de la necesidad de este trabajo duro de la agricultura, y si no hubieran precedido con el ejemplo, ya manejando el azadón, la reja, el arado, ya sembrando, segando y acarreando los frutos, quizás no hubieran conseguido lo que al cabo de largo tiempo consiguieron, á saber: que los mismos indios hiciesen todas las labores del campo. Para esto se les daban bueyes, carros, herramientas y aperos, con la condición de devolverlos y depositarlos en la casa de la Reducción, á la cual únicamente pertenecía la propiedad.

A las mujeres se les daba, el primer día de la semana, algodón ó lana para que lo hilasen durante ella y lo devolviesen el sábado á la Reducción. En este día se repartían en especie las provisiones para toda la semana siguiente por partes iguales, y con ello se pagaba el trabajo

hecho, porque ni había moneda de ningún género ni permiso para introducirla.

De una misma tela y de un mismo patrón se distribuía á cada uno el vestido que necesitaba.

Todo lo que se recogía del campo, frutas, mieses, granos, etc., se depositaba en sitios públicos y convenientes para repartirlo por igual, según las necesidades, excepción hecha de una parte que se reservaba para casos imprevistos, para las viudas, los huérfanos y los enfermos.

No podían faltar sus fiestas entre estas tribus, y para ello se les enseñaba música, gimnasia, danza, juegos y otras diversiones, según la edad y sexo.

El regulador del trabajo, del descanso y de la oración era la campana de la iglesia.

En una palabra, Señores, creeríamos estar leyendo un idilio al leer las costumbres y manera de vivir de estas Reducciones, si no leyéramos también que los misioneros se vieron obligados á enseñar á sus pobres indios hasta el arte de la guerra, con el fin de que pudiesen defenderse de las invasiones de las tribus vecinas y oponerse á las empresas de europeos aventureros. Por esto se repartieron, entre estas tribus pacíficas, armas de toda clase, sables, lanzas, mosquetes y otras, y hasta se fundó una fábrica de cañones.

Trescientos mil hombres estuvieron viviendo de esta manera casi un siglo, sin más que dos Padres misioneros en cada Reducción y otros dos Hermanos al frente de los talleres y fábricas de la misma.

Cuáles fuesen sus costumbres, decláranlo bien cartas como la siguiente:

«Señor, decía á Felipe V el Ilmo. Sr. Obispo de Buenos Aires: Reina tal sencillez é inocencia de costumbres entre estas gentes que, á pesar de ser de suyo tan inclinadas á toda clase de vicios, soy de parecer que no se comete entre ellas un sólo pecado mortal».

Heridos como por un rayo, tuvieron los Jesuitas que dejar hasta el nombre de tales, abandonar la obra comenzada y en tan buen estado, y volverse á Europa, adonde los esperaban, de par en par abiertas, las cárceles horrorosas preparadas por Pombal.

La obra de las Reducciones se acabó con tanta gloria para sus fundadores como desgracia para los pobres indios é ignominia para sus perseguidores; y eso que de allá venían fuertes impuestos en favor de la corona de España!... ¡Pero ya se ve, creyeron que con esta hazaña se encontrarían con las minas de Golconda, y hubo que realizarla!... mas se encontraron con la gallina de los huevos de oro.

«Ya no existe nada, dice Chateaubriand, de aquel encanto...» y con la ironía más triste, añade: «¡No se podía menos de aplaudir la destrucción de una de las obras más grandes que han salido de la mano del hombre!... ¡Ya se veía una creación del Cristianismo esta civilización del Paraguay, única en su género; estaba amasada con sangre de apóstoles, y no era, por lo tanto, merecedora sino de odio y desprecio». No hay ya, pues, que pensar en esto. Pasó y se acabó para siempre.

Aquí tenéis, Señores, cómo se ha puesto en práctica el comunismo, pero no ya en algún convento ó en alguna Orden religiosa, sino en un pueblo, en una región entera. Oíd acerca de esto un testigo irrecusable, según creo, á quien nadie tachará de amante de los Jesuítas, al mismo Voltaire. Después de haber dicho que en aquellas regiones del Paraguay los Jesuítas eran todo, «fundadores, legisladores, pontífices y soberanos», añade: «Su obra fué el triunfo de la humanidad».

Si aún queréis oír á otro apóstata, escuchad el testimonio de Raynal: «Al dejar los Jesuítas

las misiones del Paraguay el año 1768, las dejaron en tal grado de civilización, que quizás sea el mayor á que puedan llegar las naciones nuevas. Porque allí era grande la observancia de las leyes, el gobierno paternal, puras las costumbres, todos se consideraban como hermanos y no tenían otra voluntad sino la de sus semejantes y la de las autoridades; allí llegaron hasta la perfección las artes útiles y no se desconocían las liberales: la abundancia era allí universal...»

Edad verdaderamente de oro que aún se reflejaba un siglo después, cuando visitando estas regiones Alcides d'Orbigny, encontró ancianos que se descubrían é inclinaban con profundo respeto sólo al oír el nombre de los antiguos misioneros, porque de padres á hijos se iba transmitiendo la memoria de aquellos tiempos dichosos y benditos que Padres tan buenos les habían proporcionado.

Ahora bien. Estos tiempos de tanta paz y felicidad, esa vida de tanta caridad y de tanto amor, ¿se podrán conseguir ahora? ¿No se podrían hacer tentativas para que con las mismas leyes y con el mismo sistema de gobierno se pusiese en Europa y en el mundo todo lo que envidiamos haberse establecido en el Paraguay?...

He dicho, Señores, y vuelvo á decir y diré mil veces que no. No volverán esos tiempos ni esa vida tan dichosa.

Mas ¿por qué no?

Porque no somos lo cristianos que para ello necesitamos ser; y no hay que forjarse ilusiones acerca de esto.

Porque si entre aquellas Reducciones indias del Paraguay se planteó el comunismo cristiano, fué debido á que estaban vírgenes, eran sencillas y sentían vivas las llamas de la fe recibida en el bautismo... y no sabían nada de la civilización que con la lumbre de la fe se les comunicaba. Así es que cada paso que daban en el camino de la misma fe, se convertía para aquellas gentes en un nuevo descubrimiento y en un nuevo beneficio de su conversión... Como ignoraban el «más allá», lo que había de venir después, no les ocurría pedir ¡más!... ¡más!... Como no habían probado la fruta prohibida, y ni aun se les ocurría que hubiese árbol que la hubiese producido, tampoco pensaban en ella; pero en cambio no les quitaba el sueño ni les impedía vivir contentas.

Y á pesar de haber sido tan virgen la tierra en que se planteó el comunismo cristiano, ¡cuánto costó conservarle!... Fué menester una disciplina fuerte, prudente, severa y constante, la

cual excuso decirnos cuán penosa sería para los misioneros.

En un período de cincuenta años, todo era volver á comenzar de nuevo la instrucción que con tanta fatiga se les daba á aquellos pobres indios. Porque apenas se conseguía fundar una nueva Reducción, cuando de repente parecía levantarse un viento de salvajismo que se la llevaba toda entera á los bosques, quizás con menos esperanzas que antes de atraerla de nuevo. Arrojabán las herramientas y se retiraban como fieras á respirar su primitiva libertad de las selvas... No tardaban en ser víctimas del hambre y de la miseria, y con ello se amansaban y se presentaban otra vez á la Reducción. Se los recibía con mayor caridad, con mayor amor; pero con mayor prudencia se comenzaba una y otra, y otra y muchas veces la tarea de instruirlos... ¡Ahl ¡Cuántos Hermanos tendré en el cielo gozando del fruto y de los trabajos que les costó, y qué bien juzgarán ahora de tantas vidas como allí dejaron para asegurar la santa fe entre los indios del Paraguay!

Pero no vayáis á creer que eran estas solas las dificultades y las fatigas de los misioneros. Más quizás que en ningún otro punto, tuvieron que trabajar en librar á estas nuevas poblaciones cristianas, puras y sencillas, del contagio

mortífero de los aventureros de Europa; y en esto fueron intransigentes los Jesuítas del Paraguay, porque sabían con toda claridad qué intenciones llevaban cuantos por allí se acercaban.

Pues bien, Señores. Sabiendo ahora todo esto, ¿me preguntaréis aún si será posible establecer en Europa este régimen de comunismo cristiano?... Ó es que desde entonces se han reformado mucho en sentido cristiano los pueblos, ó son inútiles vuestras preguntas.

Porque á la vez que os aseguro, que entre aquellas gentes no había grandes ni pequeños, ni ricos ni poderosos que pudieran hacer ostentación de lujo, vanidad, molicie y regalo, sino que todos eran iguales, todos comían el mismo pan, los corregidores y los alcaldes vestían del mismo modo y la tienda del misionero no se levantaba un codo sobre la choza del indio; así también os recordaré lo que todos vosotros y yo estamos viendo, es decir, que no hay por ninguna parte indicios de que se hallen los predicadores del comunismo moderno en vísperas de dejar, quiénes sus magníficos y elegantes hoteles, quiénes los sabrosos manjares y exquisitos vinos de sus mesas, aquéllos sus soberbios carruajes, éstos sus preciosas vajillas, para ir luego á descansar en la humilde y triste vivien-

da del obrero, beber en la misma jarra y comer en la misma cazuela... ¡Nada de esto se ve... y esto es comunismo!

Así pues, Señores, repitámoslo una vez más: ¡no soñemos, no nos forjemos ilusiones!

El egoísmo lleva la guerra siempre consigo, y donde quiera que reine, como ahora reina en las sociedades humanas, talará, quemará, matará... devorará... mientras que, por el contrario, allí donde acabe, donde muera ese egoísmo, brotará en seguida la paz, como brota en la vida de las sociedades religiosas, perfección de la vida cristiana. Verle, por tanto, morir fuera de ellas en medio, en medio del mundo, donde la humanidad tiene todo su desarrollo, ni hay que esperarlo ni soñarlo... Os lo he dicho ya antes. ¡No mataréis vosotros la bestia!

Pero si no la podéis matar, ¿la podréis, á lo menos, encadenar?

Sí; podéis sujetarla y dejarla de modo que no os pueda hacer daño. ¿De qué manera? Con la vida cristiana, viviendo santamente cada uno según su estado, que esta obligación es de todos y traerá también á cada uno... la paz.

El hombre, este animal con razón, este bruto humano, tiene, como todos los del género á que pertenece una ley y una necesidad de instinto que le dice: «¡Come, bebe, mata, roba y goza! ¡El modo y la forma es lo de menos! ¡Lánzate sobre la presa donde la encuentres, sea de frente y á la luz del mediodía, sea... á la sombra de la media noche, y oculto en la maleza..., sea como quiera; con tal que te apoderes de ella, todo estará bien, porque en el mundo no hay nadie más que tú!...»

Esta es la ley de la guerra brutal y salvaje: la verdadera ley de la lucha por la existencia; es la ley que sigue el perro en presencia de la mesa de su amo ó en el despacho de un carnicero...; es la ley del tigre ó del lobo hambriento, la ley de la hiena destrozando su presa en los bosques ó en los cementerios...; y si á vuestros ojos el hombre es solamente animal, es también esta la ley del hombre. Y entonces... claro es, la sociedad no es más que un campo de batalla, en el cual se devoran mutuamente los caníbales.

Pero, Señores, el hombre es algo más que animal. En ese cuerpo que vemos con los ojos, hay una llama que no vemos, hay una inteligencia que está sobre esa ley de su instinto y le habla con una voz más alta y generosa, con

la voz de la razón, que le dice: «Ámate á ti mismo, sí, porque es muy justo. Lucha para vivir, porque lo necesitas; pero cuando luches hazlo con lealtad, con sinceridad y con la nobleza propia de tu sér. No olvides que no estás solo en el mundo, y que has de tener á los demás que viven como tú, como iguales tuyos y como bienhechores tuyos. No les faltes, por tanto, en nada; respeta todos sus derechos. ¡Con esto anda, vete, pelea con bravura, busca las riquezas y goza!...»

Como veis, este ya es otro lenguaje muy diferente: es noble y digno del hombre. Aquí no anda suelto el egoísmo, sino que está enfrenado y sujeto. Ha de luchar, sin embargo, pero con armas nobles y no á capricho, sino cuando las circunstancias lo exijan, porque los aceros de los que luchan, si por una parte no están envenenados ni encantados, por otra tienen bien afilado el corte y pueden matar.

¿Y llamáis paz á esto?...

¡Ah! Señores: la paz es algo más. Vedla.

No he dicho aún todo lo que es el hombre... El hombre tiene más que instinto, tiene más que razón; es hijo de Dios y tiene fe, y esta fe le dice y le habla también. Oíd de qué manera, oíd...

«Hijo, ámate á ti mismo, pero ama tam-

bién de la misma manera á tu prójimo! No hagas á otro lo que no quisieras que te hicieran á ti».

«Ser leal, noble, sincero y honrado no te basta; has de ser bueno con tus prójimos, has de amarlos y has de servirlos como Cristo te enseñó; y, si fuere preciso, has de morir, sí, morir por ellos!... ¡Él te ha dado ejemplo, Él, siendo Dios, ha muerto por ellos!...»

Iluminado con la luz de los profetas, David entrevió en una ocasión la salvación del mundo, y á través de los siglos, contempló el nacimiento de Jesucristo con estas palabras: «Nacerá de la tierra la verdad y, mirándola desde lo alto del cielo, la justicia descenderá de allí y fijará su residencia entre los mortales». «Oigamos, continúa hablando el profeta-Rey, lo que el Señor mi Dios quiere decir á mi corazón...» Luego escucha y oye estas otras palabras: «¡Palabras de paz... á favor de aquellos que con fidelidad os sirvan, Señor!...» (1).

No es al instinto ni á la razón del hombre adonde hemos de ir á buscar la esperanza de esa paz que queréis dar al mundo, sino á la fe divina de Jesucristo y en Jesucristo. No es tampoco el colectivismo, ni el comunismo ni el so-

(1) Salmo 84.

cialismo lo que ha de evitar las guerras en la sociedad, sino únicamente el Cristianismo, porque únicamente él recomienda y practica el verdadero amor y caridad.

¿Queréis que haya paz en los pueblos? Hacedlos cristianos.

Pero ante todo sed vosotros cristianos y dadles ejemplos de cristianos verdaderos. Alimentaos vosotros primero de Cristo y luego veréis cómo crece Cristo en vuestra alma.

Si sois ricos brotará de vuestro corazón un deseo tal de mortificación, que cada vez iréis cercenando más aún vuestras lícitas aspiraciones, y se encenderá la llama de la generosidad con tanta fuerza, que ni conoceréis sus límites ni tendréis manos suficientes para distribuir vuestras riquezas.

Y si sois pobres, si sois desgraciados, si os consideráis humillados, sabed, hermanos de mi alma, que allá en vuestro interior nacerá, con la fe de Cristo, la virtud de la resignación que os dará fuerzas para llevar con mérito vuestra cruz, y la virtud del agradecimiento para corresponder con amor á los favores del rico.

Y ved, Señores, por aquí, cómo después de tantas vueltas, después de todo lo dicho, tenemos que acogernos á lo dicho por aquel jornalero de que os hablé al principio y que prohijó

á aquel niño abandonado: para resolver este difícil problema de *la cuestión social*, hay que «estrecharse un poco más, reducir algo más el plato»; hacer sitio en el nido á los pobres pajarillos que andan y viven fuera de él!...

Por tanto, no extrañéis ni admiréis, Señores, que aun desde esta tribuna destinada para asuntos y discursos de otro género, os hable con algún fervor de Jesucristo nuestro Redentor y de las soluciones que su santa doctrina nos da para el gran problema que actualmente se está discutiendo en la sociedad.

Jesucristo es nuestro Dios y nuestro Rey, y el Rey y el Señor del mundo entero. En su mano están, por tanto, todos los problemas, todas las soluciones, todos los destinos del mundo. Habrá quien no crea en Él, habrá quien no vea en Él sino un sabio ó un iluminado por Dios, habrá quien no le haga caso y le desprecie, habrá quien le aborrezca y le persiga...; no por eso dejará Él de ser lo que es, Dueño y eterno Señor de cuanto existe y Rey inmortal de todos los siglos. De estos atributos de su Sér divino hizo uso en el mundo al dar á las sociedades humanas una ley. Bien la conocéis vosotros y bien sabéis que no hay niño que no la diga ya en sus diarias oraciones. En esa ley tan sabida y tan conocida está la salva-

ción, la felicidad y la paz de todas las naciones.

Ya pueden cambiar todas las cosas con la sucesión de los siglos; Jesucristo... jamás se mudará y su divina ley no perderá una sola tilde de su texto ni de su fuerza... porque en esa ley está la salvación, la felicidad y la paz de todos los pueblos.

Caerán los reyes, desaparecerán las dinastías, se levantarán pueblos contra pueblos, naciones contra naciones, y encarnizados con sus guerras, vencerán unos y destruirán lo que edificaron los vencidos...; á la ley de Cristo ni la han tocado ni la tocarán. Cristo la defiende, y basta... ¡Pero lejos de Cristo no habrá paz, y fuera de los caminos señalados por Cristo, ni paz ni felicidad, sino guerra y más guerra!...

¡Desgraciada la sociedad, desgraciadas las naciones que se apartan de Cristo!... ¡Más desgraciadas aún aquellas que habiéndose apartado de Él, no reconocen su error y no vuelven á Él, porque sin Él no hay camino, ni verdad, ni vida, ni mucho menos felicidad!

¡Ah, si entendiéramos bien esto!... Y ¿por qué no lo hemos de entender? ¿Por ventura, se necesitan para ello grandes talentos? No... Para alcanzar y asegurar la paz en las naciones no se necesita sino un poco más de caridad en los

grandes y en los ricos y un poco más de resignación y paciencia en los pequeños y en los pobres!...

Pues ¡oh grandes, oh poderosos de la tierra! ¿quién creéis que os dará ese amor sino Cristo?... Y la resignación y la paciencia, ¿dónde la encontraréis ¡oh pobres y desgraciados del mundo! si no la buscáis en Cristo, en el pobre y despreciado Calvario? ¿Quién os dará alientos ¡oh vosotros los que vivís abandonados del mundo!, sino el Gran Abandonado de la Cruz?

A. M. D. G.



I
23



D-2

23605